



*Universitat
Abat Oliba CEU*

El trauma invisible de la prostitución: la violencia intrínseca y su repercusión en la salud mental

TRABAJO FIN DE GRADO

Autor: Berta Font Forné

Tutor: Mar Álvarez Segura

Grado en Psicología

Año: 2020

DECLARACIÓN

El que suscribe declara que el material de este documento, que ahora presento, es fruto de mi propio trabajo. Cualquier ayuda recibida de otros ha sido citada y reconocida dentro de este documento. Hago esta declaración en el conocimiento de que un incumplimiento de las normas relativas a la presentación de trabajos puede llevar a graves consecuencias. Soy consciente de que el documento no será aceptado a menos que esta declaración haya sido entregada junto al mismo.

Firma:

Nombre y APELLIDOS (del alumno/a)

Tengo un sueño, un solo sueño, seguir soñando. Soñar con la libertad, soñar con la justicia, soñar con la igualdad y ojalá no tuviera necesidad de soñarlas.

MARTIN LUTHER KING

Resumen

La prostitución y la trata son dos realidades que, aún diferentes, tienen en común lo siguiente: la explotación sexual de mujeres y niñas. En el presente trabajo se realiza un análisis profundo de este fenómeno social creciente, para así ilustrar la violencia intrínseca que sufren las mujeres en situación de prostitución y, en consecuencia, la repercusión que tiene en su salud mental. Asimismo, se tiene en cuenta la otra parte de esta realidad: la demanda masculina. En este apartado se profundiza sobre el efecto que tiene la pornografía en la construcción de su sexualidad y, también, las razones que llevan a los varones a tener relaciones sexuales sin tener en cuenta los deseos de la otra persona, al estar solo mediada por el dinero. A su vez, se han elaborado entrevistas para conocer el testimonio de mujeres que han pasado por estas circunstancias para poder tratar el tema con toda su complejidad.

Resum

Prostitution and trafficking are two realities that, even different, have the following in common: the sexual exploitation of women and girls. In this paper, an in-depth analysis of this growing social phenomenon is carried out, in order to illustrate the intrinsic violence suffered by women in situations of prostitution and the consequences it has on their mental health. Likewise, the other part of this reality is taken into account: male demand. In this section, the effect of pornography on the construction of their sexuality is explored, as well as the reasons that lead men to have sex without taking into account the wishes of the other person, being only mediated by the money. At the same time, interviews have been made to learn about the testimonies of women who have gone through these circumstances in order to deal with the subject in all its complexity.

Abstract

La prostitució i la tracta són dues realitats que, tot i ser diferents, tenen en comú el següent: l'explotació sexual de dones i nenes. En el present treball es realitza una anàlisi profund d'aquest fenomen social creixent, per així il·lustrar la violència intrínseca que pateixen les dones en situació de prostitució i, en conseqüència, la repercussió que té en la seva salut mental. Així mateix, es té en compte l'altra part d'aquesta realitat: la demanda masculina. En aquest apartat s'aprofundeix sobre l'efecte que té la pornografia a la construcció de la seva sexualitat i, també, les raons que

porten als homes a tenir relacions sexuals sense tenir en compte els desitjos de l'altra persona, a l'estar només intervinguda pels diners. A la vegada, s'han elaborat entrevistes per conèixer el testimoni de dones que han passat per aquestes circumstàncies per poder tractar el tema amb tota la seva complexitat.

Palabras claves / *Keywords*

| |
|--|
| Prostitución – Violencia – Trauma – Putero |
|--|

Sumario

| | |
|--|----|
| Introducción | 11 |
| 1. La realidad de las mujeres en situación de prostitución | 13 |
| 1.1. Definición de prostitución y conceptos relacionados..... | 13 |
| 1.1.1. La prostitución | 13 |
| 1.1.2. La trata de personas | 16 |
| 1.1.3. La relación entre prostitución y trata de personas..... | 17 |
| 1.2. Diferentes perspectivas de la prostitución | 19 |
| 1.2.1. Prohibicionismo | 19 |
| 1.2.2. Reglamentarismo | 20 |
| 1.2.3. Abolicionismo | 21 |
| 2. Factores de riesgo relacionados con la entrada a la prostitución | 24 |
| 2.1. Género | 24 |
| 2.2. Abusos en la infancia | 26 |
| 2.3. Pobreza | 28 |
| 2.4. Migración..... | 28 |
| 3. La violencia física, sexual y psicológica en prostitución..... | 31 |
| 4. Impacto de la prostitución en la salud mental de las mujeres..... | 35 |
| 4.1. Trastorno por Estrés Post Traumático (TEPT) y Trastorno por Estrés Post Traumático Complejo (TEPT-C) | 35 |
| 4.2. Depresión y suicidio | 38 |
| 4.3. Abuso de sustancias | 39 |
| 4.4. Disociación | 41 |
| 5. La necesidad de asistencia sanitaria en víctimas del sistema prostitucional | 44 |
| 6. La otra cara de la verdad: la demanda masculina | 46 |
| 6.1. La construcción de la sexualidad masculina a través de la pornografía..... | 47 |
| 6.2. Profundización sobre el perfil psicológico del cliente | 48 |
| 7. Testimonios de mujeres en situación de prostitución | 51 |
| 7.1. Caso 1: Sandra | 51 |
| 7.2. Caso 2: Natalia..... | 54 |
| 7.3. Discusión..... | 58 |
| 8. Conclusiones..... | 61 |
| Bibliografía..... | 63 |
| Anexo I..... | 70 |
| Anexo II..... | 71 |
| Anexo III..... | 89 |

Introducción

A pesar de los esfuerzos en nuestra sociedad para conseguir la igualdad entre hombres y mujeres, cada día se enraíza con más fuerza una realidad que contradice esta finalidad: la prostitución y la trata de personas con fines de explotación sexual. En la actualidad, el debate crítico sobre la expansión de este fenómeno social queda relegado a la defensa acérrima de la libertad sexual de las mujeres. Pero la banalización de la prostitución como un trabajo cualquiera invisibiliza, en consecuencia, toda la repercusión que hay detrás de la normalización de esta práctica. Es importante tener en cuenta el papel de los medios de comunicación en este proceso, puesto que se encargan de transmitir potentes mensajes que ocultan o manipulan la realidad.

Nos encontramos, por ejemplo, películas conocidas como *Pretty Woman* que muestran una versión apaciguada de la prostitución que influye, inevitablemente, en la concepción que tenemos sobre esta realidad y que apagan nuestra consciencia. Y, por otro lado, también con noticias sorprendentes que ocurren hasta en medio de una pandemia mundial, como la siguiente: el rey de Tailandia que se salta las medidas de confinamiento para encontrarse con sus 20 concubinas en Alemania y, mientras tanto, las autoridades guardan silencio. Asimismo, las noticias recaen en la falta de responsabilidad del gobierno al poner por encima el interés de invitados relevantes del de la población general, pero parece que, de nuevo, nadie se pregunta sobre el interés de esas mujeres.

Por otra parte, el 4 y 5 de octubre del 2019 tuve la oportunidad de acudir a unas jornadas sobre la abolición de la prostitución y la explotación sexual. Esos días no fueron escogidos al azar, sino con el objetivo de conmemorar el Día Internacional contra el Tráfico y la explotación sexual de mujeres, niñas y niños, establecido el 23 de septiembre. En dicho acontecimiento pude aprender la realidad de la prostitución a partir de grandes profesionales como: Rosa Cobo (profesora de sociología de género en la Universidad de La Coruña), Beatriz Ranea (Doctora en Sociología y Antropología por la Universidad Complutense de Madrid), Beatriz Gimeno (responsable del área de igualdad de Podemos en la Comunidad de Madrid y actual directora del Instituto de la Mujer), Amelia Tiganus (activista de Feminicidio.net, y superviviente de prostitución y trata), entre otras tantas profesionales que me ayudaron a darme cuenta del gran desconocimiento que atisba este fenómeno social y me ha llevado, finalmente, a realizar el trabajo presente.

A su vez, aunque de estas mujeres he aprendido mucho, he querido enfocar la investigación en algo que pudiera adaptarse más a lo que estoy estudiando en la actualidad: la salud mental. Fue así como empecé a investigar no sólo sobre la realidad

de la prostitución en sí, sino además sobre el impacto que tiene dicha realidad en la salud mental de las mujeres. De este modo, empecé a estructurar el trabajo según este planteamiento y, asimismo, a identificar los objetivos de mi trabajo. Estos son: en primer lugar, conocer en profundidad la realidad de la prostitución y la trata de personas con fines de explotación sexual, así como la relación entre ambas. En segundo lugar, identificar los factores de riesgo que conduce a las mujeres a la prostitución, profundizando en variables como: género, abusos en la infancia, pobreza y migración. En tercer lugar, conocer la repercusión que tiene la prostitución en la salud psicológica de mujeres y niñas que lo ejercen. En cuarto lugar, indagar sobre las razones del aumento de la demanda masculina de la prostitución a partir del estudio de la influencia de la pornografía en la sexualidad y el perfil psicológico del cliente, también llamado putero. Y, por último, profundizar sobre esta realidad a través del testimonio de mujeres que han vivido estas circunstancias.

A partir de dichos objetivos, establecí también las hipótesis. Estas son las siguientes: en primer lugar, la mayoría de las mujeres que se encuentran en la prostitución no es por decisión propia, sino coaccionadas por ciertas circunstancias. La realidad es que gran parte de estas mujeres se encuentran en situaciones de trata, de pobreza, abusos y/o marginación. En segundo lugar, las mujeres en prostitución viven reiteradamente experiencias traumáticas, incluso desde la infancia, que afectan gravemente sobre su salud mental a corto y a largo plazo, desarrollando trastornos relacionados con el trauma causado. Estas afectaciones se ven agravadas, además, ante la imposibilidad de acceder a centros de salud. Y, en tercer lugar, el aumento de la demanda en prostitución se relaciona con la normalización de tanto la práctica de la prostitución como la de la pornografía, realidades que construyen la sexualidad masculina desde la agresividad y la violencia. Siendo, en consecuencia, el perfil de los clientes de prostitución semejante al de un agresor sexual.

Dichas hipótesis se constatarán en el trabajo presente a través de una extensa bibliografía en la que destacan tanto las autoras mencionadas anteriormente, como también Melissa Farley. Esta autora es conocida por sus estudios sobre el trauma psicológico de la prostitución y, a su vez, por ser fundadora de *Prostitution Research and Education*. Se trata de una organización dedicada a la investigación de la pornografía, la prostitución y la trata de personas, como también a ayudar a otros investigadores, políticos o supervivientes de esta realidad, con el objetivo último de conseguir la abolición de la misma. Asimismo, cabe destacar la importancia de los testimonios de varias mujeres que han vivido la prostitución, puesto que, aún no ser una muestra representativa, permitirán indagar con mayor profundidad la realidad que estamos investigando.

1. La realidad de las mujeres en situación de prostitución

La prostitución ha existido a lo largo de la historia, pero nunca con las dimensiones actuales (Nuño y De Miguel, 2017). España, donde cuatro de cada diez hombres consumen prostitución en algún momento de su vida, es calificada como “el burdel de Europa” e incluso ya existen agencias de turismo que incorporan esta posibilidad en sus viajes (De Miguel, 2015).

Este aumento es, en parte, consecuencia de: la banalización de esta actividad como cualquier otra; de la creencia de la libre elección, es decir, de la creencia de que quién ejerce la prostitución es porque así lo quiere (De Miguel, 2015; Cobo, 2017); de la visión que los medios de comunicación transmiten de las mujeres en prostitución como chicas con vocación que gozan de su libertad sexual (De Miguel, 2015); del interés económico surgido de esta actividad (Cortes Generales, 2007; Cobo, 2017); y, también, de la sexualidad masculina entendida como incontrolable, por lo que se asume que para los hombres es normal e inevitable el necesitar de prostitución (Gimeno, 2012; Cobo, 2017; De Miguel, 2017).

De Miguel (2015) dice que: “cada día es más habitual dejarse llevar por el discurso fácil, sencillo y directo de la legalización y abandonar la reflexión sobre las raíces de la prostitución y las consecuencias no deseadas o no previstas de su normalización” (p. 151). Esta autora, afirma la necesidad de investigar más sobre la cuestión, y así alejarnos de posturas acríicas que nada tienen que ver con la realidad.

Por todo ello, en el siguiente apartado se profundizará sobre la realidad de la prostitución, aportando la información necesaria para comprender este fenómeno en su complejidad y alejándonos, en consecuencia, de asunciones que pueden resultar reduccionistas.

1.1. Definición de prostitución y conceptos relacionados

En el siguiente apartado se explicarán los conceptos de prostitución y trata, y cuál es la relación que existe entre ambos.

1.1.1. La prostitución

Según la Real Academia Española (2014), el término prostitución es un concepto que proviene del latín *prostituó, -ónis*, y es la acción y efecto de prostituir o prostituirse; dicho de otra manera, es la actividad de la persona que mantiene relaciones sexuales

con otras a cambio de dinero. Pero, el hecho que se defina tal actividad como un simple intercambio de sexo por dinero esconden dos verdades fundamentales: “el hecho clave de que las prostitutas son mujeres y el no menos importante de que no es sexo, es un cierto tipo de sexo, que consiste en que el varón tenga un orgasmo usando como medio el cuerpo de otra persona” (De Miguel, 2015, p. 163). Esto último, se relaciona también con otra verdad que esconde esta definición: la desigualdad. En otras palabras, no podemos afirmar que el intercambio de sexo por dinero sea equitativo, puesto que no afecta del mismo modo a las mujeres que a los hombres (Cobo, 2017).

El cuerpo de las mujeres en prostitución se convierte en un negocio, una mercancía, que los hombres pueden acceder fácilmente por una cantidad variable de dinero (De Miguel, 2015; Cobo, 2017). Esta práctica concibe, por tanto, a las mujeres como objetos de consumo, en “trozos de cuerpos de los que es normal disponer y que ni siquiera suscitan interés de preguntarse cómo o por qué están aquí” (De Miguel, 2015, p. 52), y a los hombres como sujetos en los que sus deseos priman sobre los de la mujer a la que accede. En consecuencia, no importa lo que viva o sienta la mujer en prostitución, puesto que sirve como un medio para su placer sexual y nunca como un fin en sí mismo (De Miguel, 2015). A sí mismo, la prostitución garantiza la satisfacción inmediata de los deseos del hombre, puesto que saben que aun ser rechazados pueden buscar y encontrar fácilmente placer sexual con otra mujer, aunque no lo desee (Nuño y De Miguel, 2017).

En definitiva, la identidad de las mujeres en prostitución queda reducida a la de meros seres sexuales al servicio del deseo masculino. Se trata de un proceso de desindividualización que lleva a las mujeres a una situación de inferioridad, en el que se pierde el derecho a la propia autonomía sexual y que afecta, sobre todo, a mujeres en situación de indigencia o vulnerabilidad (Cobo, 2017; De Miguel, 2015; Nuño y De Miguel, 2017). La prostitución no es, por tanto, una forma de expresión de la libertad sexual de las mujeres, sino una actividad que resulta explotadora y violenta (Cobo, 2017). Cabe plantearnos entonces: “¿el hecho de que se pague una cantidad de dinero puede transformar ese abuso en un «empleo»?” (Diez, 2009, p. 1).

Calcular el número de mujeres en situación de prostitución pueda ser complicado debido a: “la movilidad geográfica de una parte de las mujeres, la diversidad de escenarios de ejercicio con grados diferentes de visibilidad, la existencia de prostitución ocasional y “a tiempo parcial”, y la presencia de inmigrantes en situación documental irregular” (Sanchis y Serra, 2011, p. 178). Aun así, según un informe realizado por las Cortes Generales (2007), se estima que en España el número de mujeres en situación de prostitución ronda los 400.000. Otros estudios, sin embargo, calculan cifras inferiores

como 100.000 (Sanchis y Serra, 2011). Asimismo, un informe realizado por la Guardia Civil sobre Trata de Seres Humanos con fines de Explotación Sexual (2005), afirma que el 90% de las mujeres en situación de prostitución son extranjeras y, sobre todo, en condiciones de precariedad (citado en Castellanos y Ranea, 2013).

A su vez, el número de mujeres que conforman la oferta no es lo único preocupante, sino también la gran demanda masculina. El informe de las Cortes Generales (2007) señala que, solo en nuestro país, hay 15 millones de hombres potenciales clientes. Lo que significa, al mismo tiempo que, por cada mujer en prostitución, hay aproximadamente 38 hombres que les demandan sexo por dinero. Datos que coinciden con otras investigaciones, en las que, según sus datos, el 99,7% de la demanda está compuesta por varones (Castellano y Ranea, 2013). Por otra parte, hasta el 39% de los españoles hombres afirman haber pagado alguna vez por mantener relaciones sexuales, mientras que un 6% dice consumir de forma habitual la prostitución (ONU, 2012, citado en Castellanos y Ranea, 2013; Cortes Generales, 2007).

Hay que recalcar, además, que el crecimiento exponencial de toda esta explotación está relacionado con el interés económico que suscita, pues la prostitución se ha convertido en uno de los negocios más rentables. En España se calcula que las ganancias superan los 18 mil millones de euros al año y, concretamente, los proxenetas, o también llamados “empresarios”, presentan unos ingresos de aproximadamente 45 mil euros al año por cada mujer en prostitución que tenga a su disposición (Cortes Generales, 2007).

Por otra parte, es necesario recalcar la existencia de las mujeres trans en prostitución. Hasta un 90% de las mujeres trans trabaja o ha trabajado en algún momento en prostitución. Conforme las investigaciones, principalmente es la discriminación social y laboral el motivo que las obliga a tener que recurrir a estas circunstancias (Cortes Generales, 2007; Boles y Elifson, 1994, citado en Schepel, 2011). Otras de las razones que puede llevar a las mujeres trans a la prostitución es también de carácter económico, en concreto, para poder pagar la cara hormonación y operación de cambio de sexo (Howe et al., 2008, Leichtentritt and Davidson-Arad, 2004; Sausa et al., 2007, citado en Schepel, 2011).

A su vez, las mujeres trans que se encuentran en prostitución reportan de forma habitual el rechazo, y el abuso emocional y físico por parte de su familia biológica. Circunstancias relevantes que, en definitiva, permiten comprender por qué las mujeres trans recurren a la prostitución como medio de supervivencia (Infante et al., 2009; Leichtentritt y Davidson-Arad, 2004; Nemoto et al., 2004; Sausa et al., 2007, citado en

Schepel, 2011). Convirtiéndose, entonces, las mujeres trans también en un colectivo vulnerable a sufrir explotación sexual (Cortes Generales, 2007).

1.1.2. La trata de personas

Actualmente, la trata de personas es un fenómeno que va creciendo en los países occidentales (Cortes Generales, 2007). A nivel internacional, según la Oficina de la Organización de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) hay, como mínimo, dos millones y medio de víctimas de trata de personas. El 79%, de las cuales, son víctimas de trata con fines de explotación sexual y se estima, además, que el 98% son mujeres y niñas (Organización Internacional del Trabajo, 2009, citado en Castellanos y Ranea, 2013). En Europa, según el Instituto Europeo de la Igualdad de Género (2017), el 95% de las víctimas de explotación sexual son mujeres, mientras que en España se calcula que lo son el 91,71% (Instituto de la Mujer y para la Igualdad de Oportunidades, 2015).

Ante este fenómeno, se creó el Protocolo de Palermo, resultado de la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, con la finalidad de: “prevenir y combatir la trata de personas, prestando especial atención a las mujeres y los niños” (Organización de las Naciones Unidas, 2000, p. 44). El Artículo 3 de este Protocolo señala que:

Por trata de personas se entenderá la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación. Esa explotación incluirá, como mínimo, la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos (p. 44).

Esta definición pone énfasis en cuatro elementos: la finalidad (la explotación de la persona), la acción (captación, transporte, embarque o recepción de personas), los medios empleados (amenaza, fuerza, engaño, abuso de poder, vulnerabilidad, pago o remuneración a alguien que ejerza un control sobre la víctima) y el tipo de trata (la explotación de la prostitución ajena u otras formas de explotación sexual, los trabajos o servicios forzados, la esclavitud o las prácticas análogas a la esclavitud, la servidumbre o la extracción de órganos) (Miguel y Fernández, s.f.). En definitiva, el Protocolo de

Palermo abarca a un gran número de conductas que pueden ser objeto de delito, mostrando así la variabilidad de los tipos de trata que existen y permitiendo de esta forma que ninguna víctima quede desprotegida (Morales, 2011).

El Artículo 3 afirma, por otro lado, que: “el consentimiento dado por la víctima de la trata de personas a toda forma de explotación que se tenga intención de realizar descrita en el apartado a) del presente artículo no se tendrá en cuenta cuando se haya recurrido a cualquiera de los medios enunciados en dicho apartado” (ONU, 2000, p. 45). Esto quiere decir que no siempre es necesario emplear la fuerza para hablar de trata, sino que también tiene en cuenta aquellos casos en los que el consentimiento no ha sido totalmente libre, dado la situación de vulnerabilidad en la que la víctima se encuentra y de la cual los captores se aprovechan (Morales, 2011; Castellanos y Ranea, 2013).

A su vez, este Artículo tiene el objetivo de proteger a los infantes que se vean involucrados en la explotación, por lo recalca específicamente: “la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de un niño con fines de explotación se considerará «trata de personas» incluso cuando no se recurra a ninguno de los medios enunciados en el apartado a) del presente artículo” (ONU, 2000, p. 45).

1.1.3. La relación entre prostitución y trata de personas

Según Cobo (2017), no existe realmente una frontera inequívoca entre la trata y la prostitución. En realidad, aunque se definan como realidades diferentes, sin la trata de mujeres con fines de explotación sexual la industria del sexo no podría haber crecido tanto. Como afirma la autora: “la trata debe ser considerada como el mecanismo fundamental de abastecimiento de la prostitución, pues estas redes se encargan de suministrar mujeres para que la industria del sexo pueda atender la enorme demanda masculina” (p. 145).

Por otro lado, como también señalan las Cortes Generales (2007), si tenemos en cuenta el Protocolo de Palermo, en realidad, las mujeres en prostitución son o han sido víctimas de trata, pues han vivido desde la experiencia a ser captadas mediante la fuerza o el engaño, o también, se han aprovechado de su situación de vulnerabilidad. En el informe, además, se afirma que se ha hecho un negocio a partir de la explotación de los cuerpos de las mujeres y las niñas. Como señalan: “La prostitución se ha convertido en un lucrativo negocio que está bajo el control de mafias criminales de ámbito transnacional que trafican con mujeres de la misma forma que lo hacen con armas o drogas” (p. 17) y “mueve entre cinco y siete billones de dólares y afecta a cuatro millones de víctimas” (p. 21).

A su vez, según datos de la Organización Mundial de la Salud (OMS), a nivel internacional, solo un 5% empiezan la prostitución por voluntad propia, mientras que más del 90% de las mujeres que la ejercen provienen del tráfico sexual migratorio controlado por mafias sexuales, las cuales mantienen a las mujeres en unas condiciones infrahumanas e incorporan hasta 500.000 mujeres cada año como esclavas sexuales. Asimismo, el 95% afirma hacerlo por necesidad, al no tener otra salida para poder ganarse la vida, y que no les gustaría que ni sus hijos o hijas lo hicieran (citado en Mujeres para la Salud, 2012). Por tanto, teniendo en cuenta que solo en España hay 15 millones de potenciales clientes, la trata de personas se convierte en una herramienta necesaria para su para poder abastecer la gran demanda en prostitución, al no existir realmente suficientes mujeres que decidan libremente dedicarse a ello. En consecuencia, cuatro millones de mujeres y niñas al año son vendidas mundialmente para acabar en la prostitución, dos millones de las cuales son niñas de entre 5 y 15 años (Cortes Generales, 2007; Cobo, 2017).

Pero las condiciones con las que empiezan estas mujeres no es lo único alarmante, sino también las circunstancias con las que lo ejercen. Algunos estudios muestran que: el 95% de las prostitutas afirmaron ser objeto de acoso sexual, entre el 70-95% fueron agredidas físicamente, entre el 60-75% habían sido violadas, el 68% cumplían con criterios de Trastorno por Estrés Posttraumático (TEPT) de un rango similar a los veteranos de guerra, sobre todo, debido a la cantidad de violencia física y sexual a la que están expuestas diariamente (Farley et al., 2003). Estos datos sugieren que no podemos diferenciar la prostitución coercitiva de la no coercitiva, como si la primera se tratara de algo accidental y no un problema intrínseco a la misma prostitución (Castellanos y Ranea, 2013; Vicente, 2009).

Por tanto, ninguna mujer, aunque haya decidido libremente, está exenta de sufrir las repercusiones que conlleva la industria del sexo (Castellanos y Ranea, 2013). Esto quiere decir, al mismo tiempo, que la libre elección en la prostitución es solo un mito que esconde, en realidad, un proceso de cosificación y deshumanización de las mujeres hasta tal punto que algunos han llegado a llamarla como "la esclavitud del siglo XXI" (Castellanos y Ranea, 2013; De Miguel, 2015). Pero, como Farley (2006) comenta, no interesa a acabar con la prostitución debido a todos los beneficios que se consiguen de dicha práctica, por lo que es importante que se siga viendo como un trabajo y libre elección para mantener así el negocio.

Por todo ello, es importante que las políticas públicas no separen la prostitución de la trata con fines de explotación sexual, pues son "dos caras de la misma moneda, la de utilizar a las mujeres más pobres, con peores oportunidades y con inferiores

condiciones de vida para que los hombres compren sus favores sexuales” (Vicente, 2009, p. 50). Asimismo, separar estas dos realidades resulta un error que no permitirá terminar finalmente con la trata. En definitiva, “volver a hablar de prostitución y trata como fenómenos iguales permitiría plantear a la sociedad que lo que hay que erradicar es la prostitución. Sólo así se acabará con la trata de mujeres y niñas” (Vicente, 2009, p. 52).

1.2. Diferentes perspectivas de la prostitución

En este apartado se explicarán las tres perspectivas que existen respecto a la prostitución: prohibicionismo, reglamentarismo y abolicionismo (Villa, 2010).

1.2.1. Prohibicionismo

El discurso prohibicionista afirma que “el intercambio mercantil de servicios sexuales - la prostitución - atenta contra valores éticos: la gestión sexual del cuerpo femenino resulta ser oficialmente un delito de carácter moral y legal, que provocaría la pérdida y corrupción de los valores tradicionales” (Villa, 2010, p. 159). Más concretamente, “se prohibía la prostitución porque se consideraba un vicio capaz de corromper a toda la sociedad, a los hombres y también a las mujeres decentes que se podían ver tentadas por esa vida gobernada por la lujuria” (Gimeno, 2012, p. 135).

Es decir, la prostitución se considera un acto ilícito, por lo que el Estado debe encargarse que esta actividad sea erradicada por la ley (Trifiró, 2003; Morales, 2010; Villa, 2010) “a través de sanciones penales, multas o medidas reeducadoras tanto para las personas que la ejercen, como para quienes la organizan y/o promueve y para los que la consumen” (Morales, 2010, p. 53). Aun así, la penalización del cliente no siempre tenía lugar, puesto que la responsabilidad principal recaía sobre la mujer en prostitución (Morales, 2010).

A su vez, durante el siglo XIX, en España se denominaba la prostitución como una forma femenina de delincuencia; “sin embargo, al no provocar daños directos a otras personas, quedará tipificada como delito contra lo moralmente ‘correcto’ y las prostitutas serán las ejecutoras de tal ‘agresión’ moral” (Villa, 2010, p. 160). Asimismo, en 1867, el gobernador de Barcelona promulgó un reglamento en el que consideraba a las mujeres en prostitución un peligro público y se dispusieron medidas para proteger al hombre casado, viudo, con hijos o familia de la tentación de las mujeres en prostitución (Lora, 2007). La condenación de las mujeres en prostitución es muy antigua, incluso en un pasaje del propio Evangelio nos muestra la reacción de la sociedad ante una de

ellas, la cual están dispuestos incluso a apedrearla, como si así hicieran desaparecer su propia vergüenza.

En definitiva, el objetivo del Estado prohibicionista es salvaguardar el orden moral al castigar la prostitución. Sin embargo, no se tiene en cuenta, o no importa, que esta penalización provoque una mayor indefensión social y vulnerabilidad en las mujeres en prostitución. Es más, la prohibición de la prostitución solo hizo más difícil la vida de estas mujeres, puesto que no consiguieron que salieran de la calle ni tampoco les ofrecieron seguridad alguna. El cuerpo en el Estado prohibicionista, por consiguiente, se ha convertido en una fuente de delito (Villa, 2010; Gimeno, 2012).

1.2.2. Reglamentarismo

El reglamentarismo, a diferencia de la postura anterior, acepta la prostitución como tal, por lo que: “exige reglamentar las condiciones higiénicas, ambientales, sociales y políticas para su ejercicio” (Trifiró, 2003, p. 22). Esto es debido a que los partidarios a la regulación de la prostitución reconocen la existencia de la actividad como un trabajo como cualquier otra profesión y, todo lo que ello conlleva, establecer derechos laborales que garanticen su protección social y jurídica. Al mismo tiempo, quienes defienden esta postura, atañen a la voluntad de cada persona para trabajar de lo que más le guste y, así mismo, a “la libertad de decisión sobre la gestión del propio cuerpo, como un negocio autónomo (...). El derecho a obtener unos ingresos, una nómina, comerciando libremente su sexualidad” (Villa, 2010, p. 163).

Por otra parte, el regulacionismo reconoce a las mujeres en prostitución como “trabajadores sexuales”. Esto se realiza con la pretensión de que su forma de ganarse la vida no las estigmatice y siendo, según esta perspectiva, la legalización una forma de progresar hacia la igualdad (Morales, 2010). Esta argumentación puede resultar lógica, el famoso libre albedrío, pero al mismo tiempo no tiene en cuenta toda la magnitud del problema. En el Estado regulacionista, el cuerpo ha dejado de criminalizarse para convertirse en un negocio, aspecto que afecta no solo a las mujeres en prostitución, sino también a las terceras personas que tienen relación con este comercio y que son los que más se benefician de ello (Villa, 2010).

Asimismo, como se ha recalcado anteriormente, la prostitución lo ejercen mayoritariamente mujeres, o incluso niñas, en situación de pobreza, de marginación y/o inmigración, el cual participan incluso mafias sexuales. Como se ha dicho anteriormene, según la OMS, un 90% de las prostitutas provienen del tráfico sexual migratorio (Mujeres para la Salud, 2012). Por lo que “legalizar la prostitución puede abrir la puerta

a las mafias y facilitar la esclavitud de mujeres y niñas. Terminaría por favorecer a los victimarios” (Cacho, 2010, citado en Morales, 2010, p. 40).

Además, legalizar la prostitución: “es una medida que sólo pretende minimizar los riesgos de esta actividad, pero que no sólo no lo consigue sino que cronifica la situación y atenta contra la posición de las mujeres en la sociedad y su lucha por la igualdad, rebajando su potencial humano y dejando como herencia a las nuevas generaciones que todas las mujeres somos susceptibles de alquiler para el ocio de unos y de mercadeo para el provecho y enriquecimiento de otros” (Cortes Generales, 2007, p. 27). Todo ello, nos sugiere que la libre elección en la prostitución es solo un mito. Las mujeres en prostitución, en su gran mayoría, no empiezan por libertad propia, sino coaccionadas ante una situación de vulnerabilidad (De Miguel, 2015). A su vez, “la prostitución jamás se da en condiciones de libertad; nunca es objeto de un contrato de compraventa entre personas iguales en derechos y libertades. No se vende la actividad o el producto, como el cualquier trabajo, sino el propio cuerpo sin intermediarios” (Díez, 2009, p.1). Al fin y al cabo, la prostitución es “la elección hecha por aquellos que no tienen otra elección” (Wisterich, 2000, citado en Farley, 2006, p. 110). En otras palabras, “si reglamentamos la prostitución, integrándola en la economía de mercado, estamos diciendo que esto es una alternativa aceptable para las mujeres y, por tanto, si es aceptable, no es necesario remover las causas, ni las condiciones sociales que posibilitan y determinan a las mujeres a ser prostituidas. A través de este proceso se refuerza la normalización de la prostitución como una “opción para las pobres” (Díez, 2010, p. 1).

En realidad, el Estado que criminaliza el cuerpo es tan perverso como el que lo trata como un negocio. El primero, persigue a las prostitutas como criminales y el segundo, las usa como objetos para la obtención de un beneficio económico. Pero, ninguno de ellos, considera a las mujeres en prostitución como víctimas de explotación sexual y “de un proceso que no controla, pues su decisión está limitada por condiciones sociales estructurales (pobreza, marginación, falta de oportunidades, abuso sexual)” (Villa, 2010, p. 169). Siendo, entonces, tanto el prohibicionismo y la regulacionismo de la prostitución posturas que permiten al estado obtener “un poder sobre los cuerpos de las mujeres que resultará más controlador y coercitivo sobre las mujeres pobres” (Gimeno, 2007, p. 271).

1.2.3. Abolicionismo

El abolicionismo pretende erradicar la prostitución con medidas legales (Villa, 2010), puesto que consideran la prostitución una forma de esclavitud que atenta contra los

Derechos Humanos al ser cosificadas y tratadas como mercancías (Morales, 2010). Pero estas no actúan sobre las mujeres en prostitución, sino que su objetivo es penalizar el tráfico, el proxenetismo y las personas consumidoras de dichos servicios sexuales, siendo las mujeres entonces percibidas como víctimas de dichos actos criminales (Villa, 2010; Morales, 2010). Como explica Lora (2007): “el Estado no debe dar pábulo, mediante la regulación, a una actividad básicamente degradante e indigna; antes bien, debe dirigir sus esfuerzos en pos de su desaparición” (p. 457).

Asimismo, otro objetivo que también tienen en cuenta es la puesta en práctica de recursos que contribuyan a la rehabilitación de las víctimas de tráfico y de la prostitución. Esta perspectiva entiende, entonces, el cuerpo como una fuente de dignidad humana, no como una mercancía (Villa, 2010). Por otra parte, la reglamentación de la prostitución persiste una doble moral social que “permite al hombre la satisfacción de una ‘necesidad biológica’ y, por otro lado, culpa a la mujer prostituta de un comportamiento ‘vicioso’” (Villa, 2010, p. 169).

Cabe mencionar que, en 1949, se realizó el Convenio de Naciones Unidas sobre tráfico de seres humanos y explotación de la prostitución donde se asume por primera vez una postura abolicionista. Los Estados, en consecuencia, se comprometen a adoptar medidas para prevenir la prostitución como también para ayudar a la rehabilitación y adaptación de las víctimas, al considerar que el ejercicio de esta actividad es siempre de forma coercitiva, aunque en un principio haya habido consentimiento (Gutiérrez, 1986, citado en Villa, 2010).

Por otro lado, en el año 2000, se realizó una convención en Madrid sobre la prostitución y tráfico de personas con fines de explotación sexual en el que se recogen diversas ideas partidarias a este enfoque como: “el no reconocimiento en ningún caso de la decisión libre y autónoma de la mujer que vende su cuerpo por dinero u otro recurso (...), [puesto que se considera desde esta mirada que] la prostitución es siempre forzada independientemente de la decisión de las mujeres que la ejercen, y se equipara al tráfico de mujeres con fines de explotación. Prostitución es siempre equivalente a esclavitud sexual. (...) La prostitución se considera una faceta más de las manifestaciones de la violencia contra las mujeres” (Villa, 2010, p. 170).

En Suecia, donde se implantó el abolicionismo en su ley, “la prostitución es considerada como un aspecto de la violencia masculina contra mujeres, niñas y niños. Es reconocida oficialmente como una forma de explotación de mujeres, niñas y niños, y constituye un problema social significativo, la igualdad de género continuará siendo inalcanzable mientras los hombres compren, vendan y exploten a mujeres, niñas y niños prostituyéndoles” (Díez, 2009, p. 4). Posteriormente de su implementación, los

datos señalaron una reducción significativa de hasta el 70% de la prostitución callejera (Gimeno, 2012). A su vez, este sistema también “ha desalentado a los traficantes a utilizar Suecia como un mercado con fines sexuales” (Lora, 2007, p. 465).

2. Factores de riesgo relacionados con la entrada a la prostitución

Según diversas investigaciones, la persona que ejerce la prostitución suele ser: “mujer, inmigrante, de entre 26-29 años, con un nivel académico medio-alto, de pocos recursos económicos, con grandes cargas familiares (...) y en situación irregular en la mayoría de los casos” (Alecrín, 2006; APRAM, fundación mujeres, 2005; Comisión para la Investigación de Malos Tratos a Mujeres, 2003, citado en Sánchez, 2012, p. 1857). Por todo ello, en el siguiente apartado se profundizará sobre los factores de riesgo más comunes que llevan a dichas personas a tener que prostituirse, enfatizando los siguientes aspectos:

| | | |
|------------------------------|---|---|
| Género | El 90% de las personas en prostitución son mujeres | ONU, 1992, citado en Mujeres para la salud, 2012 |
| Abusos en la infancia | El 65-95% de las mujeres en prostitución revelan haber sido víctimas de abuso sexual en la infancia | Estes y Weiner, 2002, Leidholdt, 2003, citado en Lukman, 2009 |
| Pobreza | El 72% de las mujeres en prostitución habían sido o continúan siendo gente sin hogar | Farley, Baral, Kiremire y Sezgin, 1998 |
| Migración | En España, el 90% de mujeres que ejercen la prostitución son extranjeras | Cortes Generales, 2007 |

Tabla 1. Resumen de los factores de riesgo relacionadas con la entrada a la prostitución

2.1. Género

Como se ha explicado al principio, la definición de la prostitución como un intercambio de sexo por dinero invisibiliza, en consecuencia, que “la prostitución tiene género” (De Miguel y Torrado, 2014, p. 2). Dicho de otro modo, una de las claves para comprender la complejidad del fenómeno es saber que las personas que habitualmente ejercen la prostitución son mujeres y que los consumidores, o también llamados puteros, son varones (De Miguel y Torrado, 2014; De Miguel, 2015). Así lo demuestran los datos: cuatro millones de personas son afectadas por la prostitución, de las cuales el 90% son mujeres (ONU, 1992, citado en Mujeres para la Salud, 2012). Siendo, entonces, el género uno de los factores de riesgo más relevante, incluso más que la pobreza (Sánchez, 2012).

Cabría preguntarnos, entonces, porqué en el fenómeno de la prostitución, las mujeres son la que venden sus cuerpos, mientras los hombres los que acceden a ellos (De Miguel, 2015). Uno de los problemas es que el debate sobre la prostitución se ha enfocado demasiado sobre el tema del consentimiento, adoptando argumentos que

simplifican la realidad como: “si hay consentimiento, no hay problema” (De Miguel y Torrado, 2014). Por otra parte, cuando se concibe que la prostitución es un trabajo como cualquier otro, estamos afirmando al mismo tiempo que la sexualidad también es una mercancía como cualquier otra, en una sociedad donde las mujeres son especialmente vulnerables a la violencia sexual (De Miguel y Torrado, 2014). Por ejemplo, en España, según la Delegación del Gobierno para la Violencia de Género (2015), el 24,2% de las mujeres de 16 o más años han sido víctimas de violencia física y/o sexual a manos de sus parejas, exparejas o terceros.

En consecuencia, la normalización de la prostitución conlleva a que la desigualdad entre hombres y mujeres persista en una sociedad que pretende supuestamente erradicarla (De Miguel, 2015; Cobo, 2017). La prostitución, o también la comercialización del cuerpo de las mujeres, es “una cuestión macrosocial y estructural de violencia hacia las mujeres (...). Una de las formas de violencia más extremas y enraizadas en nuestras sociedades supuestamente democráticas e igualitarias” (De Miguel y Torrado, 2014, p. 5). A su vez, la explotación de mujeres y niñas en la prostitución es una manifestación de la violencia machista y sexual que pone, de nuevo, a las mujeres en una situación de extrema vulnerabilidad (Pérez, 2018). Dicho de otro modo: “estamos tratando de ponernos de acuerdo en que no debería existir la violencia contra las mujeres, en que ningún hombre tiene derecho a abusar, a denigrar, a pegar a una mujer. Sin embargo, toleramos, permitimos y normalizamos socialmente la explotación sexual de mujeres por parte de hombres” (Vicente, 2009, p. 50).

Por tanto, cuando se naturaliza la imagen de la mujer en la prostitución se está legitimando, en consecuencia, un sistema que explota y comercializa con el cuerpo de las mujeres (De Miguel y Torrado, 2014; Pérez, 2018). Como dijo la ONU (1992): “Reduciendo a las mujeres a una mercancía susceptible de ser comprada, vendida, apropiada, intercambiada o adquirida, la prostitución ha afectado a las mujeres en tanto que grupo. Ha reforzado la ecuación establecida por la sociedad entre mujer y sexo, que reduce a las mujeres a una menor humanidad y contribuye a mantenerlas en un estatuto de segunda categoría en todo el mundo” (Tomasevski, 1993, citado en Sánchez, 2012, p. 1856)”

En definitiva, como indica Vicente (2009), “existe la prostitución porque existe un consenso social que ha acordado que debe haber un grupo de mujeres destinado a satisfacer los deseos sexuales masculinos, sin importarle que ello sea violencia de género, discriminación, denigración para la sociedad y, sobre todo, sin importarles que para las mujeres sea absolutamente injusto” (p. 50).

2.2. Abusos en la infancia

Diversos son los estudios que demuestran que las mujeres en prostitución han sido anteriormente víctimas de abusos en la infancia, tanto abuso sexual, físico y emocional (Clarke, Clarke, Roe y Fey, 2012; Lukman, 2009; Tyler, Hoyt, Whitebeck y Cauce, 2001; Farley, 2003b; Farley y Kelly, 2000; McClanahan, McClelland, Abram y Teplin, 1999; Wlodarczyk, 2016).

Siguiendo esta idea, en un estudio con una muestra de 389 mujeres en prostitución, el 35,2% fueron víctimas de abuso emocional, el 24,4% fueron víctimas de abuso físico y el 31,6% fueron víctimas de abuso sexual (Clarke et al., 2012). Pero, en diferentes investigaciones se obtienen índices incluso más altos y se estima que entre un 65-95% de las mujeres jóvenes en prostitución revelan haber sido víctimas de abuso sexual, entre los que se destaca el incesto (Estes y Weiner, 2002, Leidholdt, 2003, citado en Lukman, 2009). De manera que, una infancia de abusos, especialmente sexuales, está asociado a una mayor probabilidad de entrar en prostitución, sobre todo, si no reciben la ayuda necesaria para tratar el trauma que supone haber sido víctima de abusos (Tyler et al., 2001; McClanahan et al., 1999; Lukman, 2009).

Según las investigaciones, esto sucede porque muchos de estos infantes se encuentran desamparados en la calle a una temprana edad, expuestos a todo tipo de peligros y estando carentes de vivienda, comida y seguridad. Entonces, sumando a que presentan un autoconcepto empobrecido, con poca autoestima y altos índices de depresión, se convierten en objetivos fáciles de explotadores que los quieren atraer al mundo de la prostitución para su propio beneficio, aprovechándose de su situación de vulnerabilidad (Tyler et al., 2001; *Pennsylvania Coalition Against Rape*, 2013).

Es más, estas circunstancias se identifican como el camino común para la entrada en la prostitución de los más jóvenes, siendo hasta 40 veces más probable que entren en prostitución en estas circunstancias (McClanahan, et al. 1999; Estes y Weiner, 2001, citado en Clarke et al., 2012). Sobre ello, la PCAR (2013) explica: "los menores que se han escapado o han sido expulsados de sus hogares están en mayor riesgo de tener problemas de apego y sufrimiento de negligencia y abuso en toda su vida. Una vez han sido el objetivo de un explotador, ellos son inicialmente controlados a través de manipulaciones y seguridad física. Entonces, el explotador presionará o forzará físicamente al menor a la prostitución reteniendo afecto, amenazas de abandono o de violencia o imposición violencia física y/o sexual" (p. 4).

De manera semejante, en un estudio, una mujer en prostitución cuenta: "Todos hemos sido molestados. Una y otra vez, y violados. Todos fuimos abusados sexualmente y abusados sexualmente de niños, ¿no lo sabías? Corrimos para escapar. Ya no nos querían en la casa. Fuimos expulsados, arrojados. Hemos estado en la calle desde los

12, 13 y 14 años” (Boyer et al., 1993, p. 16, citado en Farley y Kelly, 2000, p. 15). De igual modo, otra mujer en prostitución explica: “Todo lo que sabía era cómo ser violada, cómo ser atacada y cómo ser golpeada, y eso es todo lo que sabía. Entonces, cuando me puso en el juego [de la prostitución], estaba demasiado deprimida para hacer algo. Todo lo que sabía era abuso” (Phoenix, 1999, p. 111, citado en Farley, 2003b, p. 13).

Asimismo, el abuso sexual, especialmente el incesto, supone para las víctimas una especie de “entrenamiento” para la prostitución. Por ejemplo, en el caso de la figura paterna que coacciona a la hija a tener que pagar con su cuerpo, para de este modo, obtener su cariño y cuidados (Saphira, 2001, citado en Lukman, 2009). Este entrenamiento sirve a los padres para posteriormente forzar a sus hijas en la prostitución, como así nos demuestra un estudio en el que un tercio de los casos de abusos sexuales en la infancia experimentaron la prostitución posteriormente; dentro de las cuales, la mayoría fueron forzadas por sus familiares (Wlodarczyk, 2016).

En otro estudio, con una muestra de 1142 mujeres en las cárceles, se quería conocer cuál era el impacto que tenía el abuso sexual en la infancia, escapar de sus casas y las drogas en la entrada en la prostitución. Centrándonos en el abuso sexual y la fuga, se obtuvo que las mujeres que habían sido abusadas sexualmente en la infancia presentaban tasas más altas de actividad prostitucional en comparación de las mujeres que no sufrieron abuso sexual (un 44,2% en comparación a un 28,5%). Del mismo modo sucede con las mujeres que se escaparon de casa, es decir, aquellas que se escapaban de casa tenían tasas más altas de prostitución de las que no escaparon (44,7% en comparación al 29,7%). A su vez, se observó que las que habían sido abusadas sexualmente escapaban de casa a una edad más joven, de las que no habían sido abusadas (12,6 años en comparación a los 13,2 años). En consecuencia, entraban a una edad más temprana a la prostitución (McClanahan et al. 1999).

Por otra parte, una investigación pone de manifiesto el peso que tienen también los demás abusos, no solo el sexual, en la entrada a la prostitución. Dado que en su estudio, con una muestra de 123 mujeres en prostitución, el 85% resultaron ser víctimas de abuso sexual, específicamente de incesto, el 90% de abuso físico y el 98% de abuso emocional. Siendo el abuso emocional más significativo para la entrada a la prostitución que el abuso sexual (Hunter, 1994, citado en Farley y Kelly, 2000). Del mismo modo, en otro estudio se obtuvieron resultados similares, debido a que el 82,5% fueron víctimas de abuso, concretamente, el 80,8% de abuso emocional, el 69% de abuso físico y el 50% de abuso sexual. Es importante destacar también que el 67% de la muestra fueron, además, víctimas de múltiples tipos de abuso (Lukman, 2009). Aunque, como dice Farley (2006), los múltiples abusos son la regla más que la excepción en estas circunstancias. En todo caso, todo tipo de abuso y negligencias sufridas en la infancia

hacen de ellos a ser más vulnerables a pasar por acontecimientos como la prostitución (Lukman, 2009).

2.3. Pobreza

Las mujeres pobres presentan una vulnerabilidad económica que los lleva a tener limitadas opciones de futuro, siendo la pobreza y el abuso sexual uno de los predictores más influyentes de entrada a la prostitución (Barret y Beckett, 1996, citado en Farley y Kelly, 2000). Es decir, jóvenes que escapan de casa debido a la violencia que sufren en ellas y que, además, carecen de un trabajo que les sustente se convierten en sujetos vulnerables de tener que recurrir a la prostitución. La necesidad económica se convierte, entonces, en uno de los motivos que impulsan a las mujeres a la actividad prostitucional (Lancet, 1996, citado en Farley y Kelly, 2000).

Respecto a esto último, la prostitución es aquella elección hecha por aquellos que tienen la menor cantidad de opciones disponibles para ellos (MacKinnon, 2003, citado en Farley, 2006), siendo la prostitución necesaria para su propia supervivencia o la de su familia ante la ausencia de oportunidades educativas y de ingresos que les permitan vivir de forma digna (Farley, 2006). Ello ha sido objeto de interés por diferentes estudios, por ejemplo, en una investigación de una muestra de 475 mujeres en prostitución, el 72% habían sido o continúan siendo gente sin hogar (Farley, Baral, Kiremime y Sezgin, 1998); mientras que otro estudio, realizado por la misma autora, revela que el 89% de mujeres en prostitución de una muestra de 854 mujeres de nueve países diferentes, quieren salir de la prostitución, pero no tienen otra alternativa para sobrevivir (Farley, 2003b).

En modo de conclusión, las mujeres en prostitución son mayoritariamente mujeres pobres y/o en situaciones de desarraigo social, pues en sus historias encontramos que han vivido acontecimientos como desamparo familia, grandes umbrales de pobreza, marginación y falta de apoyo social (Cortes Generales, 2007). En definitiva, la sociedad que tolera la prostitución y que niega la necesidad de erradicarla, es una sociedad que permite que “humillen y abusen de las mujeres con peores oportunidades sociales y con menores recursos personales” (Vicente, 2009, p. 49).

2.4. Migración

Hay que añadir, también, que la falta de ingresos y oportunidades de las mujeres en prostitución está relacionada con el fenómeno de la migración. Actualmente, la prostitución tiene un carácter especialmente transnacional, por lo que las mujeres en

situación de prostitución son en gran parte mujeres extranjeras que provienen de países pobres. Concretamente, según investigaciones de la Policía Nacional y la Guardia civil, actualmente en España, el 90% de mujeres que ejercen la prostitución son extranjeras (Cortes Generales, 2007). Como explica el informe, “las personas pertenecientes a este grupo han tenido que salir de sus países de origen por la pobreza extrema, por razones políticas o a causa de conflictos y, para sacar a sus familias adelante o simplemente para poder vivir, en muchos casos devienen en la prostitución” (Cortes Generales, 2007, p. 27).

A su vez, otros estudios destacan la discriminación que sufren como mujeres, la falta de educación y de recursos que viven en sus países de origen. Estas mujeres, en definitiva, se encuentran en una situación de vulnerabilidad que las lleva a sentirse atraídas por empleos que se ofrecen en el extranjero como bailarinas, azafatas, entre otras cosas, acabando realmente vendidas y con deudas que pagan ejerciendo la prostitución en los países que esperaban encontrar una vida mejor (Musacchio, 2004).

El informe de las Cortes Generales (2007) destaca que la abundancia de mujeres extranjeras que acceden a Europa de forma irregular provenientes de América Latina, África Subsahariana y Europa del Este, se debe al crecimiento que ha habido durante los últimos años de redes de tráfico de personas con fines de explotación sexual. Entre otros problemas relacionados se encuentran: las dificultades para encontrar otra forma de sustentarse en el país migrado, el hecho de que no es necesario dominar el idioma ni formación para ejercer en la prostitución, y también la flexibilidad horaria que, en el caso de prostitución en la calle, significa poder llevar comida a casa el mismo día. Asimismo, también hay que tener en cuenta que las mujeres que incluso saben que ejercerán en la prostitución no son conscientes de la violencia que experimentarán, sintiéndose en su mayoría engañadas por las condiciones de trabajo a las que se ven sometidas (Musacchio, 2004).

Respecto a esta problemática, las Cortes Generales (2007) señalan: “en la actual economía de la globalización, el empobrecimiento y desplazamiento de grandes conjuntos de personas marginadas que eran abandonadas con escasas formas de subsistencia a excepción de sus propios cuerpos y su trabajo ha generado una nueva pobreza. De todos estos nuevos pobres, las mujeres y niñas son regularmente las que más desventajas tienen” (p. 27). Al mismo tiempo, “el negocio de la prostitución está siendo una fuente de ingresos (para los países pobres), es una forma escogida por algunos países para sobrevivir y desarrollarse. Los propios países en muchos casos son quienes promocionan que sus territorios se conviertan en destinos del turismo sexual a fin de revitalizar sus economías” (p. 27). Las mujeres extranjeras son, por tanto, sometidas a prostitución por medio del uso de la violencia, intimidación, el

engaño y aprovechamientos de su estado de vulnerabilidad extrema, con la intención de lucrarse a partir de su sufrimiento.

Es relevante destacar que las mujeres migrantes están sobrerrepresentadas en la prostitución como, por ejemplo, en Minneapolis, una ciudad donde el 96% de la población está formada por personas blancas y europeas, al mismo tiempo el 50% de las mujeres en club de striptease son mujeres de color (Dworkin, 1997, citado en Farley y Kelly, 2000). Alguna de las razones que se le dan a este hecho, a parte de las anteriores, es que las mujeres en prostitución son traídas por su apariencia, en lo que destaca también su color de piel y características basadas en estereotipos raciales (Barry, 1995, citado en Farley y Kelly, 2000). Por estos motivos, hay prostitución que se localiza en los barrios más pobres y en los que residen gente de color, siendo mujeres y niñas de estos barrios reclutadas por proxenetas y acosadas por puteros (Nelson, 1993, citado en Farley y Kelly, 2000).

3. La violencia física, sexual y psicológica en prostitución

Como se ha explicado anteriormente, las mujeres en situación de prostitución están expuestas continuamente a situaciones estresantes, sobre todo, por el carácter violento de dichos acontecimientos (Farley, 2003b; Church, Henderson, Banard y Hart, 2001; Farley et al., 1998; Romero, Weeks y Singer, 2003; Farley, Banks, Ackerman y Golding, 2018; Cavalcante y Ferreira, 2012; Farley, 2006).

Según Farley (2003b), la violencia resulta ser una experiencia normativa para las mujeres en prostitución. Un estudio con una muestra de 240 mujeres en actividad prostitucional, 115 de las cuales trabajan en la calle y 125 en espacios interiores como serían prostíbulos, obtuvo resultados que corroboran la proposición anterior. El 81% de las mujeres prostituidas en la calle y el 48% de las mujeres prostituidas en espacios interiores reconocían haber vivido experiencias violentas con algún cliente. Más específicamente, las mujeres prostituidas en la calle experimentan más situaciones de haber sido en algún momento abofeteadas, golpeadas con el puño o con patadas (54%), mientras que las mujeres prostituidas en espacios interiores reportan más intentos de violación (17%). Aunque no con la misma frecuencia, se también contemplaron también diversos tipos de violencia como: amenazas con violencia física y armas, robo, estrangulamientos, secuestros, heridas por cortes o puñaladas, forzadas a hacer sexo oral y estar retenidas contra su voluntad (Church et al., 2001).

De la misma forma, otro estudio de Farley et al. (1998) que realizó con una muestra de 475 personas en situación de prostitución, prácticamente el doble de la anterior, la mayoría de las mujeres reconocieron haber sufrido agresiones físicas (73%) y violaciones (62%). De este alto porcentaje de violaciones, el 46% reconoce haber sufrido incluso más de cinco. De igual modo, en otra investigación se obtuvieron porcentajes similares, o incluso más altos, puesto que un 90% habían sido víctimas de algún tipo de violencia por parte de los clientes. En concreto, un 60% de la muestra reportaron haber sufrido violaciones mientras trabajan en la calle (Romero et al., 2003).

En particular, una de las cosas más impactantes del estudio mencionado es el hecho de que, a pesar del alto porcentaje de casos, solo unos pocos fueron denunciados a la policía, debido a que estas mujeres creían que no serviría para nada. Algunas investigaciones señalan, además, que estas mujeres sufren represión de las autoridades como insultos, amenazas de detención o incluso agresiones físicas (Cavalcante y Ferreira, 2012). Una mujer en prostitución explica: "Los hombres piensan que solo por hacer lo que yo hago, tienen el derecho de imponerse sobre ti. Después de

todo, eres una "puta", entonces a quién le importa, ¿verdad? Estás allí para su período de placer. Incluso si no quieres hacerlo en ese momento" (Romero et al., 2003, p. 248).

Una de las mujeres en prostitución, con más de nueve años de experiencia, explicaba que era habitual la violencia cuando la mujer prostituida reclamaba el dinero tras sus "servicios", incluso algunas mujeres reportaron haber sufrido intentos de asesinato. Una mujer en el estudio explicaba uno de estos episodios: "cuando estacionamos, le pedí el dinero; me hizo creer que iba a orinar detrás del auto y [abrió el maletero] y sacó un hacha. (...) Así que lo vi e intenté correr, pero él me agarró del pelo y cuando fue a [golpearme] me escapé. Comencé a gritar y algunos chicos salieron del refugio, y él se retiró" (Romero et al., 2003, p. 249).

En uno de los estudios más conocidos de Farley et al., (2003), con una muestra de 854 personas en situación de prostitución en nueve países diferentes, el 88% relata haber sido agredidas verbalmente, 71% fueron agredidas físicamente, mientras que un 63% fueron víctimas de violación. Sumando otros resultados, el estudio concluye que los niveles de violencia física y emocional en la prostitución resulta abrumador.

De manera semejante, en un estudio de una muestra de 65 mujeres en situación de prostitución, el 61% obtuvieron heridas en la cabeza cuando trabajaban. De este porcentaje, el 98% fueron golpeadas en la cabeza con las manos o puños de los clientes, o también mediante diferentes objetos como botellas, bates, palos, martillos, pistolas, teléfonos, cinturones, rocas, tubos de acero, entre otras cosas. También, el 77% obtuvieron heridas en la cabeza al empujar su cabeza contra la pared o el suelo, contra tableros, volantes o ventanas de los coches, contra muebles, baños, otras personas, puertas, escaleras, entre otras cosas (Farley et al., 2018). Una mujer en prostitución comenta: "Si vas a ser prostituta hay tres peligros: que nos maten, nos violen o nos roben. Una vez, cuando él quería que yo hiciera de todo, yo no lo hice y él me golpeó dos veces e incluso me robó el dinero. Yo lo hago por necesidad, pero ellos quieren tener relaciones sexuales en las que la persona pega a la otra, la golpea y hace daño" (Cavalcante y Ferreira, 2012, p. 957).

Habría que decir también que otras investigaciones revelan incluso índices más altos, como que el 99% de las mujeres en prostitución han sido víctimas de algún tipo de violencia (Gibbs et al., 1999, citado Farley, 2006). En referencia al abuso sexual, el Consejo de Alternativas de Prostitución en Portland reportó que las mujeres en situación de prostitución eran violadas en un promedio de una vez por semana (Hunter, 1994, citado en Farley y Kelly, 2000). Estos porcentajes tan elevados llevan a algunos estudios a concluir que la violencia física forma parte del ejercicio de la prostitución (Farley, 2006).

La prostitución puede ser incluso letal. Como nos relata el Comité Especial de Pornografía y Prostitución en Canadá (1985), el índice de mortalidad en las mujeres en prostitución es hasta 40 veces más alta que la población general (citado en Farley, 2006). En referencia a esto último, en una investigación, hasta un 36% de los sujetos de la muestra declararon haber sido víctimas de intentos de asesinato (Cler y Christenson, 2001, citado en Farley, 2006).

Como explica otra mujer en prostitución: “Tengo tres brazos rotos, la nariz rota dos veces, [y] estoy parcialmente sorda en una oreja ... Tengo un pequeño fragmento de un hueso flotando en mi cabeza que me da migrañas. He tenido un cráneo fracturado. Mis piernas ya no valen más; me han roto los dedos de los pies. Mis pies, la parte inferior de mis pies, se han quemado; han sido azotados con una plancha caliente y una percha ... el cabello de mi coño se había quemado una vez ... tengo cicatrices. Me cortaron con un cuchillo, me golpearon con pistolas. No ha habido un lugar en mi cuerpo que no haya sido magullado de alguna manera, de alguna manera, alguna grande, otra pequeña” (Giobbe, 1992, p. 126, citado en Farley, 2003b, p. 17-18).

A parte de la violencia que pueden recibir de los clientes, según el estudio realizado por *Family Violence Prevention Funds & World Childhood Foundation* (2005), es habitual que las mujeres víctimas de trata se vean sometidas también a elevados índices de violencia por parte de sus captores, los cuales utilizan la violencia para poder controlarlas mejor. Estas mujeres reciben repetitivamente heridas por el cuerpo y la cara, rompiéndoles huesos e incluso los dientes. A su vez, no son alimentadas adecuadamente, o incluso violadas con la intención de iniciarlas en la prostitución. En el caso de quedarse embarazadas, son obligadas a tener abortos inseguros que acaban algunas veces incluso con posteriores problemas ginecológicos. Un estudio señala que algunas de las técnicas utilizadas por los proxenetas son a menudo iguales a las que utilizan los torturadores (Giobbe, 1993, citado en Farley y Kelly, 2000).

Hay que destacar, además, que la violencia sexual que padecen estas mujeres no tiene que ver solamente con agresiones sexuales que padecen, sino también por el hecho de someterse a prácticas inseguras y violentas (Lorente, s.f.). En una investigación sobre mujeres en situación de prostitución en Sudáfrica, por ejemplo, se concluyó que estas mujeres presentaban aún más riesgo de padecer violencia si tenían que insistir a los clientes en el uso de preservativos, lo cual también las ponía a un riesgo muy elevado de presentar VIH (Karim et al., 1995, citado en Farley, 2003b).

Asimismo, la violencia no es solo física o sexual, sino psicológica al mismo tiempo. Las mujeres en prostitución son consideradas objetos y sufren un trato degradante al ser llamadas “coño” o “puta sucia”, destruyendo su individualidad al ser reducida a una

vagina, ano, tetas o boca, y convirtiéndose en lo que el putero quiere que sea (Dworkin, 1997, citado en Farley, 2003a). Como explica una mujer en prostitución: “te ven como una puta, nunca como alguien que quieran conocer ... No soy nada y nadie con quien se sientan conectados. Solo soy los genitales que usan. Podrían haberse comprado una de esas muñecas infladas. No soy nada. Solo soy un pedazo de mierda ... No hay razón para conocerme” (Hoigard y Finstad, 1992, pp. 112-113, citado en Farley, 2003b, p. 20).

Por otra parte, las investigaciones enfatizan el miedo constante, la imposición, el sometimiento, la desvalorización, las humillaciones, los agravios verbales y morales que padecen las mujeres en prostitución constantemente (Cavalcante y Ferreira, 2012). Todo ello, son técnicas que se utilizan para que la mujer en prostitución deje de resistirse y cumpla con las demandas del proxeneta y el cliente. Y, de este modo, poder controlarla mejor (Farley, 2003a). También hemos de tener en cuenta el daño psicológico que infringe el hecho de que la mujer en prostitución sea obligada a hacer cosas en contra de su voluntad, puesto que ni tan solo tiene la posibilidad de escoger a sus clientes (Cavalcante y Ferreira, 2012). Siguiendo esta última idea, una mujer en prostitución contaba: “estaba trabajando en la autopista cuando se detuvo un taxi con cuatro hombres. Luego me dieron instrucciones de entrar. Traté de resistir, pero me maltrataron. Se turnaban para violarme. Decían que soy prostituta y que no puedo ser violada. Ese es mi trabajo después de todo” (Anesu et al, s.f., p. 6).

4. Impacto de la prostitución en la salud mental de las mujeres

La prostitución inflige un daño en la salud de las mujeres debido a que, en su práctica, se encuentran con altos niveles de violencia física, psicológica y sexual, y, además, por el elevado consumo de sustancias. Al mismo tiempo, hay que señalar las precarias condiciones de trabajo y de vida (Lorente, s.f.). Por ejemplo, pueden estar sometidas a grandes jornadas de explotación sexual, que pueden superar hasta las doce horas durante los siete días de la semana e incluso sin la posibilidad de acceder a los servicios sanitarios (Cwikel et al., 2004, citado en Lorente, s.f.).

Por todo lo explicado anteriormente, la mujer en prostitución ha de ser considerada víctima. Así lo explica Rechea (1998): “son víctimas del sistema, víctimas de sus proxenetas y víctimas de sus clientes. En numerosos casos han sido víctimas de abusos sexuales en la infancia” (citado en Cortes Generales, 2007). Como resultado, los profesionales señalan la existencia de graves secuelas psicológicas (Cortes generales, 2007). Específicamente hablando de la trata, las consecuencias en la salud mental de estas mujeres no resultan un efecto secundario de la trata, sino que suponen realmente el tema central (Zimmerman, 2003, citado en *Family Violence Prevention Fund & World Childhood Foundation*, 2005).

En definitiva, las múltiples experiencias de violencia que sufren las mujeres en prostitución, tanto en su infancia como en su adultez, resulta abrumadora (Farley et al., 2003). Esta combinación de maltratos causa un daño psicológico que tiene una repercusión en su salud mental de estas mujeres, y las hace vulnerables a padecer patologías relacionadas con el trauma (Farley et al., 2003; Lindeland, 2010).

4.1. Trastorno por Estrés Post Traumático (TEPT) y Trastorno por Estrés Post Traumático Complejo (TEPT-C)

Algunos estudios revelan que el conjunto de experiencias traumáticas lleva a estas mujeres a desarrollar diferentes cuadros psicopatológicos como, por ejemplo, el Trastorno por Estrés Post Traumático, o también conocido por sus siglas como TEPT (Farley et al., 2003; Farley, 2003b; Farley, et al., 1998; Lindeland, 2010; Jung, Song, Chong, Seo y Chae, 2007; Roxburgh, Degenhardt y Copeland, 2006; Chudakov, Ilan, Belmaker y Cwiken, 2002).

Diferentes estudios creen que la prevalencia de este diagnóstico se sitúa entre el 17% y el 68% (Chudakov, et al., 2002; Farley et al., 2003), mientras que otras investigaciones

obtienen resultados más elevados, llegando a cifras de hasta el 80% (Farley y Seo, 1997, citado en Farley, 2006). Además, concluye que la severidad del trastorno es equiparable al menos con los veteranos de guerra (Farley et al., 2003). Asimismo, en un estudio donde el 47% de la muestra cumplió con los criterios del TEPT, se obtuvieron resultados significativos en lo que corresponde a la duración de la sintomatología. Concretamente, observaron que los síntomas del 91% de las mujeres en prostitución con la patología, tuvieron una duración mayor de tres meses, y que el 82% presentaron los síntomas durante un año o incluso más (Roxburgh, Degenhardt y Copeland, 2006)

Por otro lado, hay investigaciones que se han interesado en los factores que se relacionan con la gravedad del TEPT en mujeres en situación de prostitución. Según un estudio, la severidad del trastorno está correlacionada positivamente con la duración de la actividad prostitucional y la edad (Jung et al., 2007). Sin embargo, otras investigaciones inciden que el factor más relevante es el número de eventos traumáticos, incluyendo el historial de abusos en la infancia (Farley et al., 2003; Farley et al., 2004). Aun la distinción, ambos factores están relacionados, puesto que, cuanto más tiempo sea la duración de la persona en situación de prostitución, más eventos traumáticos puede experimentar la víctima (Jung et al., 2007) y, además, cuantos más clientes tenga más índices de violencia se encuentra (Vanwesnbeeck, 1994, citado en Farley et al., 2003).

Otro aspecto para tener en cuenta es que las mujeres en prostitución pueden desarrollar también un Trastorno por Estrés Post Traumático Complejo (TEPT-C), también conocido como DESNOS, por sus siglas en inglés: *Disorder of Extreme Stress Not Otherwise Specified* (Klein, Shin y Lee, 2009). La investigación enfatiza que el diagnóstico se presentaba con más severidad en aquellas mujeres que, a parte de la prostitución, habían sufrido también abusos sexuales en la infancia. Asimismo, otro estudio señala que tanto el tráfico de personas y la prostitución también son experiencias traumáticas susceptibles de padecer dicho trastorno (Courtois, 2004, citado en Resick et al., 2017).

Este diagnóstico fue propuesto por primera vez por Judith Herman (2004) como un conjunto de síntomas que aparecen en personas que sufren traumas prolongados y repetitivos, como así ocurre en las mujeres en prostitución (Choi et al., 2009; Farley, 2006). Según Herman (2004), detrás de este trastorno hay “una historia de sometimiento a un control totalitario en un período de tiempo prolongado (de meses a años). (...) Los ejemplos también incluyen a aquellos sometidos a sistemas totalitarios en la vida sexual y doméstica, incluyendo supervivientes de malos tratos domésticos, abusos físicos o sexuales en la infancia, y la explotación sexual organizada” (p. 196).

Este conjunto de síntomas se agrupa en un conjunto de alteraciones como: en primer lugar, alteraciones de regulación emocional, por ejemplo, disforia persistente, impulsos suicidas o autolesiones, alternación entre una ira explosiva o inhibida, o también, entre una sexualidad compulsiva o reprimida. En segundo lugar, alteraciones de la conciencia como incapacidad de recordar los eventos traumáticos, episodios disociativos, vivenciar el trauma de nuevo a través de *flashbacks* o de la preocupación reflexiva. En tercer lugar, alteraciones del autoconcepto como sensación de indefensión, sentimientos de vergüenza o culpa, y sensaciones de ser diferentes a los demás.

Por otro lado, en cuarto lugar, también puede presentar alteraciones de relación como tendencia al aislamiento, dificultades para establecer relaciones íntimas y desconfianza persistente. En quinto lugar, alteraciones de sistemas de significado, como la pérdida de esperanza y sensación incesante de desesperación. Y, por último, alteraciones en la percepción del perpetrador (Herman, 2004). En referencia a este último punto, la víctima en prostitución puede sentir que le debe la vida al proxeneta y, a pesar de la violencia que ejerce sobre ella, se preocupa y se siente dependiente de él, pudiendo entonces desarrollar un Síndrome de Estocolmo (Graham et al., 1994, citado en Farley y Kelly, 2000). Aun así, según Farley y Kelly (2000), los síntomas más comunes de dicho trastorno que presentan mujeres en prostitución suelen ser: ansiedad, depresión, insomnio, irritabilidad, flashbacks, entumecimiento emocional e hipervigilancia. Resulta ser que, en definitiva, la experiencia de la prostitución es intrínsecamente traumatizante, ocurra en un local o en la calle (Farley, 2003b; Farley et al., 2004).

Asimismo, siguiendo con el TEPT-C, un estudio indica que hasta un 76% de las mujeres en prostitución presentan grandes dificultades para establecer relaciones íntimas, puesto en prostitución es destruída tanto la parte emocional como sexual de las mujeres. Por ejemplo, algunas investigaciones indican que las mujeres en prostitución pueden presentar dificultades en sus relaciones sexuales más íntimas (Parriot, 1994, citado en Farley, 2006; Hoigard y Finstad, 1986; Giobe, 1991, citado en Farley y Kelly, 2000). Al fin y al cabo, “el sexo se convierte en un trabajo, en lugar de un acto de amor o pasión. Es difícil ver a la pareja elegida como algo más que un putero” (Farley, 2006, p. 117).

Es importante hacer énfasis en dicho trastorno puesto que es diferente la sintomatología de un trauma prolongado y repetitivo, como se ha observado que sucede en prostitución, de un trauma a corto plazo (Choi et al., 2009; Farley 2006). Como dice Schmelzer (2018):

“con un trauma a corto plazo, el organismo se ve superado, abrumado, y la consecuencia de ello es que el sistema se supersensibiliza (...). Cuando un

trauma se repite, de manera inconsciente, aunque sabiamente, construimos más bien un sistema de defensa para no sentirnos abrumadas ni sorprendidas de nuevo. Todo ello porque al levantar defensas para soportar la reiteración de un trauma no hacemos otra cosa que preservar energía para la supervivencia. En vez de sentirnos emocionalmente inundadas - por el terror, el miedo y otros tipos de respuesta -, levantamos muros y adoptamos medidas de escape. Nos insensibilizamos, no sentimos nada, y hacemos lo que haya que hacer para mantenernos a distancia, tanto de nosotras mismas como de los demás” (p. 26-28).

4.2. Depresión y suicidio

Hay otros problemas mentales que se relacionan con los altos índices de violencia ejercida hacia las mujeres en prostitución, uno de los cuales es la depresión y el suicidio (Lindeland, 2010; Roxburgh, Degenhardt y Copeland, 2006; Kidd y Kral, 2002; Cedeño, Delgado, Morales, y Ormazá, 2017; Ceballos, Arévalo, Hernández y Suárez, 2013; González-Fortaleza, Rodríguez, Fuentes, Vega y Jiménez, 2014).

Según Lindeland (2010), se trata de un diagnóstico muy asociado al trauma, debido a que el evento traumático crea una fractura en las creencias que tiene el sujeto de sí mismo, de los demás y del mundo, que le llevan tanto a desconfiar de los demás como de él mismo. Esto lleva al sujeto a sentirse indefenso, depresivo y, hasta algunos casos, a plantearse el suicidio. Por ejemplo, en un estudio, el 46% de las mujeres en prostitución necesitaba apoyo profesional por presentar sintomatología depresiva (Cedeño et al., 2017). Por otro lado, en una investigación anterior, se lograron hasta cifras más altas, pues hasta un 93,3% de su muestra presentaba un nivel de depresión, del cual el 56,7% era moderada, el 26,7% leve y el 10% severa (Ceballos et al., 2013).

Asimismo, en otra investigación realizada a 117 mujeres en situación de prostitución se obtuvo que un 56,4% de la muestra presentaba sintomatología depresiva y, concretamente, el 23,9% presentaba un nivel de síntomas depresivos graves. Además, el estudio señala que presentar antecedentes de maltrato físico está relacionado con la sintomatología, pero que los factores asociados a la sintomatología más graves son: presentar un nivel de ingresos económico bajo, tener hijos, haber iniciado en la prostitución siendo menor de edad y el abuso de sustancias (Mercedes et al., 2010).

A su vez, en otro estudio se obtuvo que la mayoría de su muestra presentaba síntomas depresivos moderados-graves (87%), mientras que un 54% presentaban síntomas depresivos graves. En el mismo estudio, un importante número de mujeres en

prostitución reconoció haber pensado alguna ocasión el suicidio (74%) y hasta un 42%, cerca de la mitad de la muestra, reconocieron haber intentado suicidarse. Se identificó, además, que la depresión era el motivo más habitual de consulta a un profesional de la salud mental, con un porcentaje del 79% (Roxburgh, Degenhardt y Copeland, 2006).

En referencia al suicidio, en un estudio, el 76% de la muestra informó de haber tenido alguna tentativa suicida. Se trata de un porcentaje mayor que los estudios anteriores, aunque hay que recalcar que el estudio se enfocaba en jóvenes que habían vivido en la calle, de los cuales el 52% fueron víctimas de abuso físico y el 44% de abuso sexual, aspectos que pueden incidir en un mayor índice de suicidio (Kidd y Kral, 2002). En otra investigación con una muestra de 103 mujeres en prostitución, obtuvo que el 39,8% de su muestra presentaba depresión, que el 38,8% presentaba riesgo de suicidio y que el 25,2% presentaba ambos problemas (González-Fortaleza et al., 2014).

Como explica un hombre en prostitución: “Muchos de los suicidios provienen de las prostitutas baratas, porque cada vez que lo haces, te come una parte de ti. Estás sentado allí, un viejo sucio quiere que tenga relaciones sexuales con él, y no quiero hacer esto, pero necesito dinero, para esto y para eso. Algunos niños piensan que es una gran broma allá abajo. No es una gran broma, mucha gente te hace cosas realmente enfermas y desagradables. Te sientes tan violado que te devora lentamente. Soy un hombre en prostitución, un pedazo de carne” (Kidd y Kral, 2002, p. 421).

4.3. Abuso de sustancias

Respecto al abuso de sustancias, en un estudio encontraron una asociación entre dicho abuso y la prostitución, el cual puede aparecer tanto antes como después de entrar en la prostitución (Wiechelt y Shdaimah, 2011). En una muestra de 475 personas, el 52% respondió tener problemas con el alcohol y el 45% de abuso de sustancias (Farley et al., 1998). Además, se identificaron tres formas de consumo, no exclusivas entre ellas, como las siguientes: en primer lugar, la adicción las llevó a la prostitución para así obtener el dinero necesario para conseguir las sustancias adictivas. En segundo lugar, la adicción les ayudaba a lidiar con la actividad prostitucional. Y, en tercer y último lugar, la adicción les causó problemas para salir de la prostitución (Wiechelt y Shdaimah, 2011).

Siguiendo esta idea, otros estudios concluyeron que las mujeres en prostitución eran más propensas a drogarse, en comparación a las mujeres que no estaban en situación de prostitución, y que además el abuso de sustancias les ayudaba a afrontar las experiencias que se encontraban en su actividad prostitucional. Concretamente, el

abuso de sustancias les permitía aumentar los sentimientos de confianza y de control, mientras que al mismo tiempo disminuye los sentimientos de culpa y angustia durante la relación sexual. Como explican los autores: “este aspecto de su abuso de drogas parece particularmente útil para su ocupación, eliminando sus inhibiciones hacia el acto de prostitución y desensibilizándolos a su efecto traumático” (Young, Boyd y Hubbell, 2000, p. 796).

Otro estudio similar, encontraron que el 87,1% de todas las mujeres de la muestra, en los últimos 30 días, habían abusado de sustancias mientras realizaban la actividad prostitucional. Afirmaron, además, que consumir sustancias era la forma que encontraban para poder lidiar con ello (Surratt, Inciardi, Kurtz y Kiley, 2004). El 53% de la muestra de otra investigación afirmaron que esta era la razón de su consumo de sustancias, y que les facilitaba la actividad prostitucional en tanto que les permitía no tener que pensar y sentir sobre lo que hacían (Roxburgh, Degenhardt y Copeland, 2006). En estos casos, el abuso de sustancias les facilita poder realizar la prostitución (Young et al., 2000; Surratt et al., 2004; Roxburgh et al, 2006).

Al mismo tiempo, el abuso de sustancia las hace vulnerables a sufrir más agresiones sexuales (NADC, 2009; Fawole y Dagunduro, 2014, citado en Anesu, s.f.). Como explica una mujer en el estudio: “conocí al tipo en nuestra taberna local. Dijo que me quería toda la noche y comenzó a comprarme todo tipo de sustancias. Cuando fuimos a su casa y antes de hacer algo, le dije que cobraba R500 toda la noche. Él comenzó a decirme que no iba a pagar ya que me había comprado una cerveza y todo. Le dije que no es así como trabajo. Tomó un cuchillo y me dijo que me iba a matar si no le daba el dinero que había usado o si tenía sexo con él. No tenía el dinero, así que tuve que dejarlo hacer lo que quisiera. Después de todo, soy una prostituta” (Anesu, s.f., p. 7).

En otra investigación, el 44% de la muestra contaba que el abuso de sustancias les ayudaba a olvidar el dolor que suponía vivir en la calle y un 22% de la muestra cometía lo que denominaban un “lento suicidio”, es decir, cuando la persona se vuelve cada vez más adicta sin importarle su salud o incluso su vida, hasta llegar incluso a la sobredosis (Kid y Kral, 2002). Una persona de la muestra explicaba: “conozco a personas que han tenido dificultades en la calle y han tratado de suicidarse o, suicidarse y prostituirse, y consumir *crack* y beber demasiado. Eso les está matando lentamente. Y tratan de aliviar el dolor; puede no ser "oh, voy a cortarme la muñeca" como sé que algunas personas han intentado. Es como una quemadura más lenta, casi más dolorosa. Los ves consumir. Consumirse completamente todo el tiempo”. (Kid y Kral, 2002, p. 422)

Una investigación señalaba que las drogas más consumidas en prostitución son el alcohol, la heroína, la cocaína y la marihuana; y, además, la mayor parte de la muestra

reconocía consumir más de una. Otro aspecto importante del estudio es que, la mayor parte de la muestra reportó también haber sido víctima de abuso físico y sexual. (Wiechelt y Shdaimah, 2011) Todos estos resultados sugieren que “la experiencia de las mujeres con eventos vitales estresantes y problemas de abuso de sustancias sugiere una relación más compleja entre el abuso de sustancias, el trauma y la prostitución que simplemente prostituirse para drogarse” (Wiechelt y Shdaimah, 2011, p. 168). En el estudio de Kid y Kral (2002), por ejemplo, el abuso en la infancia era anterior al consumo de sustancias.

Otro estudio pone énfasis en esta cuestión, puesto que una parte importante de su muestra atribuyeron el comienzo del abuso de sustancias como una forma de escapar de las situaciones violentas que sufrían en sus hogares y, además, concluye que las mujeres recurren a las drogas como una forma de lidiar con las diferentes experiencias traumáticas ante la ausencia de servicios de apoyo adecuados (Romero, Wicks y Singer, 2003). Una mujer en el estudio explica esto mismo: "Empecé a usar drogas porque estaba nerviosa, no podía comer, no podía dormir y cuando tomaba las drogas podía comer, a veces podía dormir. Así que pensé, oye, cuantas más drogas tome, más calmado estaré ... [Al principio] Solía hacer una bolsa al día, y luego comencé a tomar cinco, seis. Cuando estaba usando y bebiendo, es como si la violencia desapareciera por un tiempo, todavía estaba allí, pero parecía haber desaparecido" (Romero, Wicks y Singer, 2003, p. 245).

4.4. Disociación

Según las investigaciones, es frecuente que las personas que pasan por experiencias traumáticas presenten síntomas disociativos (Van der Hart, Nijenhuis y Steele, 2005, citado en Lindeland, 2010). Los profesionales definen la disociación como un mecanismo de defensa que ayuda a la persona que experiencia eventos traumáticos seguir viviendo, expulsando la parte más dolorosa del trauma (Kolb, 1987; Van der Kolk, 1994, citado en Rodríguez, Fernández y Bayón, 2005). Otros profesionales como Ross, Farley y Schwartz (2003), también definen la disociación como una estrategia evasiva ante una experiencia que es demasiado abrumadora para asumirla y que resulta en una desconexión y fragmentación de la mente, permitiendo la supervivencia psicológica ante los traumas repetitivos.

Como explica Herman (2004):

Cuando una persona está indefensa y resulta inútil cualquier forma de resistencia puede entrar en un estado de abandono. El sistema de defensa se

bloquea totalmente. La persona indefensa escapa de su situación no por una acción en el mundo real, sino alterando su consciencia. (...) Puede que el sentido del tiempo quede alterado; a menudo da la sensación de que las cosas se mueven a cámara lenta, y la experiencia puede perder su calidad de realidad normal. La persona puede sentir que el acontecimiento no le está pasando a ella, como si lo estuviera observando desde fuera de su cuerpo o como si toda la experiencia fuera un mal sueño del que se despertará poco después. Estos cambios en la percepción se combinan con una sensación de indiferencia, de extrañamiento emocional y con una profunda pasividad que hacen que la persona renuncie a toda iniciativa o resistencia. Este estado alterado de la consciencia puede considerarse como uno de los pequeños regalos de la naturaleza, una protección contra un dolor insoportable. (p. 77-78)

En la prostitución, la disociación en estas mujeres puede ser consecuencia de tanto la violencia sufrida en la infancia como después en prostitución. Las mujeres en prostitución que han vivido ambos tipos de violencia aprenden primero a disociarse en la infancia para sobrevivir al abuso sexual sufrido y, después, en prostitución es requerido de nuevo su uso por el mismo motivo (Vanwesenbeeck, 1994, citado en Farley y Kelly, 2000). Esto es debido a que es necesario disociarse para poder controlar el miedo aterrador, el dolor y poder manejar la crueldad sistemática que se experimenta, separando la experiencia del resto del yo (Ross et al., 2003).

Asimismo, se trata de una negación extrema de lo que ocurre diariamente. Como explica una mujer en prostitución: "la prostitución es como la violación. Es como cuando tenía 15 años y fui violada. Solía experimentar dejar mi cuerpo. Quiero decir, eso fue lo que hice cuando ese hombre me violó. (...) No quería sentir lo que estaba sintiendo. Estaba muy asustada y mientras era prostituta solía hacerlo todo el tiempo. Adormecía mis sentimientos. Ni siquiera me sentía en mi cuerpo. Era como dejar mi cuerpo e irme a otro lado con mis pensamientos y mis sentimientos hasta que él me abandonara y todo terminara" (Giobbe, 1991, p. 144, citado en Ross et al., 2003, p. 206). Por otro lado, en prostitución la mujer es despersonalizada en tanto que su nombre e identidad no importan, desaparecen. Al mismo tiempo, acalla sus sentimientos para protegerse y deviene, en consecuencia, en un objeto para que el otro pueda vaciarse, como un "baño humano" (Hoigard y Finstad, 1986, citado en Farley, 2003a).

El trauma también tiene una repercusión en la memoria de estas mujeres respecto al evento traumático. Es decir, la experiencia traumática queda fragmentada en la memoria del sujeto al no poder ser integrada en un único estado mental y, en consecuencia, el recuerdo traumático queda alterado. Se trata de un mecanismo que

defiende al sujeto para que no se sienta desbordado y pueda entonces seguir viviendo con sus esquemas anteriores al trauma, expulsando de su consciencia la experiencia dolorosa (Rodríguez et al., 2005).

Por otra parte, los altos niveles de depresión que presentan estas mujeres evidencian que dicha estrategia no las hace inmune a sufrir desesperación, desmoralización y desesperanza (Ross et al., 2003). “Te sientes como un trozo de carne de hamburguesa, todo picado y apenas sosteniéndose junto”, explica una mujer en prostitución (Weisberg, 1985, p. 112, citado en Farley y Kelly, 2000, p. 17). Pues, como explica Rodríguez et al. (2005): “estar fuera de la conciencia del sujeto no implica no tener influencia en su vida psíquica (...). La experiencia traumática tiene una importante repercusión” (p. 31).

A su vez, se observa que los comportamientos adictivos que muestran las mujeres en prostitución potencian dicha disociación. Esto es debido a que estas mujeres consumen sustancias con el objetivo de desensibilizar el efecto traumático de las experiencias vividas en la prostitución (Young et al., 2000). “Te conviertes en esta cáscara vacía. En realidad, no te están mirando. No eres tú, ni siquiera estás ahí” (Farley, 1998, citado en Ross et al., 2003, p. 207), explica una mujer en prostitución. Otra mujer sigue explicando lo siguiente: “cuando tocan mis senos, me digo a mí misma que realmente no me tocan ... y a veces me pregunto cómo puedo dejar que los hombres hagan eso. Me pregunto qué me queda. me pregunto dónde estoy” (Edelstein, 1986, p. 63, citado en Ross et al., 2003, p. 207).

5. La necesidad de asistencia sanitaria en víctimas del sistema prostitucional

Como explican las Cortes Generales (2007), en “la atención a las víctimas de la explotación sexual debe contemplar la recuperación psicológica y emocional de las víctimas” (p. 22). Esto es debido a que, cuando una mujer pasa por la prostitución necesita de una recuperación tanto física como mental, dado el impacto profundo que tiene dicha práctica en la salud de las mujeres, como hemos podido ver en los apartados anteriores (Lorente, s.f.).

Las mujeres que han pasado por el sistema prostitucional levantan muros externos e internos que les impiden reintegrarse en la sociedad. Es importante, entonces, tratar estos problemas de salud, para que las mujeres que han pasado por dichas circunstancias traumáticas puedan destruir los muros que han levantado y poder vivir en libertad. No dar prioridad en este aspecto resultaría en un fracaso total de la integración, como dice el autor: “la atención a las víctimas de trata y prostitución debe ser multidisciplinar y proactiva, de lo contrario los resultados serán muy pobres e insuficientes ante la gravedad del problema de salud que padecen y su dimensión” (Lorente, s.f., p. 86).

Hay que tener en cuenta la dificultad añadida en los casos de prostitución y trata, puesto que las mujeres en prostitución no acuden a los centros de salud “debido a las condiciones de vida impuesta” (Lorente, s.f., p. 86). Además, tienen “grandes dificultades para acceder al sistema público de salud durante los primeros años de estancia en nuestro país, ya que en numerosas ocasiones les resulta imposible cumplir con los requisitos establecidos para acceder a la cobertura sanitaria como personas sin recursos económicos suficientes” (Cortes Generales, 2007, p. 27).

En referencia a esto último explicado, en una investigación de mujeres afroamericanas en prostitución, se identificaron diversas barreras que impidieron la recuperación de estas mujeres tales como: la falta de recursos, la presencia de adicciones, la intimidación y violencia ejercida por sus parejas o proxenetas, y la alienación de la comunidad. Como explicaba una mujer en el estudio como la falta de recursos y de apoyo por parte de la comunidad le impedían reintegrarse en la sociedad: “no tenía otra forma de ganar dinero. No tenía vivienda y sentí que no me aceptaban la comunidad o personas fuera de mi comunidad. Intentando conseguir un trabajo y tener que dejarlo estando en el sistema de justicia penal y los detalles de los cargos hace que sea más difícil conseguir un trabajo” (Valandra, 2007. p. 201).

Siguiendo con esta idea, en otro estudio, con una muestra de 71 mujeres en prostitución callejera, encontraron que la mayor parte de la muestra había tenido

problemas para acceder a los servicios asistenciales. Las dificultades se centraban sobre todo en el hecho de sentirse juzgadas por las personas que las atendieran o por otros pacientes. A su vez, este estudio recalca que además de la escasa asistencia sanitaria de las mujeres en prostitución, hay una importante falta de divulgación por parte del personal médico en referencia a los problemas en la salud que puede ocasionar la práctica de la prostitución que también dificulta la atención adecuada a dichas mujeres y que, en consecuencia, agrava sus problemas de salud (Jeal y Salisbury, 2004).

Asimismo, otro estudio realizado por la organización *Family Violence Prevention Fund & World Childhood Foundation* (2005), centrado más bien en víctimas de trata, señalan las grandes dificultades que tienen las víctimas para acceder a los centros sanitarios. Esto es debido a que no se les permitía salir de su lugar de trabajo a no ser que fueran acompañados y, solamente, si tenían la intención de comprar ropa o maquillaje que fuera ser utilizada en la práctica prostitucional. Ninguna de las personas de la muestra fue atendida en algún momento por profesionales de la salud, ni tampoco había la intención a pesar de restringirles el uso de condones y padecer enfermedades de transmisión sexual. Por otra parte, en el estudio también enfatizan la falta de confianza en los profesionales de la salud, ante algunas experiencias relacionadas con sus países de origen. A su vez, recalcan como un problema para su recuperación la falta de confianza hacia al resto de personas, acompañado al mismo tiempo por sentimientos de vergüenza, el temor a que sigan ejerciendo su poder aún la distancia y la desesperación por ser incapaces de ayudarse a sí mismos.

6. La otra cara de la verdad: la demanda masculina

La hiperrepresentación de las mujeres en prostitución es uno de los motivos que ha llevado a la legitimación social de dicha práctica. Esto es debido a que, en la medida que el debate solo se centra en la libertad sexual de las mujeres, se invisibiliza al mismo tiempo la figura del putero “como si fuese un elemento secundario de esta realidad social” (Cobo, 2017, p. 193). Sin embargo, es uno de los agentes principales, la demanda, y es que “sin demanda no hay oferta, es decir, sin prostituidores no hay mujeres prostituidas” (Cobo, 2017, p. 187).

En realidad, poco se ha investigado y teorizado sobre las razones que empujan a los hombres a acceder al cuerpo de las mujeres (Cobo, 2017). Según un estudio, solo el 1% de las investigaciones realizadas sobre prostitución se han centrado en la figura del puteros (Meneses, 2011, citado en Ranea, 2017). Por todo ello, “es necesario reconstruir equilibradamente el imaginario de la prostitución y poner a los demandantes en el lugar que les corresponde como corresponsables tanto de la violencia que produce la prostitución como de la existencia de una industria que cosifica, explota y mercantiliza a millones de mujeres en todo el mundo” (Cobo, 2017, p. 193).

Otro motivo de la permisividad de la actividad prostitucional es la comprensión de la sexualidad masculina como una fuerza irrefrenable y necesitada, por tanto, de la prostitución (Cobo, 2017). Como dice Gimeno (2012): “ellos son los que tienen ganas y ellas son los objetos que están ahí para que ellos sacien esas ganas” (p. 74). En la prostitución, los hombres encuentran la posibilidad de satisfacer de forma inmediata esta necesidad, sin importar el compromiso y la reciprocidad de la otra persona, puesto que la existencia de la otra persona se ha reducido a cuerpo (Cobo, 2017). Esta autora define la prostitución como un sexo líquido, en el que los vínculos son “fugaces, débiles y superficiales” (Cobo, 2017, p. 196) y donde los hombres pueden centrarse en sus deseos mientras que las mujeres silencian los suyos propios.

Según Díez (2009), los hombres: “acuden a la prostitución como un ejercicio de poder y sumisión sobre otra persona con la que no deben tener ninguna consideración porque la pagan y debe estar a su servicio, convirtiéndola en un objeto de su consumo” (p. 2.). A su vez, cuando la prostitución se entiende como un acto de consumo, “evita a los consumidores las disonancias cognitivas que les produciría conocer las biografías de las mujeres a las que pagan por tener sexo. En efecto, los puteros necesitan discursos que silencien la explotación sexual y económica de las mujeres prostituidas” (Cobo, 2017, p. 196).

Por todo ello, en este apartado se profundizará sobre el impacto que tiene la pornografía en la construcción de la sexualidad masculina y el perfil psicológico que

pueden presentar el putero, para así comprender las razones que llevan a los hombres a consumir prostitución.

6.1. La construcción de la sexualidad masculina a través de la pornografía

De igual modo que la prostitución, la pornografía es un fenómeno social creciente (Cobo, 2017). Hace una década, internet se componía de un total de 26 millones de páginas pornográficas, mientras que hoy en día hay más de un billón de ellas (Cobo, 2019a). La influencia que produce en nuestra sociedad es tal que “podría hablarse hasta de una ‘pornificación’ de la cultura” (Cobo, 2017, p.4). La pornografía se ha convertido, en consecuencia, en el modelo normativo de la sexualidad ante la ausencia de otros modelos educativos (Alario, 2017).

Asimismo, es preciso señalar que un aspecto central de la pornografía es “la sobrecarga de sexualidad y la conversión de las mujeres en objetos” (Cobo, 2017, p. 66) y, por otro lado, “la asignación de prácticas sexuales violentas a los varones y la atribución del papel de receptoras complacientes de esa violencia masculina a las mujeres” (Cobo, 2017, p. 66). Ante un fenómeno en expansión, la designación de estos roles produce, en consecuencia, importantes influencias en imaginario colectivo sobre la forma de entender las relaciones sexuales (Cobo, 2017). Según Farley et al. (2011), el uso reiterado de la pornografía puede volver a los hombres agresivos sexualmente e inclinarse por prácticas sadomasoquistas, donde disfrutan el poder infligir dolor y humillar a las mujeres. En consecuencia, las crecientes imágenes violentas disponibles tienen un efecto normalizador, que agrava la situación de las mujeres más vulnerables (Beckham y Prohaska, 2012).

Según Farley (2006), los hombres aprenden a usar a las mujeres a través de la pornografía. Describe, además, la pornografía como un “documento de humillación”, pues en ella se ilustran explícitamente abusos sexuales a mujeres. Por ejemplo, en un video pornográfico “el artista masculino penetra analmente a una mujer y luego mete su pene en su boca, a menudo bromeando sobre que tiene que comer mierda. (...) No hay un aumento aparente en el placer sexual masculino al pasar directamente del ano a la boca fuera de la humillación que las mujeres deben soportar” (Dines, 2006, p. 286, citado en Farley, 2006, p. 123).

En consecuencia, como explica Rich (1980), “el mensaje pernicioso comunicado por la pornografía es que las mujeres son objetos del apetito sexual del hombre y que les encanta; que la sexualidad y la violencia son congruentes y que para las mujeres el sexo es esencialmente masoquista; la humillación placentera, y el abuso físico, erótico” (p. 16, citado en Cobo, 2017, p. 72).

Resulta preocupante la falta de una postura crítica ante la normalización de un fenómeno que, en realidad, forma parte una industria que se beneficia de la mercantilización y la exhibición de la violencia hacia las mujeres (Cobo, 2017). Esta postura acrítica se debe, en parte, a la falta de implicación moral del espectador al no participar directamente en la violencia que se exhibe, aspecto que tranquiliza su consciencia (Cobo, 2019b).

Por otro lado, “la pornografía debe ser entendida como un laboratorio de prostitución” (Cobo, 2017, p. 67), en la medida que parte de los hombres que se excitan observando estas prácticas las quieren llevar a cabo más adelante ante una mujer en prostitución. A su vez, los puteros suelen mostrar videos pornográficos a las mujeres en prostitución para enseñarles lo que quieren que hagan. Por ello, es muy común también que las mujeres en prostitución estudien como ejercer la prostitución mirando pornografía. La pornografía es, en definitiva, lo mismo que la prostitución, pero con una cámara (Farley y Kelly, 2000; Farley, 2006).

6.2. Profundización sobre el perfil psicológico del cliente

Las investigaciones señalan que los puteros no son un grupo homogéneo, puesto que no comparten las mismas características sociodemográficas, como sería la edad, nacionalidad, estado civil, educación o nivel socioeconómico, y que lo único que comparten en común es el hecho de ser hombres (Ranea, 2017). Por otro lado, según las Cortes Generales (2007), las causas que llevan a los puteros a acceder a los servicios sexuales son: “la curiosidad, la variación sexual y la comodidad; la soledad y el problema de establecer contacto, así como los problemas en las relaciones con su pareja estable” (p. 29). En cambio, en otro estudio se obtuvo que las razones más habituales eran: “elegir distintas personas (56,5%), genera menos problemas (46,6%), y tener sexo rápido e impersonal (41,3%)” (Meneses, 2010, p. 402).

Asimismo, en el estudio de Meneses (2010), se realizó un análisis factorial a partir de las diferentes motivaciones que tenían los hombres para pagar por sexo y se obtuvieron finalmente seis factores explicativos. El primer factor, *Compañía*, incluye la motivación para encontrar compañía con experiencia y que sientan atracción hacia lo prohibido. El segundo factor, *Necesidad*, contempla variables como el no tener otra posibilidad y sentirse más hombres al tener la relación sexual. El tercer factor, *Distracción*, se relaciona con personas que buscan entretenerse, escoger a diferentes personas y tener menos problemas. El cuarto factor, *Riesgo*, está relacionado con la búsqueda del riesgo, el abuso de sustancias y la curiosidad. El quinto factor, *Dominar*, como el nombre indica, son personas que quieren encontrar el dominio en la relación sexual

pagada. Y, por último, el sexto factor, *Rapidez*, son personas que buscan satisfacer su deseo sexual rápidamente y de forma impersonal.

Otras investigaciones apuntan, además, que los puteros comparten características con los agresores sexuales (Farley et al., 2011). Siguiendo esta idea, en otra investigación, con una muestra de más de diez mil hombres, se concluyó que los hombres que habían comprado sexo alguna vez en su vida tenían más probabilidades de cometer violaciones que los hombres que no han comprado sexo (Heilman, Herbert y Paul-Gera, 2014, citado en Farley et al., 2011). Por ejemplo, en un estudio con una muestra 700 puteros, un hombre declaraba: "la prostitución es un último recurso para satisfacer los deseos sexuales incumplidos. La violación sería menos segura, o si eres forzado a hacer daño a alguien o si estás tan frustrado que te desconectas de todo" (Cox, 2010, p. 1-2, citado en Beckham y Prohaska, 2012, p. 636-637).

Los factores clave que predicen la agresión sexual son: promiscuidad, sexo impersonal, masculinidad hostil, narcisismo, antecedentes de violencia familiar, delincuencia en la adolescencia, uso frecuente de pornografía y actitudes de apoyo a la agresión; y se destacan otros como: mayor hostilidad hacia las mujeres, una mayor inclinación hacia el dominio en las relaciones y una mayor aceptación de los mitos sobre la violación (Abbey, JacquesTiura y LeBreton, 2011; DeGue y DiLillo, 2005; Koss y Dinero, 1988; Wheeler, George y Dahl, 2002, citado en Farley et al., 2011). A su vez, de todos los factores nombrados anteriormente, se observa que los predictores más fuertes de la agresión sexual son la masculinidad hostil y el sexo impersonal (Malamuth, Hald y Koss, 2012; Malamuth et al., 1995, citado en Farley et al., 2011).

Estos factores fueron estudiados en una investigación de Farley et al. (2011), en la que compararon una muestra de 101 hombres que habían comprado por sexo alguna vez con 101 hombres que nunca lo habían hecho. En dicha investigación se obtuvieron los siguientes resultados: los puteros eran más promiscuos; tenían una mayor preferencia por el sexo impersonal; presentaban una mayor masculinidad hostil; eran más sensibles al rechazo por parte de las mujeres, "es un servicio al que puede acudir por favores sexuales si es demasiado tímido para buscar mujeres, si es inseguro" (p.34), decía un hombre en el estudio; presentaban una mayor probabilidad de cometer violaciones, por ejemplo, hasta un 15% dice que violaría a una mujer si pudieran escaparse, mientras que un 37% refieren que una vez han pagado la mujer está obligada a hacer lo que ellos quieran; acuden a la prostitución para tener prácticas sexuales que no podría tener si no fuera pagando, "si mi prometida no me da anal, conozco a alguien que lo hará" (p.3), explica otro hombre en la investigación; presentaban un historial de comportamientos sexuales agresivos; y, por último, eran menos empáticos con las mujeres en prostitución. Esto último, se evidenciaba ante datos como: el 41% de la

muestra, aún saber que la mujer estaba siendo controladas por un proxeneta, seguían acudiendo ante estas mujeres y, por otro lado, una gran mayoría (91%) creía que la prostitución disminuiría sobre todo si los hombres tuvieran más repercusiones legales. Resultados que coincidían, por tanto, con los factores que se relacionan con los agresores sexuales, como se comentaba anteriormente (Farley et al., 2011).

Otro estudio realizado por Macleod, Farley, Anderson y Golding (2008), con una muestra de 110 puteros, se obtuvieron datos parecidos como los siguientes: los hombres que acuden a la prostitución son promiscuos; tienen índices más elevados de violencia y son más hostiles hacia las mujeres, pues el 54% ha cometido alguna agresión sexual y el 10% afirma que violaría a una mujer si tuvieran asegurado que no serían detenidos; han consumido también pornografía; carecen de conexión emocional y de empatía hacia las mujeres en prostitución, por ejemplo, el 39% reconocía la prostitución como explotación sexual y un 85% reconocía que las mujeres no disfrutaban de las relaciones sexuales, pero ello no les impidió a acudir igualmente; buscan una relación sin obligaciones ni compromisos, "el pago de dinero por sexo les daba derecho a la libertad de los requisitos normalmente asociados con las relaciones" (Plumridge et al, 1997b, citado en Macleod et al., 2008, p. 16), explicaba un hombre de la muestra; consideran que ante el impulso sexual del hombre era inevitable por lo que la prostitución también lo era; recurren a la prostitución para poder tener prácticas sexuales que saben que con su pareja habitual no podrían tener (79%); tienen la creencia de que la prostitución reduce el riesgo de violación hacia otras mujeres, "las personas que podrían verse tentadas a cometer un delito sexual podrían deshacerse de su frustración si pueden ir con una prostituta" (Macleod et al., 2008, p. 23) contaba un hombre del estudio; y, también, creen que lo que disuadirá a los hombres de acceder a la prostitución es que hubieran mayores medidas legales que los sancionaran (Macleod et al., 2008). Aspectos que coinciden también con los factores clave que se relacionan con la agresión sexual que se estudian en la investigación de Farley et al. (2011).

En definitiva, los hombres que compran por sexo tienden a deshumanizar a las mujeres y presentan una falta de empatía hacia su sufrimiento, al separar el sexo de sus emociones (Farley et al., 2011). Asimismo, también hay hombres que disfrutan infligir y humillar a las mujeres, buscando en la prostitución la sumisión de la mujer a la que paga (Bennetts, 2011, citado en Beckham y Prohaska, 2012).

7. Testimonios de mujeres en situación de prostitución

En el siguiente apartado, se profundizará sobre el testimonio de dos mujeres que han pasado por la prostitución. La muestra es pequeña debido a la dificultad que supuso poder encontrar a mujeres que estuviera dispuestas a hablar de ello. Se intentó contactar con asociaciones o centros médicos, pero no hubo respuesta más allá de los dos testimonios presentes. En dichas entrevistas, las cuales se pasó un consentimiento informado antes de realizarlas, se intentó profundizar no solo sobre la experiencia de la prostitución en sí misma, sino los aspectos que la precedieron, con el objetivo de tener una visión más global del fenómeno. Asimismo, es importante recalcar que se ha distorsionado la información personal de las entrevistadas para salvaguardar su identidad, cambiando aspectos como nombres y lugares frecuentados.

7.1. Caso 1: Sandra

La primera persona entrevistada, es una mujer trans de origen venezolano de 51 años. Esta mujer refiere haber tenido una infancia de abusos, tanto emocionales y físicos, perpetrados en el núcleo familiar. Su padre abandona su familia el mismo día que nace y expresa: "siempre me sentí desde que nací rechazada". A partir de ello, sufre maltrato emocional y físico por parte de la madre. En referente al emocional, explica: "yo me acuerdo de que tenía como dos años y mi mamá se iba (...) a buscar trabajo y me dejaba solo en esa casa oscura (...) no me dejaba comida. (...) A mi mamá se le veía el resentimiento que tenía porque ella me veía como el motivo de la soledad, del abandono de mi papá, de la destrucción de su matrimonio".

En referente al maltrato físico, el cual era común, relata: "yo tenía mucha hambre, entonces esa leche hirvió y yo la apagué, pero yo cuando veía la espuma metía el dedo y cuando me la iba a comer, mi mamá entró. Entonces (...) ella cogió un cuchillo y lo calentó en la parrilla, me agarró del pelo y me lo quiso poner en la boca (...). Yo le voté el cuchillo y como no pudo quemarme bien, me cogió así (hace el gesto con la mano, representando que la madre le puso las manos en la parrilla quemándole las manos)".

A su vez, refiere repetidos abusos sexuales perpetrados por varones de diferentes edades a lo largo de su infancia. El primero de los cuales tuvo lugar a una edad muy temprana. Explica: "yo vi un hombre parado allí, en la esquina (...), se le marcaba una cosa aquí (señala el bolsillo), y le dije que había robado y se lo había metido por el pantalón. El tipo me dijo que no le contara nada, y me dijo que fuéramos por allí y que me lo regalaba, sacó una bolsa de chupetas. Entonces yo fui debajo de una quebrada. El hombre me bajó el pantalón y me violó. Yo empecé a gritar y a llorar. Tenía como cinco años y medio".

Posteriormente a dicho suceso, refiere continuas agresiones sexuales en un reformatorio y, después, en un internado. Referente a estos sucesos, cuenta: “llegaba la noche y empezaron a violarme y hacerme de todo, todos los días. Yo era el más pequeño de todos, y ellos eran grandes, ellos tenían 10, 12, 13 y 14” y, también, “siempre me violaron, me violaba el profesor de taller madera, el de gimnasio, el de recreación... (...). Fue una experiencia horrible (...). Yo ya quería morir, (y se decía) ‘no tengo a nadie, nadie me quiere, yo estoy cansado que me violen’”. Al no poder soportar más esa situación, se escapó y vivió en la calle durante aproximadamente un año, donde también sufrió agresiones sexuales y físicas. “Me pegaron tremenda puñalada cuando no había ni cumplido los 8 años y se me fueron tres dedos”, cuenta.

Su entrada a la prostitución tiene lugar antes de alcanzar la edad adulta y explica: “me llegué a acostar con hombres, pero yo sentía que no era mi voluntad. Yo lo hacía y me decía que ya no tenía nada que perder, que me importa que me vayan a pagar, pues lo hago. Me iban a pagar y, fuera de eso, yo les robaba”.

Asimismo, cuenta con claridad que, si hubiera tenido desde su infancia una vida diferente, no hubiera decidido seguramente este camino: “Tal vez si hubiera tenido otras circunstancias seguramente no (lo hubiera decidido). Si hubiera tenido otras capacidades tal vez no. Si yo hubiera tenido una vida educativa, afectiva, tal vez no, seguramente no. Pero yo no tenía a nadie quien me quisiera, la única que me quería era mi mamá y se suicidó, entonces no me quería tanto porque como me deja solo”.

Durante su vida en prostitución, la cual la ejerce mayormente en la calle y durante casi 41 años, persiste el continuo historial de abusos. El nivel de violencia encontrada en prostitución es muy elevado, pues refiere puñaladas, disparos, golpes en la cabeza, una de ella con una piedra, secuestros, intentos de asesinato y ser arrojada por un acantilado. En referente a este último, cuenta como en una de las noches sube al coche de un cliente para ir a un motel a las afueras de la ciudad y, entonces, sucede lo siguiente: “estamos fuera de la ciudad, pero yo veo que va por el borde de la montaña y paró al borde precipicio y se bajó. Yo pienso que va a orinar. El tipo no decía nada. Entonces sacó una pistola y me sacó por la puerta y me llevó como un trapo viejo. Y el tipo me tiró por el precipicio. Y yo oí los tiros y yo dije ya me he muerto”.

También explica que había hombres que tenían parafilias como la siguiente: “Una vez con 14 años un hombre me dijo que me daba 200 mil, que eso era mucha plata en esos años. ‘Y tú te vistes de novia y te tienes que poner en el ataúd’ (le dijo el hombre). El hombre tenía en su casa una sala de velación y un armario con vestidos de novias (...), me dijo que solo me lo ponga me pusiera en el ataúd y el hombre se masturbaba. El hombre decía que ‘antes de que yo eyacule tú tienes que salir corriendo porque no te quiero hacer daño’. El tipo cogió un cuchillo y cuando estaba en su orgasmo perseguía

a la persona con el cuchillo y cuando uno pasaba la puerta se llevaba el vestido y ya. Yo corrí con el vestido y salí por la puerta, me persiguió por la casa con un cuchillo desnudo, pero yo fui más rápido que él”.

Relata además que, una vez que la secuestró un cliente, se enamoró de él. En referente a este suceso explica: “cuando el hombre me dijo 'váyase', yo sentí algo, como que otra persona me estaba abandonando, como que otra persona me había utilizado y ya no servía para nada”. Aunque más adelante señala: “Yo me enamoré de ese delincuente que me secuestró, pero eso no era amor sino falta de afecto que una persona reclama. De esto no es consciente nadie. Pensamos que es un recurso, pero es mentira. Los hombres nos van a decir que lindas somos, que nos quieren mucho, que nos invitaran, y uno empieza sentirse como que importante, como ese afecto que nunca nadie te había dado. Y empiezas a recibir lo que nunca habías recibido. Eso te conlleva a querer ser mejor. Esto te conlleva a no solo a prostituirte acá, sino también ir a otras partes. Porque seguramente en esas partes voy encontrando más dinero, mejores hombres. Uno se va planteando entonces un camino sin meta, porque uno nunca tiene la meta de que va a prostituirse. Porque prostituirse no es solo ir a uno y entregarse, hoy por hoy eso tiene de todo, eso tiene droga, robo, violencia”.

También explica que: “tanto dinero que yo me robaba y tanto que me dieron, los hombres me dieron muchas cosas, pero eso nunca llenó todo ese vacío que deja la falta de afecto del amor de familia, esto es lo importante de esto (...). Todo esto lo que le conlleva es la falta de una buena educación familiar, la falta del amor, la falta del hogar, la separación de los padres, todo esto la consecuencia es esto, esto se le llama prostitución”.

Respecto a problemas de salud, nos relata que nunca tuvo ninguna Enfermedad de Transmisión Sexual (ETS), pero que tuvo mucho miedo de padecerla a raíz de que una amiga suya se muriera de SIDA, y teniendo en cuenta, además, que los puteros generalmente no querían ponerse el preservativo. En referencia a otros problemas físicos, actualmente, presenta artrosis, tendinitis y osteoporosis, aunque refiere que dichos problemas, más que tener relación con la prostitución, son consecuencia de aplicarse una gran cantidad de hormonas a una temprana edad. También cuenta que, debido a la gran cantidad de violencia que ha vivido, ha tenido los ojos y la cara hinchada, la boca reventada, la nariz rota, entre otras lesiones físicas de tal cantidad que explica incluso dejó de ser sensible al dolor. En respecto a su salud psicológica, cuenta haber tenido problemas con su estado de ánimo, según refiere, deprimido, y que ha tenido intentos de suicidio, aunque no actualmente. También, refiere haberse disociado, en algún momento de la entrevista relata: “ese hombre no me interesa. Era como algo venga amor dale, hazlo y ya. Ya no tenía como nada”.

Explica, también, haber bebido grandes cantidades de alcohol: “bebía *whisky*, todos los días me tomaba un litro de *whisky* (...). Para que me quitara los nervios y el frío, los nervios a robar, a que si me sacan un cuchillo o me encuentre en una situación fuerte no me dé miedo”. Además, fue consumidora de otras sustancias como cannabis y cocaína. En la actualidad, no presenta dichos problemas, aunque dice tener miedo a la soledad, desconfiar de las personas y no gustarle la oscuridad. Cuenta como tuvo necesidad de asistencia sanitaria, sobre todo, psicológica, la cual no tuvo ningún apoyo profesional del estilo. En referente a esto, explica: “Si yo hubiera tenido ayuda psicológica, qué persona hubiera sido yo, hasta dónde hubiera llegado yo con tanto dinero que conseguí, porque fui joven, tuve mi apariencia, mi capacidad, si hubiera tenido asistencia psicológica alguien me hubiera dicho que ‘si tú quieres puedes invertir ese dinero’, a mí siempre me hubiera gustado una persona que me hubiera aconsejado, yo hoy por hoy hago lo que nadie hice por mí”. A pesar de todo lo contado antes, actualmente la mujer se encuentra adaptada al ambiente y explica su conversión a la fe como un factor protector importante en su vida.

7.2. Caso 2: Natalia

La segunda persona entrevistada es una mujer de origen húngaro de 37 años. Esta mujer refiere haber sufrido abusos físicos y emocionales de su figura paterna, por el cual también sufría discriminación por ser mujer. Es así como relata: “mi padre, era mi percepción, tenía hijos para tener mano de obra, para trabajar en el campo (...). Siempre era como ‘si vas a acabar casada con hijo o trabajando en el campo’, o por cualquier minucia tu ya está ‘eres una puta’ y bueno, la mano larga siempre. (...) Lo de estudiar para mujeres no era importante, su pensamiento era este, en el campo e hijos y ya está. Mi padre siempre decía ‘te voy a matar, te voy a prender fuego, te voy a cortar la cabeza’ y amenazas de estas cuando se enfadaba”.

Explica su entrada a la prostitución a través de una red de trata: “Cuando a mí me paso eso (se refiere a la prostitución), no fue consentido, me engañaron. Yo fui con una amiga a la ciudad, yo chica de pueblo, me engañaron, ni me di cuenta de cómo acabé que yo ya no me podía echar para atrás. Y ni te das cuenta de que de repente ya te han amenazado, ya te han hecho cosas y te has quedado sin tu documentación, no te das ni cuenta como pasa realmente. Pasa muy sutil, muy rápido”, Y sigue explicando el suceso: “Yo estaba con una amiga, nos encontramos con unos chicos en la ciudad, que si mañana nos tomamos algo, que si ahora te voy a presentar a unas personas, un viaje a Bulgaria y ya está, ya estás dentro. No hay más, muchas veces es así de sencillo”. Señala también la falta de información y conocimientos en su país de origen en lo que

respecta a la trata, y también enfatiza que: “allí muchas veces no se cuenta porque la mujer todavía no tiene todos los derechos que tienen las mujeres aquí”. Según ella hay posibilidades de escapar, pero: “no lo haces por miedo, yo he visto como han pegado a las chicas”.

Explica que no cuando entras en la trata no sabes que vas a acabar en prostitución hasta que estás: “sin papeles, amenazada, asustada, con miedo en el cuerpo, es cuando te lo dicen, te lo intuyes”. Cuenta como es vendida en múltiples ocasiones: “cuando tu entras allí te transformas en un trozo de carne, eres un trozo de carne que van a exhibir a mucha gente, es como si fuera un *casting*. Y vienen unos y ponen así en filas a las chicas. (...) Te transformas en un trozo de carne (...). Allí es cuando te dicen ‘estos te van a coger y vas a ir a Noruega y allí vas a ejercer la prostitución, pero bueno, tú vas a cobrar también y cuando devuelvas tu deuda...’, es allí cuando te enteras de que tienes una deuda, que debes dinero a gente peligrosa, es así”. Durante ese tiempo, sufre diferentes abusos físicos, emocionales y sexuales siendo aún menor de edad e incluso antes de empezar a prostituirse en diferentes países. En referente a este tiempo cuenta: “allí me violaron, allí me apalizaron, allí me apuntaron con una pistola en la cabeza, allí pasaron mucha gente que (me decía que) ‘no tenía tetas, que era fea, que era guapa, que era demasiado con carácter”.

Llega en patera al país donde finalmente ejercerá la prostitución, y explica cómo en el trayecto también sufrió malos tratos: “me tiraron al agua y yo quería agarrarme a la patera otra vez y me golpearon con el pie en la cabeza. Creí que me moría”. Durante ese tiempo, ejercía la prostitución en la calle y relata que las dejaban hacer llamadas cortas a sus familiares, aunque sin decirles dónde estaban. Entonces, en una de estas llamadas se entera de la muerte de su hermano, “no pude ir a despedirme, no pude”. A pesar de ello, cuenta que: “el día que murió mi hermano, me pusieron en la calle, el primer día, yo no tuve tiempo de hacer duelo, luto”. A raíz de allí empieza a escaparse, pero, a pesar de los esfuerzos, la acaban atrapando. Entonces, la venden más de cuatro veces en el país hasta que llega finalmente a Francia, dónde termina en la casa de un hombre que también prostituye a su mujer. Durante este tiempo, también ejerce la prostitución en la calle y no escapa hasta seis meses después con ayuda.

Relata acontecimientos violentos sufridos, uno de ellos sucedió cuando estuvo dos semanas en un hotel con otras chicas también prostituidas: “cada día venía alguien y mantenía relaciones sexuales con nosotras, o nos violaban directamente. Y entonces si venía alguien y decía vente, si tu claro no entendías nada ellos te cogían del brazo y te tiraban y que tenías que irte, y luego volvías a la habitación y ya está. Y entonces, si te negabas claro, allí mismo delante te daban dos hostias que te dejaban tibia”. Explica

cómo ella se negaba, a pesar de que era avisada por sus compañeras de la peligrosidad a la que se arriesgaba: “si yo aguanto bien las hostias, no pasa nada, yo ya estoy acostumbrada, mi padre me adiestró para ello, y ya estaba acostumbrada, dos hostias, no pasa nada”. Aun así, finalmente, se ve coaccionada a ceder debido a que la apuntan con una pistola. Sigue explicando que: “había un momento ya que decías que pase rápido, que es un momento, y que a ver que sí, a ver dónde voy mañana. Sí que sabíamos que no íbamos a estar allí, esperabas el día a irte de allí, y siempre esperabas que cuando te fueras a lo mejor ya no sería tal cual, ya esperabas que no fuera todo igual. A veces era mejor, otras peor”. Explica, además, que se encontraban desprotegidas incluso de la policía: “uno de los chulos que estaba allí era policía. Está todo apañado, todo pagado”.

Relata que las condiciones en las que debía ejercer la prostitución eran precarias y explotadoras: “los chulos te marcan tiempo máximo. Cuando tardabas más con un cliente, venía y te pegaba la talla ‘oye no te estés tanto””. Continúa diciendo: “de nueve o diez hasta cinco de la mañana, más o menos. Entre semana no tan tarde, pero en fin de semana un poco más tarde. Todos los días de esos seis meses, sin faltar ni un día. Con gripe, con regla, con dolor de espalda, con dolor de rodilla, con migraña, con lo que quieras, da igual, tu allí, y si hacías poco dinero recibías”. Describe, además, que veía a muchos puteros en una noche: “10 y 15, y en fin de semana era horroroso, muchos. No es como yo he visto en los prostíbulos, que a lo mejor uno o dos a la noche, no es así, en la calle no es así”. Según ella, a su vez, la calle era más dura que ejercer la prostitución en un prostíbulo porque como dice: “el invierno es invierno para todos, el frío o el otoño es frío para todos, pero tú tenías que ir a exhibirte, nunca he pasado tanto frío en mi vida (...). El frío que pasabas en la calle es duro. Y luego toda la noche, y no te quejes”.

Respecto a los puteros explica que no tuvo ningún problema, que era simplemente trabajo, y que incluso hasta le ofrecieron ayuda, pero a pesar de ello describe: “no vi a nadie que me ofrecía escapar y me diera algo seguro. Y luego estabas con la incertidumbre si era un cebo, porque las otras chicas que estaban frente mío que escapó y volvió fue por un cebo. Le pusieron a prueba a ver si iba a escapar, y escapó, y como esas cosas a veces las hablábamos en la calle pues decías ‘¿y si es un cebo, y si es algún chulo que aún no conozco y me viene y me tira la caña a ver si pico?”. Cuenta, además, que las relaciones sexuales siempre eran con preservativo y que, si un cliente no quería usarlo, tenía prohibido mantener la relación sexual, por lo que podía cambiar de cliente sin que le dijeran nada. Aunque asegura que dicho interés no

era en beneficio de ella, sino más bien que no querían que las mujeres se quedaran embarazadas y así poder seguir ejerciendo.

Le pregunto entonces respecto a los proxenetas, y explica lo siguiente: “No ven nada más allá que la ‘puta’, (...). A mí no me han perdonado ni una noche, ni una, ni estando enferma. Yo he estado en regla (...) y cuando me viene es horroroso, cuando me ha pasado eso, que he estado yo doblada, he tenido que estar en la calle de pie, y a mí no me han perdonado de noche ni nada.’ Si nosotros no te decimos que mantengas sexo, solo haz sexo oral’ (...). Les da igual. Eres una máquina de hacer dinero, un objeto”. Y respecto a la deuda relata que: “nunca se acaba, tu tranquila que nunca se acaba, tú siempre debes. Y si lo que han pagado por ti ya lo has pagado, pero tu vives en un sitio, tú comes, tú tranquila que siempre debes, no te vas a quedar sin dinero, siempre debes, de por vida debes, y si hubiera estado allí cinco años seguiría debiendo”. En referente al dinero que ganaba cuenta, además, lo siguiente: “lo que sí que tuve es que, por ejemplo, una vez al mes yo les mandaba dinero a mis padres. 50 mil pesetas les mandaban cada mes a mis padres (...), que son ahora 300 euros y a lo mejor los 300 euros los hacía en una noche. Y siempre deberá, le mandas dinero a tus padres... tu comes, duermes aquí, el agua es caro, la luz es caro...”. Explica, además, que le ponían un precio fijo diferente por cada tipo de ‘servicio’: “el sexo oral eran tres mil pesetas y un completo cinco mil pesetas y a la hora en el hotel 15 mil pesetas”.

Cuando se le pregunta sobre alguna afectación en la salud mental describe que: “cuando salí, pensaba que todo el mundo sabía mis cosas. Te sientes pequeña, muy pequeña, y juzgada, piensas... bueno piensas no, la gente juzga. (...) Yo no sé porque me sentía como que todo el mundo sabía lo que había hecho, era mi percepción de entonces”. A parte de esto, le diagnosticaron depresión al poco tiempo después de salir de la prostitución, respecto a ello cuenta que: “no sé si por la prostitución en sí o por todo lo que había pasado, o porque durante un año tuve que ser fuerte todo el rato, no sé si fue un relajamiento, o porque luego estuve cinco años sin poder ir a Hungría, y mi hermano había muerto, y los papeles aquí no salían, y la familia política de mi marido no veía con muy buenos ojos que su hijo estuviera con una extranjera (...), porque echaba mucho de menos a mi madre... me vino todo de golpe, por situaciones que habían pasado, mi padre me daba la espalda con cosas que yo necesitaba a lo mejor de papeleo, me daba la espalda, y no tenía a quién acudir, y eso me hacía retroceder como mi padre se había portado siempre conmigo, y todo esto pasaba un año y otra vez no podía volver ir a Hungría, y pasaba otro año y otra vez no podía volver ir... y esto me agachó la cabeza”. Describe cómo todo ello le hizo ir al psicólogo, y como más adelante también le diagnosticaron de fibromialgia.

Cuando se le pregunta sobre adicciones afirma que, aparte de tabaco, nunca consumió ninguna otra sustancia. Actualmente lo ha dejado, pero explica que fumaba hasta dos o tres paquetes al día. En referente a ello, se indaga si una de las razones de fumar tanto era por el estrés que sufría en aquel momento y a ello responde: “Solo vivía al día a día y ya está, y vivía con estrés, con cuidado de no decir nada, de no fallar, de no gritar, de no quejarme, de no pedirme, por lo que pudiera pasar”. Reconoce que estaba hipervigilante y con miedo constante, aunque nunca llegó a resignarse a pesar de todo: “si me llego a rendir no salgo. Es más, cuando la mujer del chulo me decía ‘pero Ana si eres una puta, eres una puta, no pasa nada’ y yo por dentro ‘pero si yo no soy puta, si me obligas tú, yo no lo soy’. (...) Eso me molestaba mucho y eso me encendía”. Respecto a si presentaba síntomas disociativos, explica: “no me acuerdo. Borré muchas cosas, porque eso pasó hace 20 años, (...) yo al principio con mi exmarido en las relaciones sexuales, (...) yo sí que las disfrutaba, pero a veces me sentía... me daba pensar. Entonces, se me va la olla mientras mantenía relaciones sexuales con mi marido, se me iba la olla y decía no, entonces, borré muchas cosas de la memoria, dejé de pensar en ello, porque no hubiera sido feliz con ninguna persona”.

En referente a la salud física, describe que durante ese tiempo en prostitución tuvo una infección en la piel: ‘la chica que trabaja al frente una lo tenía, se lo pegó a otra, y entonces cuando ya me pasó a mí, no sé si es por el compartir clientes, yo empecé a tener y claro, allí venga ya vamos al médico (privado), porque era muy molesto, todo el rato picores, estabas roja todo el rato, hinchada”. Cuando le pregunto porque fue a un médico privado, contesta que: “yo tenía pasaporte falso, estaba sin documentación, y no tenía alta a seguridad social. Supongo que si hubiera pasado algo muy grave en urgencias me hubieran atendido igual, pero por una infección en la piel no creo, y luego claro ellos no querían arriesgarse a que pregunten dónde vives, con quién vives, estas cosas”. Respecto a otros problemas de salud física responde que: “Fractura no, pero moretones sí, nunca me rompieron nada, me partieron labio, que te sangre la nariz, que te sale un moretón, pero de romper nunca me rompí nada”. A pesar de todo lo relatado, actualmente tiene una vida normalizada y describe sentirse bien con su vida actual.

7.3. Discusión

Los resultados de las entrevistas indican que las mujeres que han dado su testimonio, han vivido múltiples experiencias traumáticas tanto en la infancia, como posteriormente en la edad adulta; resultados parecidos a las investigaciones de las se ha hecho referencia a lo largo del trabajo (Clarke, Clarke, Roe y Fey, 2012; Lukman, 2009; Tyler, Hoyt, Whitebeck y Cauce, 2001; Farley, 2003b; Farley y Kelly, 2000; McClanahan,

McClelland, Abram y Teplin, 1999; Wlodarczyk, 2016). Asimismo, podemos observar que, en ambos casos, son mujeres extranjeras que provienen de un entorno caracterizado por la pobreza y el abuso, variables que coinciden con los factores de riesgo relacionados con la entrada a la prostitución referenciados (ONU, 1992, citado en Sánchez, 2012; Estes y Weiner, 2002; Leidholdt, 2003, citado en Lukman, 2009; Farley, Baral, Kiremire y Sezgin, 1998; Cortes Generales, 2007). Uno de los casos, se trata de una mujer trans, un colectivo que, como hemos podido comprobar, también es vulnerable a sufrir explotación sexual (Cortes Generales, 2007).

Por otro lado, en el caso de Natalia, la entrada en prostitución está relacionada con la trata de personas con fines de explotación sexual, por lo que claramente el ejercicio de la prostitución no ha sido voluntaria, formando parte ese 90% de mujeres que ejercen la prostitución al provenir de la trata (Mujeres para la salud, 2012). Mientras que, en el caso de Sandra, aunque no empiece la prostitución bajo la amenaza o la coacción, pone de manifiesto con claridad que, si hubiera vivido en un entorno no carecido de educación y afecto, seguramente no habría escogido la prostitución. Ambos testimonios, por tanto, sustentan la hipótesis de que la libre elección en la prostitución es solo un mito que esconde, en realidad, un proceso de cosificación y deshumanización de las mujeres (Castellanos y Ranea, 2013; De Miguel, 2015). Esto quiere decir, también, que no podemos diferenciar la prostitución coercitiva de la no coercitiva, como si la primera se tratara de algo accidental y no un problema intrínseco a la misma prostitución (Castellanos y Ranea, 2013; Vicente, 2009).

A su vez, en los dos casos tiene lugar múltiples momentos de violencia durante su ejercicio de la prostitución, resultados que coinciden con las investigaciones (Farley, 2003b; Church, Henderson, Banard y Hart, 2001; Farley et al., 1998; Romero, Weeks y Singer, 2003; Farley, Banks, Ackerman y Golding, 2018; Cavalcante y Ferreira, 2012; Farley, 2006). En el caso de Natalia, cabría destacar la violencia sexual a la que se ve sometida al estar en prostitución en contra de su voluntad, y la violencia física y emocional por parte de sus captores, como así indica el estudio de *Family Violences Prevention Funds & World Childhood Foundation* (2005), una estrategia que es utilizada para poder controlar mejor a las mujeres que son explotadas sexualmente. Y, por otro lado, en el caso de Sandra, los diferentes tipos de violencia proviene, sobre todo, de parte de los puteros. En definitiva, los elevados índices de violencia que ambas mujeres sufren, según Farley (2006), es debido a que la violencia forma parte del ejercicio de la prostitución.

Por último, cabría destacar que, tanto en el caso de Sandra como el de Natalia, ha habido una repercusión en su salud mental, relacionada con la combinación de

maltratos sufridos, tanto en la infancia como en la edad adulta, que las hizo vulnerables a desarrollar patologías relacionadas con el trauma (Farley et al., 2003; Lindeland, 2010). En ambos casos se constatan cuadros depresivos y disociativos, y abuso de sustancias, aunque no en la actualidad. A su vez, ambas tuvieron necesidad de un mayor apoyo asistencial de parte de los profesionales, puesto que, como dice Lorente (s.f), una mujer que pasa por la prostitución necesita de una recuperación tanto física como mental, dado el impacto profundo que tiene dicha práctica en su salud.

| | Sandra | Natalia |
|----------------------------|--|--|
| INFANCIA | | |
| VIOLENCIA EMOCIONAL | Abandono del padre Rechazo y agresión verbal de la madre | Agresión verbal por parte del padre |
| VIOLENCIA FÍSICA | Agresiones físicas múltiples por parte de la figura materna y por parte de varones ajenos a la familia | Agresiones físicas múltiples por parte de la figura paterna Captación por redes de trata |
| VIOLENCIA SEXUAL | Agresiones sexuales a lo largo de la infancia por parte de varones ajenos a la familia | Agresión sexual por parte de un proxeneta |
| ADULTEZ | | |
| VIOLENCIA EMOCIONAL | Agresiones verbales por parte de los puteros | Agresiones verbales por parte de los proxenetas y múltiples amenazas |
| VIOLENCIA FÍSICA | Agresiones múltiples por parte de puteros y otros varones | Agresiones físicas por parte de proxenetas |
| VIOLENCIA SEXUAL | Agresiones sexuales múltiples por parte de puteros | Relaciones sexuales forzadas al provenir de la trata con fines de explotación sexual |
| IMPACTO EN LA SALUD | | |
| FÍSICA | Heridas de bala, puñaladas, impacto con objetos en la cabeza Artrosis, tendinitis y osteoporosis | Heridas ocasionadas por golpes en la cara o el cuerpo Infección en la piel ocasionada por el contacto con un putero |
| PSICOLÓGICA | Síntomas depresivos y posible dependencia de sustancias | Depresión y fibromialgia, dependencia a la nicotina |

Tabla 2. Esquema comparativo de los dos testimonios de mujeres en situación de prostitución¹

¹ En Esta tabla se establece un resumen de ambos casos. Como se puede comprobar, a pesar de ser experiencias son muy diferentes, Sandra y Natalia han sido víctimas de todos los tipos de violencia en tanto en la infancia como en la edad adulta. Asimismo, la prostitución ha tenido un impacto en su salud física y psicológica.

8. Conclusiones

En la actualidad, la prostitución es un fenómeno social cada vez más común y que, su normalización, conlleva a una gran cantidad de mujeres a la explotación sexual. Diversas son las instituciones que advierten el peligro de esta práctica, como es la ONU, sin embargo, tanto en España como en muchos otros países siguen sin optar por políticas que puedan favorecer a las miles de mujeres y niñas que están inmersas en estas circunstancias.

Respecto a los objetivos y las hipótesis iniciales, tras la investigación realizada sobre la cuestión, las conclusiones más destacadas son: primero, persistir en diferenciar la prostitución que proviene de la trata y de la que no proviene de ella, como si hubiera una coercitiva y otra no coercitiva, conlleva, en consecuencia, que se invisibilice la violencia intrínseca que es propia de la actividad prostitucional. Segundo, las personas que entran en la prostitución son mayoritariamente mujeres y la demanda es absolutamente masculina. La relación que se establece entre ambos agentes no resulta equitativa, pues la mujer en prostitución vende su cuerpo por necesidad u otras circunstancias de vulnerabilidad y, en cambio, el hombre paga para satisfacer sus deseos sin tener en cuenta los de la otra persona, debido a que estos quedan anulados ante un contrato económico. Tercero, que las mujeres que entran en prostitución son generalmente muy pobres, extranjeras y con antecedentes de abusos, destacando sobre todo el abuso sexual e incesto. Por tanto, son en realidad sujetos vulnerables a la explotación sexual y no personas que deciden libremente la prostitución, como muchas veces nos intentan hacer creer.

Por otra parte, en cuarto lugar, la prostitución es una actividad violenta tanto de forma implícita como explícita. Es decir, implícita en tanto que toda relación sexual que intercambia los deseos y la voluntad de quién vende su cuerpo por dinero, es una actividad potencialmente dañina para la autonomía sexual de la persona que se prostituye, la cual es vista más como un objeto disponible que una persona, en un medio más que en un fin en sí mismo. Y explícita, en tanto que no todas las mujeres en prostitución son sometidas al mismo grado de violencia, pues el tipo de violencia que se ejerce en las calles o los prostíbulos es diferente. Las mujeres que ejercen la prostitución en la calle suelen sufrir más violencia física, mientras las que ejercen en los prostíbulos suelen ser víctimas de más agresiones sexuales. Aun así, los índices de violencia siguen siendo muy elevados en ambos casos, lo cual sugiere que la violencia no es un hecho aislado, sino que forma parte de la actividad prostitucional. En quinto lugar, esta violencia acontecida tanto en la infancia, como después en la edad adulta, lleva a que las mujeres en prostitución padezcan trastornos mentales graves

relacionados con el trauma, destacando el Trastorno por Estrés Post Traumático (TEPT) y el Trastorno por Estrés Post Traumático Complejo (TEPT-C). Este último, en tanto que es una patología que se desarrolla ante la exposición continuada en el tiempo de experiencias traumáticas, como es el caso de las mujeres en prostitución.

En sexto y último lugar, hay que destacar que la elevada demanda masculina se encuentra vinculada a la pornografía, debido a que los varones aprenden sobre las relaciones sexuales a partir de esta práctica. En ella, las mujeres son consideradas también objetos que deben satisfacer las necesidades sexuales del hombre, además, de mostrar prácticas sexuales que suelen ser denigrantes y violentas para las mujeres. Esto resulta un aprendizaje que lleva a los varones a tratar de la misma forma a las mujeres en prostitución. Asimismo, el tipo de relaciones sexuales que buscan los hombres en la prostitución, que se relaciona con el sexo impersonal y la hostilidad, se asocia a un perfil psicológico parecido al del agresor sexual. Esto sugiere que, cualquier varón que compra el cuerpo de una mujer para satisfacer rápidamente sus deseos sexuales, sin tener en cuenta a la persona con la que mantiene dichas relaciones, son hombres que pueden considerarse al mismo tiempo potenciales agresores sexuales.

Por último, cabría destacar que las entrevistas realizadas han ayudado a entender con mayor complejidad la realidad de la prostitución. Aun así, dichos testimonios no son significativos debido a que la muestra obtenida es muy reducida. Esto es debido a las circunstancias excepcionales en las que nos encontramos producidas por el covid-19 y, además, porque encontrar mujeres que estén dispuestas a hablar sobre la cuestión resulta complicado, dado la vulnerabilidad a la que se exponen e incluso el peligro al que algunas se someten, sobre todo si provienen de la trata. A pesar de lo comentado anteriormente, las mujeres a las que entrevisté no eran víctimas del sistema prostitucional en el presente, del que hacía años habían escapado. En la actualidad, referían que habían superado esas experiencias y que estas ya no interferían en su vida cotidiana. Además, aun haber un listado de preguntas preferentes, se les daba el espacio para que explicaran aquello con lo que se sentían cómodas, sin presionarlas en ningún momento a que contaran algo que no querían. Esto conllevó a que las entrevistas fueran completas y, asimismo, que las mujeres se sintieran a gusto, sin que esos recuerdos les hiciera revivir de nuevo esas experiencias traumáticas.

Por último, aunque hemos podido constatar la complejidad del fenómeno de la prostitución a lo largo del trabajo, sería importante en futuras investigaciones contar con muestras más grandes para, de este modo, poder hacer conclusiones representativas y que se puedan generalizar a toda la población que se vea sometida a estas prácticas; sobre todo, en lo que hace referencia a la repercusión que la prostitución tiene en la salud mental, ante la falta de estudios nacionales sobre dicha cuestión.

Bibliografía

Alario, M. (2017). Pornografía en un patriarcado neoliberal: ¿una cuestión de deseos individuales? En Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional (181-191). Granada, España: Editorial Comares, S. L.

Anesu, S., Jbulani, M., Janetta, A., ahe, F., Prudence, M., Frans, M., Beatrice, C., Selelo, R. y Tiberia, H. (s.f.). 'You can not be raped when you are a sex worker': sexual violence among substance abusing sex workers in Musina, Limpopo province. *Journal of social sciences and humanities*, 16 (4), 1-15.

Anklesaria, A. y Gentile, J. (2012). Psychoterapy with women who have worked in the "Sex Industry". *Innovations in clinical neuroscience*, 9 (10), 27-33.

Calvacante, I. y Ferreira, C. (2012). The violence in everyday of prostitution of women: invisibility and ambiguities. *Revista Latino-Am. Enfermagem*, 20 (5), 954-960.

Castellanos, E. y Ranea, B. (2013). Investigación sobre prostitución y trata de mujeres. Asociación de Promoción de Servicios Sociales (APROSERS). Disponible en: https://issuu.com/aprosers/docs/investigacion_sobre_prostitucion_y

Ceballos, G. A., Arévalo, C., Hernández, G. y Suárez, Y. (2013). Autoestima, depresión, consumo de alcohol y cigarrillo en mujeres que ejercen la prostitución en las ciudades de Santa Marta y Riohacha (Colombia). *ENCUENTROS*, 11 (1), 41-53.

Cedeño, H. A., Delgado, L. S, Morales, J. C. y Ormaza, M. A (2017). Depresión Como Consecuencia de la Prostitución Femenina: caso Burdeles de Rocafuerte, Ecuador. *Journal of Education and Human Development*, 6 (1), 82-88.

Choi, H., Klein, C., Shin, M. y Lee, H. (2009). Posttraumatic Stress Disorder (PTSD) and Disorders of Extreme Stress (DESNOS) Symptoms Following Prostitution and Childhood Abuse. *Violence Against Women*, 15 (8), 933-951.

Chudakov, B., Ilan, K., Belmaker, R. y Cwiken, J. (2002). The motivation and mental health of sex workers. *Journal of sex and marital therapy*, 28 (4), 305-315.

Church, S., Henderson, M., Barnard, M., Hart, G. (2001). Violence by clients towards female prostitutes in different work settings: questionnaire survey. *British Medical Journal*, 322, 524-525.

Clarke, R., Clarke, E., Roe, D. and Fey, R. (2012). Age at entry into prostitution: relationship to drug use, race, suicide, education level, childhood abuse and family experiences. *Journal of human behavior in the social environment*, 2, 270-289.

Cobo, R. (2017). La prostitución en el corazón del capitalismo. Madrid, España: Catarata.

Cobo, R. (2019). El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución. *Oñati Sociolegal Series*, 9 (S1), S6-S26. Disponible en: <http://ssrn.com/abstract=3247769>

Cobo, R. (2019b). Introducción. Pornografía y prostitución en el orden patriarcal: perspectivas abolicionistas. *Oñati Sociolegal Series*, 9 (S1), S1-S5. Disponible en: <http://opo.iisj.net/index.php/osls/article/viewFile/1108/1154>

Cortes Generales (2007). Acuerdo de la Comisión Mixta de los Derechos de la Mujer y de la Igualdad de Oportunidades por el que se aprueba el Informe de la Ponencia sobre la situación actual de la prostitución en nuestro país. *Boletín Oficial del Estado (BOE)*. Disponible en: http://www.senado.es/legis8/publicaciones/pdf/cortes/bocg/CG_A379.PDF

Cwikel, J., Ilan, K. y Chudakov, B. (2003). Women brothel workers and occupational health risks. *Epidemiol Community Health*, 57, 809-815.

Delegación del Gobierno para la Violencia de Género (2015). Macroencuesta de violencia contra la mujer. Disponible en: https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/macroencuesta2015/pdf/AVANCE_MACROENCUESTA_VIOLENCIA_CONTRA_LA_MUJER_2015.pdf

De Miguel, A. (2015). *Neoliberalismo sexual: el mito de la libre elección*. Madrid, España: FEMINISMOS.

De Miguel, A. y Torrado, E. (2014). Introducción: Debate y dilemas entorno a la prostitución y la trata. *Dilemata*, 16, 1-6.

Díez, E.J. (2009). Prostitución y violencia de género. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídica*, 24, 1-3.

Díez, E.J. (2010). ¿Cómo educar para la igualdad en una sociedad que pretende regular la prostitución como una profesión? *Revista Iberoamericana de Educación*, 51 (5), 1-4.

Family Violence Prevention Fund & World Childhood Foundation. (2005). Turning pain into power: Trafficking survivors' perspectives on early intervention strategies. Disponible en: <http://www.futureswithoutviolence.org/userfiles/file/ImmigrantWomen/Turning%20Pain%20intoPower.pdf>

Farley, M. (2003a). Preface: Prostitution, Trafficking and Traumatic Stress. *Journal of Trauma Practice*, 2 (3/4), 11-22.

Farley, M. (2003b). Prostitution and invisibility of Harm. *Women & Therapy*, 16 (3/4), 247-280.

Farley, M. (2006). Prostitution, Trafficking and Cultural Amnesia: What we must not know in order to keep business of sexual exploitation running smoothly. *Yale journal of law and feminism*, 18 (5), 109-144.

Farley, M. Ross, C. y Schwartz, H. (2003). Dissociation among women in prostitution. *Journal of Trauma Practice*, 2 (3/ 4),199-212.

Farley, M. y Kelly, V. (2000). Prostitution: a critical review of the medical and social sciences literature. *Women & Criminal Justice*, 11 (4), 29-64.

Farley, M., Cotton, A., Lynne, J., Zumbek, S., Spiwak, F., Reyes, M., Alvarez, D. y Sezgin, U. (2003). Prostitution and Trafficking in Nine Countries: An Update on Violence and Posttraumatic Stress Disorder. *Journal of trauma practice*, 2 (3/4), 33-74.

Farley, M., Schuckman, E., Jacqueline M., Golding, J., Houser, K., Jarrett, L., Qualliotine, P. y Decker, M. (2011). Comparing Sex Buyers with Men Who Don't Buy Sex: "You can have a good time with the servitude" vs. "You're supporting a system of degradation". Paper presented at Psychologists for Social Responsibility Annual Meeting. Prostitution Research & Education, Massachusetts, Estados Unidos.

Farley., M., Banks, M., Ackerman, R. y Golding, J. (2018). Screening for traumatic brain injury in prostituted women, 3 (5), 1-21.

Farley., M., Baral, I., Kiremire, M., y Sezgin, U. (1998). Prostitution in five countries: Violence and post-traumatic stress disorder. *Feminism & Psychology*, 8 (4), 405-426.

Ford, J., Stockton, P., Kaltman, St. and Green, B. (2006). Disorders of Extreme Stress (DESNOS) Symptoms are associated with type and severity of interpersonal trauma exposure in a sample of healthy young women. *Journal of interpersonal violence*, 21 (11), 1399-1416.

Gimeno, B. (2012). *La prostitución. Aportaciones para un debate abierto*. Barcelona, España: Edicions Bellaterra, S.L.

González-Fortaleza, C., Rodríguez, E. M., Fuentes, P., Vega, L. y Jiménez, A. (2014). Correlatos psicosociales de depresión y riesgo de suicidio en trabajadoras sexuales del Estado de Hidalgo, México. *Salud Mental*, 37, 349-354.

Herman, J. (2004). *Trauma y Recuperación: Cómo Superar Las Consecuencias De La Violencia*. Madrid: Espasa.

Inciardi, J., Kiley, M., Kurtz, S. and Surratt, H. (2016). Sex work and "date" violence. *Violence against women*, 10 (4), 357-385.

Instituto de la Mujer y para la Igualdad de Oportunidades. (2015). Mujeres víctimas de explotación sexual en la Unión Europea. Disponible en: <http://www.inmujer.gob.es/MujerCifras/Violencia/ProstitucionTrafico.htm>

Instituto Europeo de la Igualdad de Género (2017). Gender-specific measures in anti-trafficking actions. Disponible en: <https://eige.europa.eu/publications/gender-specific-measures-anti-trafficking-actions-report>

Jeal, N. y Salisbury, C. (2004). Self-reported experiences of health services among female street-based prostitutes: a cross-sectional survey. *British Journal of General Practice*, 54, 515-519.

Jung, Y., Song, J., Chong, J., Seo, H. y Chae, J. (2007). Symptoms of Posttraumatic Stress Disorder and Mental Health in Women Who Escaped Prostitution and Helping Activists in Shelters. *Yonsei Medical Journal*, 49, 372-78.

Kelly, B. y Prohaska, A. (2012). Deviant Men, Prostitution, and the Internet: A Qualitative analysis of Men who killed Prostitutes whom they met online. *International Journal of Criminal Justice Sciences*, 7 (2), 636-648.

Kidd, S. y Kral, M. (2002). Suicide and prostitution among street youth: a qualitative analysis. *ADOLESCENCE*, 27 (146), 411-430.

Lindeland, B. (2010). Trauma symptomatology in female sex workers: a review of recent literature (Trabajo Final de Máster). Pacific University, Oregon, Estados Unidos.

Lora, P. (2007). ¿Hacernos los suecos? La prostitución y los límites del estado. *Cuadernos de Filosofía del Derecho*, 30, 451-470.

Lorente, M. (s.f.). Impacto de la trata y la prostitución sobre la salud de las mujeres. En Nuño, L. y De Miguel, A. (Eds.), *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional* (77-87). Granada, España: Editorial Comares, S. L

Lukman, Z. (2009). Childhood abuse in children in prostitution. *The social Sciences*, 4 (6), 567-572.

Macleod, J., Farley, M., Anderson, L., y Golding, J. (2008). Challenging men's demand for prostitution in Scotland. A Research Report Based on Interviews with 110 Men Who Bought Women in Prostitution. Women's support project. Disponible en: http://www.womenssupportproject.co.uk/userfiles/file/uploads/Challenging_Men%20Demand.pdf

McCabe, M. y Xantidis, L. (2000). Personality characteristics of male clients of female commercial sex workers in Australia. *Archives of sexual behavior*, 29 (3), 165-176.

McClanahan, S., McClelland, G., Abram, K. y Teplin, L. (1999). Pathways Into Prostitution Among Female Jail Detainees and Their Implications for Mental Health Services. *PSYCHIATRIC SERVICES*, 50 (12), 1606-1613.

Meneses, C. (2010). Factores motivacionales en una muestra de hombres españoles que pagan por servicios sexuales. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 30 (107), 393-407.

Mercedes, I., Caballero, S., Carrera, L., Chávez, R., Espinoza, R., Flores, L., Llanos, M., Luna, E., Vega, J., Vera, J., Salvatierra, H. y Pereyra, H. (2010). Factores asociados a síntomas depresivos en trabajadoras sexuales. *Anales de la Facultad de Medicina*, 71 (4), 277-282.

Miguel, C. y Fernández, T. (s.f.). La judicatura como garantía de protección de los derechos de las víctimas de trata. En Nuño, L. y De Miguel, A. (Eds.), *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional* (61-75). Granada, España: Editorial Comares, S. L.

Morales, E. (2011). Prostitución y trata de mujeres con fines de explotación sexual (Trabajo Final de Máster). Universidad de Salamanca, Salamanca, España. Disponible en: <http://www.inmujer.gob.es/publicacioneselectronicas/documentacion/Documentos/DE1218.pdf>

Mujeres para la Salud. (2012). Prostitución y salud. Disponible en: <https://www.mujeresparalasalud.org/prostitucion-y-salud/>

Musacchio, V. (2004). Migration, Prostitution and Trafficking in Women: An Overview. *German Law Journal*, 5 (9), 1015-1030.

Nuño, L. y De Miguel, A. (2017). *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional*. Granada, España: Editorial Comares, S. L.

Organización de Naciones Unidas (2000). Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños, que completa la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional. Nueva York. Disponible en: <https://www.unodc.org/documents/treaties/UNTOC/Publications/TOC%20Convention/TOCebook-s.pdf>

Pennsylvania Coalition Against Rape (2013). The Intersection Between Prostitution and Sexual Violence. Disponible en: [https://www.pcar.org/sites/default/files/pages-pdf/the intersection between prostitution and sexual violence.pdf](https://www.pcar.org/sites/default/files/pages-pdf/the%20intersection%20between%20prostitution%20and%20sexual%20violence.pdf)

Pérez, S. (2018). Imaginarios sociales de la prostitución y la trata sexual: transferencias en la invisibilidad. *Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3 (1), 62-84.

Ranea, B. (2017). (Re)pensar la prostitución desde el análisis crítico de la masculinidad. En Nuño, L. y De Miguel, A. (Eds.), *Elementos para una teoría crítica del sistema prostitucional* (135-142). Granada, España: Editorial Comares, S. L.

Real Academia Española (2014). Prostitución. En *Diccionario de la lengua española* (23ª ed.). Disponible en: <https://dle.rae.es/prostituci%C3%B3n>

Resick, P.A., Bovin, M.J., Calloway, A.L., Dick, A.M., King, M.K., Mitchell, K.S., Suvak, M.K., Wells, S.Y., Wiltsey, S. y Wolf, E.J. (2012). A Critical Evaluation of the Complex PTSD Literature: Implications for DSM-5. *Journal of Traumatic Stress*, 25, 241-251.

Rodríguez, B., Fernández, A. y Bayón, C. (2005). Trauma, disociación y somatización. *Anuario de Psicología Clínica y de la Salud*, 1, 27-38.

Romero, N., Singer, M. y Weeks, M. (2003). "Nobody gives a damn if I live or die": violence, drugs and street-level prostitution in Inner-City Hartford, Connecticut. *Medical Anthropology*, 22, 233-259.

Roxburgh, A., Degenhardt, L. y Copeland, J. (2006). Posttraumatic stress disorder among female street-based sex workers in the greater Sydney area, Australia. *BMC Psychiatry*, 6 (24), 1-12.

Sánchez, E. (2012). La prostitución desde una perspectiva de género. Depósito de Investigación Universidad de Sevilla (IDUS), 1, 1855-1877. Disponible en: <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/40723>

Sanchis y Serra (2011). El mercado de la prostitución femenina. Una aproximación desde el caso valenciano. *Política y Sociedad*, 48 (1), 175-192.

Schepel, E. (2011). A Comparative Study of Adult Transgender and Female Prostitution (Trabajo Final de Máster). Arizona State University, Arizona, Estados Unidos.

Surratt, H., Inciardi, J., Kurtz, S. y Kiley, M. (2004). Sex work and drug use in a subculture of violence. *Crime & delinquency*, 50 (1), 43-59.

Trifiró, A (2003). Mujeres que ejercen la prostitución: una historia de inequidad de género y marginación. Medellín, Colombia: Espacios de mujer.

Tyler, K., Hoyt, D., Whitebeck, L. y Cauce, A. (2001). The Impact of Childhood Sexual Abuse on Later Sexual Victimization among Runaway Youth. *Journal of Research on Adolescence*, 11(2), 151-176.

Valandra (2007). Reclaiming Their Lives and Breaking Free: An Afrocentric Approach to Recovery From Prostitution. *Affilia: Journal of Women and Social Work*, 22 (2), 195-208.

Vicente, S. (2009). La prostitución también es violencia machista. *Crítica*, 960, 48-52.

Villa, E. (2010). Estudios antropológico entorno a la prostitución. *Cuicuilco*, 17 (49), 157-179.

Wiechelt, S. y Shdaimah, C. (2011). Trauma and substance abuse among women in prostitution: implications for specialized diversion program. Journal of forensic social work, 1, 159-184.

Wlodarczyk, J. (2016). Childhood Sexual Abuse and Its Effects in Adult Life. Empowering Children Foundation. Disponible en: http://fdds.pl/wp-content/uploads/2016/10/Wlodarczyk_J_2016_Childhood_Sexual_Abuse_and_Its_Effects.pdf

Young, A., Boyd, C. y Hubbell, A. (2000). Prostitution, Drug Use, and Coping with Psychological Distress. Journal of drug issues, 30 (4), 789-800.

Youngs, D. y Ioannou, M. (2013). A model of client-related violence against female street sex worker. Journal of forensic social work, 3, 244-260.

Anexo I

Preguntas de la entrevista a mujeres en situación de prostitución

1. Antecedentes de su vida anterior a la prostitución:
 - a. ¿Cómo era su vida anterior a la prostitución?
 - b. Importante: infancia.
2. Inicio a la prostitución:
 - a. ¿Cómo se inició de forma libre o coaccionada por otros o por circunstancias externas?
 - b. Importante: vulnerabilidad ante abusos en la infancia, falta de recursos y oportunidades, trata.
3. Desarrollo de su vida como prostituta:
 - a. ¿Cómo era su vida como prostituta? (calidad de vida)
 - b. ¿Qué es lo que hacía que siguiera como prostituta?
 - c. ¿Situaciones que le marcaron como prostituta? Importante: violencia.
 - d. ¿Dónde ejercía la prostitución? (calle, burdeles, pisos, etc.)
 - e. Su perspectiva de los puteros (¿Cómo eran tus clientes? ¿Perfil concreto de putero?)
 - f. Impacto en su salud mental (Depresión y suicidio, TEPT, Adicción, Disociación) y salud física (ETS, dolores crónicos)
 - g. ¿Pudiste acceder a los centros de salud?
4. Finalidad de su vida como prostituta:
 - a. Si ha terminado: ¿por qué dejaste de ser prostituta? ¿Cómo acabó?
 - b. Si no ha terminado: ¿te gustaría salir o tener otras alternativas?
5. Visión de la prostitución:
 - a. ¿Qué piensas sobre la prostitución?
 - b. ¿Qué postura adopta: abolición o regulación?

Anexo II

Transcripción del testimonio de Sandra

(Le pregunto sobre su infancia) “Mi papá era un chef de cocina y se conocen por un trabajo que tuvo que hacer en el pueblo de mi mamá. Allí se conocieron y él la dejó embarazada. Mi mamá tenía doce años y mi papá se casó con ella. Eran gemelos, la niña nació muerta y el niño murió con un mes. Mi madre quedó con un trauma. Se cambiaron de aires y se fueron de la ciudad. Mi mamá quedó otra vez en embarazo y nacieron mis hermanos (tres). Decían que era un buen padre”

“Mi papá trabajaba de chef en lo que se llama un club social, un club donde se reúnen gente de alto rango. Hay hombres que el dinero les daña el cerebro y su propia moral. Mi papá ya no iba a la casa, que andaba con otras mujeres. El dinero lo dañó. Resulta que mi mamá le dijo que estaba en embarazo otra vez, estaba en embarazo mío. Entonces, él le dijo que si tenía una mujer le regalaba una casa, y que si tenía un hombre la dejaba, que él no quería más hombres. Resulta que yo nací, pues en ese momento no había cómo conocer si era hombre o mujer antes de nacer”. (Cuando supo que era niño) “Le dijo a la enfermera que si le hacía el favor de cuidar a los niños que le voy a traer un regalo. Entonces se fue y no volvió (...).

”Siempre me sentí desde que nací rechazada. Cuando ya nací mi papá había dejado a mi mamá, la dejó totalmente en la ruina. La dejó sin casa, sin nada. Mi mamá tuvo que repartir a mis hermanos en la familia porque mi mamá no tenía medios para mantenernos a todos. Yo me quedé con mi mamá, era el más chiquito y la gente pensó que sería lo más correcto. Pero nadie imaginaba que sería lo peor para mí. Mi mamá quedó sola y empezó a buscar medios de sostenimiento. Allí empezó todo el calvario (empieza a emocionarse).”

“Yo siempre recordaré esto como algo muy fuerte. No lo puedo olvidar, aunque no lo recuerdo con odio porque es lo único que tuve en la vida. Lo único que tuve en la vida y fue muy doloroso. Yo me acuerdo de que tenía como dos años y mi mamá se iba. Vivíamos en una casa muy vieja, grande, (...) y el diablo me perseguía. Mi mamá se iba a buscar trabajo y me dejaba solo en esa casa oscura (no sabe dónde iba). (En la actualidad) No le tengo miedo, pero la oscuridad no me gusta. Yo le tenía mucho miedo porque esas casas eran largas y oscuras, nosotros teníamos una cama no más. A mí me daba mucho miedo en esa cama y me acostaba en la lucecita que daba en la puerta. Había vecinas que sabían que estaba allí sola, y me metían arepas por la puerta y turroncitos de coco porque era lo único que cabía por allí. Mi mamá no me dejaba comida”.

“Mientras estábamos juntos decía que me quería, y de repente se enloquecía y me decía que me mataría. A mi mamá se le veía el resentimiento que tenía porque ella me veía como el motivo de la soledad, del abandono de mi papá, de la destrucción de su matrimonio”.

“Cuando la vecina empezó a cuidarme, yo sé que mi madre no venía en dos días. La vecina me dejaba estar con sus hijos. Pero a mí no me gustaban porque todos se meaban en la cama y a mí me tocaba dormir con ellos. Eran muy pobres, pero muy cochinos. Yo creo que ahora tengo eso, tengo ese trauma de la limpieza. A mí me afectaba mucho tanta mugre y todos se orinaban incluso se me orinaban encima”.

“Por ese tiempo, había mujeres que se prostituían, pero había antes un trabajo que era como el inicio de esa perdición, le decían cabareteras, las mujeres que atendían en los bares. Esa era el primer paso para que las mujeres se tiraran a la calle, porque allí conocía a borrachos y allí mi mamá aprendió a fumar y a tomar. Mi mamá no se prostituyó, pero se iba a esos bares porque no tenía donde trabajar. Allí conoció a nuestro padrastro, que nos acogió en una casa más confortable y mi mamá no se iba para allá. Aunque se hizo unas amigas no muy buenas, que le enseñaron a fumar y hacer brujería a los hombres. Fueron una mala compañía para mi mamá. Entonces volvieron mis hermanos, porque mi familia que le dijeron a mi mamá que como ya tenía una casa que ya podía cuidar de sus hijos, que eran insoportables. Pero entonces mi mamá era como que no quería tener hijos”.

“Mi mamá compró un día una máquina para hacer maíz. Mi mamá puso al hermano mayor para moler maíz y a mi hermano le quedaba muy grande y le pesaba mucho. Mi mamá le decía que le diera duro como un hombre. Entonces, mi hermano lo rompió y mi mamá empezó a gritarle. Todos le teníamos mucho respeto, era muy agresiva. Cuando vio que mi hermano salía corriendo lo cogió y lo tiró al suelo, y le partió la mano. Nosotros nos escondíamos. Lo poco que viví con mi madre fue eso. Allí fue donde vino lo peor. Mi abuela se llevó a mis hermanos otra vez después de partírle la mano. Yo me acuerdo de que le dijo (la abuela a la madre): ‘tus hijos serán la maldición de tu familia. Te vas a arrepentir por haberlos tenido, porque para que los tuviste si los querías matar y me los llevo, pero vas a ver que tus hijos van a ser la maldición de tu familia’. Mi hermano mayor lo mataron por estar cobrando carros robados y el segundo mayor tiene una mentalidad horrible, yo no le quiero hablar porque me enteré de cosas que no me gustan como que era un violador. Y a mí me violaron mucho, entonces estas cosas no me gustan”.

“Cuando se llevaron a mis hermanos, mi mamá volvió a ser más agresiva. Mi mamá no me dejaba llevar. Yo a mi mamá la quiero mucho, pero porque sé que en sus momentos de calma ella me daba mucho amor, ella quería ser buena, pero su situación no se lo permitía y ella explotaba. Fue una mujer abandonada, una mujer de pueblo, mi madre solo alcanzó tercero de primaria”.

“Se iba y me dejaba aguantando hambre. Ella enloquecía, cuando le daba rabia buscaba emborracharse y sus amigas, y no le importaba nada. Me encerraba en casa y con hambre. Un día llegó un día con una bolsa de leche, y la puso a hervir, y me dijo que cuando hierva la leche apagas el fogón. Yo tenía mucha hambre, entonces esa leche hirvió y yo la apagué, pero yo cuando veía la espuma metía el dedo y cuando me la iba a comer, mi mamá entró. Entonces mira (enseña una cicatriz en la cabeza), ella cogió un cuchillo y lo calentó en la parrilla, me agarró del pelo y me lo quiso poner en la boca (explica que intentó soltarse y le dio en un lado de la cara). Yo le voté el cuchillo y como no pudo quemarme bien, me cogió así (hace el gesto con la mano, representando que la madre le puso las manos en la parrilla quemándole las manos). Ese dolor era tan impresionante, yo sufría tanto, y vinieron la policía, vino mi abuela otra vez y allí sí me llevó. Pero yo a pesar de todo, yo adoraba a mi mamá, porque era lo único que tenía. Me curaron la mano, pero no aguanté mucho tiempo (dos meses). Estuve unos meses y me escapé, preguntando me fui a la ciudad y volví con mi mamá. Entonces, un día mi padrastro llegaba y me daba una moneda para comprarme un helado”.

“Entonces, yo vi un hombre parado allí, en la esquina, era de una banda que mandaba el barrio, era una familia que mataban y violaban a la gente. Ese muchacho era uno de esa familia y estaba acostado en la pared. Se le marcaba una cosa aquí (señala el bolsillo), y le dije que había robado y se lo había metido por el pantalón. El tipo me dijo que no le contara nada, y me dijo que fuéramos por allí y que me lo regalaba, sacó una bolsa de chupetas. Entonces yo fui debajo de una quebrada. El hombre me bajó el pantalón y me violó. Yo empecé a gritar y a llorar. Tenía como cinco años y medio. Yo no sabía qué era eso, y a mí me dolía mucho y yo lloraba. El tipo me volteaba la cara y me besaba, me decía que no llorase. El tipo se fue y yo me quedé llorando. El tipo me penetró y eyaculo en la pierna, yo no sabía qué era eso. Me había roto el pantalón y yo pensaba que mi mamá me iba a matar por ese pantalón. Cuando llegué a la casa, mi mamá me tenía prohibido que yo recibiera cosas a la gente, porque en esos años había un mafioso que sufría de leucemia y hacía transfusiones de casa que sacaban de los niños. Mi mamá me agarró del pelo cuando me vio en casa con esa bolsa. Me metió al baño con una manguera que rocían los jardines, abrió el chorro y me daba muy duro. Ella no se imaginaba lo que me había pasado, pero entonces cuando se despistó yo me

escapé. Me fui yendo, me daba miedo volver porque mi mamá me iba a pegar. Yo me estaba acercando al centro de la ciudad, y viví tantos carros quería volver a mi casa. Yo vi una casa y me metí en la entrada llorando, me acosté allí y me quedé dormido. Era un convento de monjas y me entraron. Allí me tuvieron las monjitas, me daban ropa, dinero, me quería mucho”. (Refiere de la actualidad) “Yo tengo como un trauma, porque si alguien me da algo, yo no me lo creo, aquí hay algo raro, como que nadie da nada por nada”.

“Un día vino la policía y me vio, las monjas le explicaron. Pero la policía le dijo que mi familia me estaría buscando y me llevaron al periódico. Entonces mi mamá llegó a mí, y cuando me vio me dio duro delante de las monjas. Entonces, me llevaron para un reformatorio. Resulta que eso era como una cárcel de menores. Yo nunca había estado en medio de desconocidos. Entonces llegaba la noche y empezaron a violarme y hacerme de todo, todos los días. Yo era el más pequeño de todos, y ellos eran grandes, ellos tenían 10, 12, 13 y 14, la edad mayor que podían estar allí. Eso era peor que las cárceles, porque yo he estado en cárceles y eso no era así. Era como una casa, todo eran barrotes, yo nunca veía el sol. Pasé un mes en el reformatorio”.

“Después me llevaron al internado. Allá en el reformatorio éramos como 30, pero en el internado era como 200. Tenía cinco años y medio, y allí me enseñaron a tallar madera, a hacer camisas, pantalones, no con máquinas, sino con la mano. Yo estuve allí como un año. Siempre me violaron, me violaba el profesor de taller madera, el de gimnasio, el de recreación. Hasta que un día enloquecí. Allí todos los visitaban la familia una vez cada ocho días, pero mi mamá solo vino una vez a visitarme. Fue una experiencia muy horrible. Me dio cinco pesos y me compré unas cajas de cerillas. Yo me quería morir. Me los comí todos, pero no me hizo nada, Me puso a llorar. Yo ya quería morir, no tengo a nadie, nadie me quiere, yo estoy cansado que me violen. Me llevaron a la trabajadora social, a la psicóloga. Les conté que yo en la noche no podía levantarme porque allí los más grandes me esperaban y me violaban. Me hicieron mucho daño. Yo me acuerdo de que me empezaron a poner a parte”.

“Yo de allí me escapé. Me había escapado ya antes, pero me fui a mi casa y al día siguiente mi madre me volvió. Yo ya no puedo volver a donde ella, yo sé que no me quiere. Me fui a recorrer el país, me colaba en los camiones. Vivía en la calle, me bañaba en el río, yo pedía en las calles, yo cantaba, la gente me daba plata, yo trabajaba, votaba basuras, lavaba tapetes, sillas, me daban comida, ropa, me dejaban lavar. Estuve un año en la calle, me recorrí casi todo el país. En la calle me violaban también los *gamines* donde yo dormía en la calle y me ponían a robar para ellos. Me decían que le robara la cadena a una vieja y sino le pegan una puñalada, me

amenazaban. Aprendí todo eso, a fumar marihuana, cigarrillos, todavía no tomaba. Yo aprendí a defenderme, empecé a conseguir plata, se la ponía en un sobre y por la noche iba hasta la casa y le metía por debajo de la puerta de mi mamá. Yo me iba feliz, para que mi mamá comprase algo. En esa época iba por una zona donde mantenían a los transexuales. Yo las miraba y me parecía muy raro, y yo las seguía”.

“Cuando le conté el director del internado que a mí me violaban, la psicóloga me llevó a hacerme un test en una habitación donde había muchos juguetes. (Cuenta como le administraron la prueba). Era como un examen psicológico, y me acuerdo de que me decían que tenían que cuidarme o sería homosexual. Si a mí me hubieran dicho que me tendría que vestir de mujer y a tener sexo con los hombres y a esas cosas yo seguramente no hubiera elegido esto (por este camino de mi vida)”.

“Una vez, me cansé que me estuvieran utilizando incluso en la calle. Mis primeras veces que dormí en la calle yo tuve paz, me conseguía mi caja de cartón y allí me dormía y levantaba, y sabía dónde tenía el desayuno. Pero después me empezaron a perseguir, a hacerme maldades también, entonces me dije que en ninguna parte tenía paz. Yo dije que ya basta, ahora tendría que defenderme. Si ellos cargan un cuchillo entonces yo también. Yo empecé a cargar una navaja, un cuchillo, si se metían conmigo les decía que, si me iban a dar por bobo, que me den por atrevido. Si se meten conmigo, yo también doy. Si ya había probado tanto dolor, a mí ya que me importaba. Y así me pegaron tremenda puñalada cuando no había ni cumplido los ocho años y se me fueron tres dedos” (explica otros momentos de violencia física, por ejemplo, le mordieron parte de la cara).

“Un día quería robar un pollo (para comerlo) y vi una señora que llevaba una bolsa (entraba en la tienda para comer pollo) y pensé que llevaba un pollo. Le cogí la bolsa y me fui corriendo. Yo ya robaba y no tenía miedo, a los borrachos les iba por detrás. Yo robé esa bolsa y con esa hambre que tenía corrí y corrí. Cuando me senté y vi la bolsa no había ningún pollo. (Había ropa de niña y se lo puso). Yo tenía un corte y pensaban que era niña. No sé si era por eso por lo que me violaban tanto. (Cuando se prueba el vestido piensa en los transexuales) Entonces pensé mira ellos son como yo, entonces voy a ser como ellos. Yo veía lo que ellas hacían y veía como se arrimaban a los hombres. Empezaban a tocarlas y ellos los tocaban, y les sacaban la billetera y la plata, le quitaban el reloj. Y pensé ahora sí, así empezó mi historia. Ahora me voy a desquitar de todo el mal que me hicieron. Y yo me volví super profesional. Porque yo lo que había visto, lo hacía mucho mejor. Todos los hombres querían irse conmigo porque era joven y bonita, y me perseguían mucho. Allí empiezo a conocer que es la prostitución. A mí

me dio esa alegría porque yo no era el único que me vestía de mujer y que tenía que ser de los mejores. Empecé a ver las historias, como iban llegando las niñas y niños”.

“En ese año yo volví a casa. Yo le dije que yo la quería mucho y que si me volvía a pegar me iba a ir y no me vería nunca más. Ella me dijo que nunca lo haría. Pero eso fue un lunes y el martes casi me mata (por quemar una sopa). Y el miércoles me volé. El viernes la llamé y se puso a llorar. Me dijo que me echaba en falta y yo le dije que no y lloraba que no quería estar sola. El sábado amanecer domingo ella se suicidó (tenía 34 años). Me ve la vecina y empezó a llorar porque decía que me quedé solo en el mundo. Yo enloquecí, no me lo creía y salí corriendo hasta mi casa (vio el velatorio). Eso fue horrible y me desmayé. Me desperté en la cama de mi mamá. Ahora sí me quedé solo. Empecé con un trauma tan horrible, porque yo quería mucho a mi mamá. Y yo no podía dormir si no era en el cementerio (donde estaba enterrada). Ya no me importa nada. Mi mamá me decía que nadie me decía que nadie tenía derecho a tocarme, ella era la única con derecho a tocarlo porque ella me había parido, pero no se deje pegar de nadie. Y yo me dije que nadie me va a tocar, y todo el que me toque me mata o lo mato. Pero ya no tenía miedo a nada. Y me fui volviendo más violento. Yo nunca maté a nadie, pero sí apuñalé a mucha gente”.

“Cuando me vestía como mujer conseguía mucha plata, despertaba la envidia. Me rodeo de personas trans que veía lo que hacían con los hombres y les imitaba. Lo que me hacían a mí, ellos lo hacen y les pagan. Pero yo no quiero que me paguen. No podía tener relaciones con un hombre porque me recordaba al daño que me habían hecho. Pero sí me gustaba que los hombres se enamoraran de mí, cuando se enamoraban de mí yo como que me enloquecía (se hacía la "loca"). Le decía que la que manda soy yo, y no me importaba. Y alguna vez yo llegué a enamorarme, me enamoré de un hombre que me secuestró, y el hombre me violaba y todo. Al principio me daba asco, era feo. Ese hombre no me gustaba. Me enamoré después de que me secuestró. Esto es muy raro porque nunca me había enamorado de nadie.”.

(En ese momento ejercía ya la prostitución). “Me llegué a acostar con hombres, pero yo sentía que no era mi voluntad. Yo lo hacía y me decía que ya no tenía nada que perder, que me importa que me vayan a pagar, pues lo hago. Me iban a pagar y fuera de eso yo les robaba”.

(Le pregunto si fue una decisión voluntaria) “Es algo que yo no tenía planeado o pensado, pero se me dio así. Me puse el vestido como un uniforme, como una nueva oportunidad de tener dinero. Tal vez si hubiera tenido otras circunstancias seguramente no (lo hubiera decidido). Si hubiera tenido otras capacidades tal vez no. Si yo hubiera tenido una vida educativa, afectiva, tal vez no, seguramente no. Pero yo no tenía a

nadie quien me quisiera, la única que me quería era mi mamá y se suicidó, entonces no me quería tanto porque como me deja solo”.

“Ya me han hecho mucho daño y ya me doy cuenta de que del modo que me hicieron tanto daño yo puedo ganar dinero. Y no solamente ganar dinero sino también desquitar. Tenía esa cosa de ver esos hombres que me habían hecho daño también verlos sufrir”.

“Yo me enamoré de ese delincuente que me secuestró, pero eso no era amor sino falta de afecto que una persona reclama. De esto no es consciente nadie. Pensamos que es un recurso, pero es mentira. Los hombres nos van a decir que lindas somos, que nos quieren mucho, que nos invitaran, y uno empieza sentirse como que importante y empieza a sentir importante, como ese afecto que nunca nadie te había dado. Y empiezas a recibir lo que nunca habías recibido. Eso te conlleva a querer ser mejor. Esto te conlleva a no solo a prostituirte acá, sino también ir a otras partes. Porque seguramente en esas partes voy encontrando más dinero, mejores hombres. Uno se va planteando entonces un camino sin meta, porque uno nunca tiene la meta de que va a prostituirse. Porque prostituirse no es solo ir a uno y entregarse, hoy por hoy eso tiene de todo, eso tiene droga, robo, violencia”.

(Le pregunto si los hombres eran violentos) “Claro eso también me pasó. Eso es otra etapa de mi vida que me volvió más violenta. Porque era yo más femenina (se aplicaba hormonas), y era una de las más bonitas, me gustaba ir con la falda bien estrecha y mis tacones. Estaban los delincuentes que también eran ladrones que tenían su ego, que quieren ser el que más roba. Estos secuestraban a las niñas, explotaban a las viejas. Primero se la disfrutaban se la llevaban y la tenían secuestrada. Les daban comida y no las dejaban salir (amenazas de puñaladas). Cuando se cansaba, quería votarla y cambiarla por otra. Muchas tal vez que ya al ver 'me volviste nada, ya me destruiste la moral, ahora me vas a dejar, todo el mundo se va a reír de mí, ya que me dañaste al menos me quedo contigo, ahogo lo que sea, me prostituyo o robo y luego lo compartimos. Al menos me quedo con el hombre que me defiende de los otros”.

“Yo le decía todos los días a (el hombre que la secuestró) 'usted que hace conmigo, me utiliza y me coge cuando le da la gana' y él me decía 'usted cree que a mí me gusta'. El hombre me echaba candado y me dejaba todo el día allí desnuda. Y por la noche me entraba las comidas. Y así me dejó 15 días. Y todos los días cuando me entraba la comida, me sacaba a bañar con un cuchillo. Hasta que un día le dije 'a usted nadie le va a querer, usted se siente orgulloso, si yo le gusto usted me coge a mí a la fuerza, pero tendrá que ser a la fuerza porque por gusto no. El hombre dijo 'en verdad usted se quiere ir' y yo dije 'como que no, si yo tengo mi habitación, tengo mi ropa, mis cosas, y usted me tiene aquí encerrada'. Entonces cuando el hombre me dijo 'váyase', yo sentí

algo, como que otra persona me estaba abandonando, como que otra persona me había utilizado y ya no servía para nada. Yo me vestí y dije 'de verdad me puedo ir' y me respondió 'váyase tranquila, por allí nos vemos si quieres'. Yo salí y me fue corriendo y me quedé como así. Me sentí muy mal, muy extrañada”.

(Cuenta cómo iba a la calle y se arrimaba a los hombres dejándoles que la tocaran para timarlos y robarles) “Yo así robaba como a 50, 100 hombres. Pero sabes a que me dediqué, a ayudar a las madres solas. Y si supieras todo lo que yo hacía. A los 13 años yo ya tenía *téticas*, el pelo largo, era femenina, y yo me sentía feliz porque yo robando a los hombres ayudaba a esas madres, que yo las veía sufrir, abandonadas como a mi mamá, y a los niños de la calle. Llegué a robar hasta con la policía”.

(Intercambio sexo por dinero, pero no le gustaba) “Lo hice porque tampoco es que salía y encontraba al hombre bobo allí, me tocaba buscarlo y andar con la actitud, bien sexy, disponible. Pero tenía que salir a buscarlos, a veces los encontraba volteando la esquina. Y era el millonario que tenía un montón de plata. Pero muchas veces me pasaba de que nada. Y que aparecía un hombre que yo lo veía como raro, no le encontraba la plata. Vamos para el hotel, y yo que pereza. Pero el hombre me va a dar 100.000 mucha plata o 50.000. Pero ese hombre no me interesa. Era como algo venga amor dale, hazlo y ya. Ya no tenía como nada. Como que ya tú no tienes moral. Eso me indignaba. A veces entraba como con conexión con el hombre pues no es como que quería sexo, sino que ese hombre también según lo que él decía y en el modo que llegaba ese hombre también estaba más necesitado de afecto que yo. Entablamos como esa sintonía, entrábamos en esa empatía los dos. Y bueno nos tocó y lo hicimos, pues ya. Pero el hombre decía que quería seguir viéndome. Eso no puede ser amor. Pero yo sí sentí eso muchas veces. Yo lo califico como que eso no es amor, eso es falta de afecto que hasta que uno no la asimile y no la ponga ese punto central en su mente, eso va a continuar cometiendo errores”.

(Le pregunto sobre violencia, describe que tenía las relaciones sexuales sobre todo cuando no eran hombres a los que podía robar) “Resulta que hay muchos hombres que tienen sus cosas. Una vez con 14 años un hombre me dijo que me daba 200 mil que eso era mucha plata en esos años. Y tú te vistes de novia y te tienes que poner en el ataúd. El hombre tenía en su casa una sala de velación y un armario con vestidos de novias. El hombre me dijo que solo me lo ponga me pusiera en el ataúd y el hombre se masturbaba. El hombre decía que 'antes de que yo eyacule tú tienes que salir corriendo porque no te quiero hacer daño'. El tipo cogió un cuchillo y cuando estaba en su orgasmo perseguía a la persona con el cuchillo y cuando uno pasaba la puerta se

llevaba el vestido y ya. Yo corrí con el vestido y salí por la puerta, me persiguió por la casa con un cuchillo desnudo, pero yo fui más rápido que él”.

(Le pregunto sobre cómo llegó a Europa). “Yo recorrí 30 países. He estado en Alemania, me operé en Holanda. Gané mucho dinero. Me han pasado muchas cosas que me han hecho cambiar mi pensamiento. Tenía mucho poder, me conseguí un millonario. Yo me desnudaba, le hacía *striptease* al hombre. Y el hombre me daba 30 mil euros y me decía que no me vaya que me daba más. Y esto fue por once años. Esto fue en Holanda. Yo pensé que al menos que uno no le importa nada, al menos no irse con cualquiera, porque está sola, porque no tiene afecto. Que haga lo que haga, criterio no tiene, pues al menos no perder el último moral que le quede y al menos valorarse un poco más”.

“Los hombres eran descarados y cínicos. Allí hice de las mías, iba en minifalda, sin calzones. Las mujeres no me querían. Les decía que 'si usted no muestra, no vende. Yo lo que necesito es plata, a mí que me importa'. Yo trato de coger. (50 para follar, 20 para felación) Yo nunca me presté para eso. Yo tengo que confiar en mí misma y que yo puedo conseguir más dinero. Que tristeza, después de tener tanto dinero y ahora irme por 10. No me entraba en la cabeza. Yo si me montaba, yo sabía mis tácticas de como robo. ‘Yo te doy 200 pero te follas a mi marido y después me follas a mí’” (Parejas).

“En mi vida no fue tan importante (el sexo), porque más bien robaba y me enamoraba de los hombres que me trataban bien, que me comprendiera, que tratara de entenderme. Yo con los hombres que llegué a tener siempre tenía problemas porque no quería tener sexo con ellos. Se ve que yo nunca quise una relación con un hombre de esos, yo quise más bien sentirme acompañada. Yo tengo amigas mujeres que me parten el corazón, porque yo hice muy bien mi papel, pero ellas son mujeres en realidad y son más débiles, y tendrán menos capacidad de resistir todas estas situaciones y sí que tienen que hacerlo por necesidad. Y no son hábiles o tan inteligentes como uno. Yo siempre luché mucho por las mujeres de la calle. Yo lo que pensé es que tanto dolor, tanto sufrimiento y experiencias, me daban el valor y el coraje para decir no me importa y me aviento, ya no me importa”.

“Una de las cosas en prostitución es los riesgos de enfermedades (ETS), yo tuve mucho miedo de eso”.

“En Francia me quisieron matar porque mataron a una amiga mí (era de la misma ciudad). Ella salía y se emborrachaba. Y yo le decía que no se emborrachara tanto y que acá por nada la mataban por robarle nada. Ponga mucho cuidado. Cuando llegué,

me dijeron que mataron a una venezolana. Yo conocía a todas las venezolanas y no me lo podía creer. Yo ya tenía una idea de que había unos hombres que ella les había robado una cadenita. Yo estaba con ella que iba a invitar a almorzar y se arrima un hombre y le dijo 'me devuelves la cadena o yo te tallo la gola', que la desnucaba y que vas a ver. (Ella responde) 'Ella está conmigo y yo me agarro y peleo'. A mí no me daba miedo agarrarme con los hombres"

"Yo robé toda la vida, pero no he estado presa nunca por robo, sino por violencia, porque me pegaban y yo me agarraba y nos damos, así fuera un policía. Yo le corté la cara una vez al policía porque me pegó una cachetada".

"Ella le robó la cadena, el hombre la amenazó ese día que la salvé yo y yo me fui. Cuando resulta que volví ya la habían matado. La policía empezó a investigar y como vieron que era venezolana empezaron a interrogarnos a todas. A mí me cogieron y dije que yo sé quiénes son. Yo pienso que fueron ellos porque le querían mochar la cabeza por una cadenita. Y cuando yo estoy en la calle, cuando viene el carro con dos tipejos. Ese carro para y le digo si tiene un cigarrillo. Entonces me meto y saco el cigarrillo y el que está aquí me agarra y me mete dentro del carro y el carro arranca, y yo con los pies fuera. Y pasa el semáforo y venía un carro que casi me parte los pies. Y siguió y delante de todas, todas vieron. Y ya. Y el tipo por allá y es que donde está el cuchillo. No sé en qué momento que uno dijo que la matamos aquí o la llevamos por allá. Cuando el tipo se bajó y yo dije que no me iban a matar tan fácil, esta es la oportunidad que tengo, o me mata aquí o me escapo. Yo estuve 15 días sin poderme mover de todos los golpes me daban. Yo no sé si por esos golpes es que yo tengo osteoporosis, daño en la columna, tengo artrosis también. Aproveché que había abierto la puerta, pero como tenía la columna resentida no corrí tanto, atravesé la calle y me agarré de uno de esos tubos que tienen los carros para las maletas, porque no podía caminar. Entonces venían los carabineros y yo cuando vi a los carabineros (gritó) 'ayúdenme, ayudenme'. A mí ya me habían quitado la ropa y me robaron la plata, estaba desnuda. Entonces ellos preguntaron dónde está la ropa de ella y ellos dijeron déjenla allí. Cogieron una chaqueta de ellos y me dieron una billetera, y dijeron que yo se la había robado. Si yo se lo hubiera robado, (lo hubiese dicho) 'pues sí les robé'. Pero yo no les había robado. Y ellos cogieron la estrategia. Y cuando me llevaron, el policía me dijo que íbamos a que yo les pusiera denuncia. Y me dejaron esperando (no se entiende bien, pero parece que al final la denuncian a ella y está nueve meses en prisión) ... y yo sin tener a nadie, sin saber el idioma. (...) Yo decidí en la cárcel estudiar francés (el idioma) y estudiar el código penal y civil. Y ya cuando salí contrate unos abogados.

Contraté una abogada y ganamos el proceso. Y se descubrió que todo había sido mentira, que yo había estado mucho tiempo”.

(Le pregunto sobre episodios de violencia) “Sobre lo de la cabeza fue un hombre que me pegó a pedradas. El hombre se me arrimó, me preguntó que cuánto vale y yo le digo 20.000. Y me pregunta y qué hacemos y yo le digo que hacemos de todo. Entonces me dice, te puedo tocar y yo claro toque. Entonces el tipo levanta la mano y yo le veo el reloj que brilla, y entonces yo digo eso es como de oro. Entonces yo aprovecho cuando me está tocando y le quito el reloj. (Explica cómo se lo quita, tiene un pantalón camuflado con un bolsillo, también le roba dinero) ‘Yo ya no quiero nada de usted’ (cuando consigue robarles se los quita de encima), entonces el hombre se va. Cuando está a media cuadra (...), resulta que el tipo viene y yo voy a hacerme la loca, como la que nada, la que ha hecho nada. Cuando el hombre viene de una y me pone la mano en el bolsillo y allí lo tenía (el reloj) y se lo puso en el bolsillo y cogió y ¡pam! (le da una bofetada). Y ese golpe que me dio ese hombre, a mi lo que más rabia me dio fue como sonó esa reja, porque claro yo era creída y cuando me pegó ese golpe claro todo el mundo vio que me lo pegó a mí y todo el mundo miró. Y más que el golpe, lo que me dio fue pena (vergüenza) que todo el mundo me viera que me habían dado. Entonces yo de la rabia, que cogí una piedra y se la pegué en la espalda. Y yo con la misma rabia busqué otra piedra, pero no había otra piedra. El tipo había cogido la misma piedra y con esa misma piedra ¡pam! (la golpea, recalca que era una piedra muy grande). Yo fui a correr y la agarró otra vez ¡pum! por aquí (se señala la cicatriz de la cara). Me pegó siete pedradas, por toda la cabeza los tengo. Yo dije me mató porque estaba bañada en sangre. La gente no se atrevía a meterse. Yo me tiré por un puente y alguien me cogió de la ropa, sino yo me suicido. No aguantaba la cabeza. Me llevaron al hospital y yo me quería morir porque no aguantaba la cabeza. Eso fue horrible. Eso fue pasando y el día por la mañana me fui y con el reloj, pero los rotos en la cabeza”.

(Le pregunto por una herida grave en la mano) “Fueron unos ladrones, por envidia. (Explica cómo ellos robaban menos que ella y que además se lo tenían que repartir). Cuando uno aprende a vivir toda esa delincuencia, uno adquiere una cierta cantidad de adrenalina que una la quiere activar en cualquier momento. Y como tal le crece el ego a una, aquí le demuestro que a mí no me importa que esa soy yo. Cosas banas de la ignorancia. La cicatriz de todas maneras te va a quedar y te conformas con qué bueno me pegó una pero no me mató. Y yo también le di. Ellos violaban a las mujeres, atracaban a las locas, explotaban a todo el mundo, era los que querían mandar. Resulta que yo regalaba la plata, yo ayudaba a la gente de la calle, y ellos venían y yo peleaba y a mí no me importaba yo me agarraba (se peleaban porque querían tener todo ese

dinero que ella regalaba a los más desfavorecidos). Ellos decían que me iban a matar y yo decía pues nadie se muere en la víspera señor y algún día me moriré, cuando quieran nos la jugamos, o pierde usted o gano yo. Ellos sabían que yo era tremenda, porque me volví tremenda. Yo me agarraba con la policía, con 10, 15, 5 hombres, a golpes a puñaladas. Y cuando un día yo estaba en la venta del hotel y yo me sentaba a ver el panorama, para que me vieran y veo que voy que van parando y cuando veo que sacan un cuchillo que en Venezuela se le dicen carboneros que son como de un metal negro, y son gruesos y le dicen quiebra gruesos. Me saca el cuchillo y me dice mira lo que te compramos, y yo dije cuando quieras. Ellos no se agarraban conmigo porque sabían que yo peleaba. Pero había un niño de una de esas madres que yo ayudaba, yo ayudaba porque el papá de ese niño le habían matado y la mamá y hermana de ese niño se habían quedado huérfanos. Yo todos los benditos días les daba a ellos para pagar la habitación y para la comida. El niño tenía nueve años y entonces yo vi que venía el niño y yo pensé que raro que viene si yo ya le di la plata. Entonces cuando veo que el niño viene como llorando y yo ‘¿por qué estás llorando?’ y de golpe ¡pám! Me dio con el cuchillo. El cuchillo me llegó hasta en el costado (casi se queda sin mano). (Los ladrones) le dijeron al niño que usted le mete este cuchillo a ella o se lo metemos a su mamá. No fueron ellos que mataron al papá, pero si lo mataron y el *pelaíto* pensando que también le iban a matar a la mamá me metió el cuchillo. El niño me quería mucho a mí, y cuando el niño me vio a mí que salí del hospital (...). Me tuvieron seis horas pegándome el tendón (explica como tuvieron que coserle dos dedos y como fue todo ese proceso). Cuando el niño me vio en la casa me dijo ‘perdóname’, y yo le dije ‘yo sé que usted no tiene la culpa’”.

(Le pregunto sobre más experiencias del estilo) “A mí me dieron bala, me tiraron por barranco, casi me mataron. Un cliente un día me paró y me dijo cuánto, y le dije me das 10000 era en ese momento, y me pagas el motel y él dijo pues vamos. Y yo me monté en el carro era un 4x4 y el tipo arranca. Y el motel está a las afueras de la ciudad. Era como la una de la mañana. (Explica como tienen algunos tocamientos y aprovecha para robarle). Entonces estamos fuera de la ciudad, pero yo veo que va por el borde de la montaña y paró al borde precipicio y se bajó. Yo pienso que va a orinar. El tipo no decía nada. Entonces sacó una pistola y me sacó por la puerta y me llevó como un trapo viejo. Y el tipo me tiró por el precipicio. Y yo oí los tiros y yo dije ya me he muerto. El tipo ni me pidió lo que le había robado, eso fue así. Me desmayé. El tipo hizo como cinco tiros. Cuando me desperté empezaba a aclarar y yo estaba en el precipicio. El tipo me había tirado pero una rama de un árbol, no me pegó ningún tiro ni me caí”. (Explica cómo sale del precipicio).

“Otra vez robé a un hombre y me pegó como siete puñaladas en un baño en un hotel. Yo era muy hábil para robar a los hombres. (Explica cómo no quería robar en la calle debido a la policía y le pide alquilar una habitación). Le digo alquilenos una habitación, el tipo estaba tomando cerveza. Entonces, si uno le echa cigarrillo a la cerveza el tipo se duerme (lo hace). Y le quité la cadena, le quité el reloj, le quité un anillo grande que tenía, la plata. (El hombre se despierta y esconde lo que le roba, pero el hombre se da cuenta). El tipo agarró un cuchillo y me lo clavó acá (señala una parte del cuerpo y señala otras partes donde le clavó el cuchillo). Yo no tuve tiempo de nada (explica cómo se cae al suelo y le pega las otras puñaladas). Yo dije este me va a matar y cuando me cogió por los pies, lo tiré así y se dio con el borde de la puerta en la mano y se le cayó el cuchillo, yo tenía tanta rabia que cogí el cuchillo. Y entonces cuando yo me vi toda bañada de sangre, partí el espejo que había allí y cogí un pedazo que había en la esquina y con esa esquina cogí al hombre y ¡pam! Le di no sé cuántas cortadas en la cara. Lo bañé en sangre también. Entonces salió corriendo”.

(Le pregunto sobre si la era habitual la violencia) “Eso es normal, si 365 días del año te la pasas robando es imposible que seas tan suertuda de que no te van a coger al menos diez días de los 365, como mínimo. Diez días son pocos, ponle unos 50. En todo el año, yo salía todos los días. Encontraba los hombres que sea como sea me pillaba, y yo me agarraba a puñaladas. Un día me pegaron una puñalada que casi me mata, me desangré, allí fue cuando me enteré de que el cuerpo humano tiene cinco litros de sangre y yo derramé dos litros. Me cogió un hueso y una vena, y entonces me cosieron muy rápido y eso me hizo un hematoma y eso se llenó de sangre así (lo señala) impresionante. Yo había robado a cuatro muchachos, los robé a todos cuatro, y uno de ellos tenía una navaja de esas grandes. Y me metió esa navaja aquí (señala el costado). Y yo me acuerdo de que chorreé tanta sangre que yo caí al frente de la metropolitana, yo oía, pero no podía ni moverme y nada. Yo me acuerdo de que vinieron unas amigas y decían ‘que la han matado, está fría’, yo me estaba muriendo. Me llevaron al hospital (...), me tuvieron que hacer transfusión de sangre”.

“Son 100 mil experiencias terribles, me agredieron muchas veces, pero nunca como en Venezuela. Aunque en Francia también me agredieron, un hombre casi me mata una vez por una cadena. Eso sería como el motor que me llevó a toda esa vida de prostitución y delincuencia. Y el factor fue la fe, uno llega el momento donde uno pierde la esperanza (explica cómo la fe fue lo que la llevó cambiar su vida). Yo estar contándote esto, yo digo que es algo de Dios, porque yo puedo, yo sé robar, robar relojes, lo cambié por un mercedes descapotable. Tanto dinero que yo me robaba y tanto que me dieron, los hombres me dieron muchas cosas, pero eso nunca llenó todo

ese vacío que deja la falta de afecto del amor de familia, esto es lo importante de esto. Ya sea homosexual, mujer, hombre, incluso los hombres se vuelven gigolos por traumas de esta índole. Todo esto lo que le conlleva es la falta de una buena educación familiar, la falta del amor, la falta del hogar, la separación de los padres, todo esto la consecuencia es esto, esto se le llama prostitución, todo esto tiene muchas ramas que la derivan, la historia mía es como hice para salir, primero de todo como hice para resistir todo esto”.

(Le pregunto sobre el impacto que tuvo en su salud) “Yo me considero que más allá de la realidad mía me siento afortunada (habla de su identidad como trans). Yo a ese lo tengo mucho miedo (habla de las ETS), normalmente no se ponían preservativo, no tuve ninguna enfermedad, me acuerdo de que mi amiga murió de SIDA entonces allí fue que me dije ‘no esto hay que cuidarlo, hay que miedo’. A mí no me importaba, es que ni me lo pensé, ‘no que usted me va a violar y me va a pegar una enfermedad’, pues no. Yo pensaba este me cogió con un cuchillo acá, los mismos delincuentes ‘que vos sos muy creída’, y cogirme por la calle en una entrada y romperme la ropa y violarme el hombre y dejarme allí y como que yo algún día me las pagarás. En estos momentos no estoy en un estado no muy bueno, porque tengo artrosis, tendinitis y osteopenia, y esto es de los huesos y es consecuencia que me puse aplicarme demasiadas hormonas femeninas. A mí me han dado durísimo, yo tuve problemas con varios hombres, me hincharon la cara, los ojos, me reventaron la boca, me rompieron la nariz, fueron cantidades de veces, ya sea porque insulte delincuentes o robé a los hombres. Eso con el tiempo puede provocar hematomas, pero las verdaderas consecuencias que estoy pagando es el exceso de hormonas a tan temprana edad. Eso no te importa que te haga daño, si te hace sentir bien ahora. La otra consecuencia es que yo me operé hace 17 años, me cambié de sexo, no tengo el sistema reproductor ni como hombre ni como mujer, yo prácticamente quedo como una mujer en menopausia, y se necesita un control médico, el problema es que empieza a deteriorarse el organismo, tener cambios extremos el endocrino ha de hacerte un control hormonal, pues eso que te va descalcificando más los huesos y todo es consecuencia de eso”.

(Le pregunto sobre salud mental) “Yo me quise suicidar, pero ahora no. Ahora lo he asimilado mucho, yo doy gracia a... que ha estado muy pendiente de mí, me ha tratado con cariño. Yo me enamoraba de los hombres que me trataban bien, eso son mentiras, son acuerdos que se llegan con un hombre y pues hacemos lo que nos da la gana y lo hacemos de este modo y cuando lo dejamos y ya, y yo como tal como los hombres me hicieron mucho daño entonces como que yo nunca confié de los hombres. Me resulta difícil porque siempre me van a ver como un hombre, eso son mentiras que me digan

que me quieren. Una de las cosas que más me impulsó a este cambio es que fui una persona que tuvo mucha necesidad de afecto por todo lo que yo he pasado, no tuve un hogar, me quedé huérfana. los hombres que supuestamente me querían me trataron mal, se aprovecharon de mí, los hombres son un punto de referencia en vengarme, odiarlos, y por eso era que yo me impulsaba, pero yo nunca había sentido que yo sintiera como ese afecto por un hombre que más fácil que una mujer, porque las mujeres eran mis amigas, más propensas a lo que yo había vivido, que nos podíamos entender, en cambio con los hombres siempre yo como que así, como esa desconfianza”.

“Yo pensaba que nunca iba a confiar en un hombre, cuando un hombre dice que me quiere es porque algo quiere de mí, pero yo con los hombres que conozco ahora, a mí me han dado una especie de afecto que en 41 años no he podido llenar. A mí no me importa ni mi familia, porque mi familia me hizo mucho daño. Será posible que una persona que ha vivido toda esa vida puede vivir sola, a mí siempre me queda ese vacío. Yo a veces no me siento bien, yo he notado que no necesito un hombre, me conformo con un perro. Sigo sintiendo como esa falta de afecto. O yo estoy mal psicológicamente o que. Yo por todo lo que he vivido yo no solo pienso por mí. yo quiero ser útil, ayudar a la gente. Me siento muy sola. (Siente dependencia de necesitar otras personas para estar bien, llenar ese vacío). Yo dinero tuve, pero yo nunca soñé con ser dinero, he tenido porque se dio. Perdí la mitad de sangre de mi cuerpo, me pegaron una tuberculosis por estar ayudando a los enfermos, y resulta que esta enfermedad que mata a las personas en seis meses yo llevaba dos años con eso y a mí no me mató. y yo pienso porque, es que acaso yo tengo una maldición o qué, porque no me matan, porque no me muero, porque tengo que resistir tanto dolor como yo he resistido, a mí que me haya dolido no es esas puñaladas ni todo lo que he pasado, más el abandono y sobre el abandono, la soledad. No es que yo piense que tenga tendencias suicidas, Señor yo caminaré hasta tú quieras, ojalá esto se termine pronto, que se haga la voluntad de Dios. A mí me da pensar que, si ahora estoy tan mal de los huesos, no sé hasta qué momento me podré mover, no puedo cargar tantas cosas, seguramente no pueda ayudar a mucha gente, el mundo está, pero cada vez, la gente no se preocupa, cada vez el amor se acabó, el amor existe en un teléfono, en una red social, el mundo está aquí”.

(Le pregunto sobre el abuso de sustancias) “Bebía *whisky*, todos los días me tomaba un litro de *whisky*. (Dice no ser dependiente porque no tenía necesidad de beber cuando estaba sola) Yo me queda muy claro que bebía para que me quitara los nervios y el frío, los nervios a robar, a que si me sacan un cuchillo o me encuentre en una situación

fuerte no me dé miedo (debido a la violencia que se podía encontrar). Yo probé todo, probé cocaína, marihuana... El millonario me daba hasta diez mil euros por tirarme una raya y eso nunca me hizo nada. El *whisky* me gustaba, cuando quería *whisky* me lo tomaba porque quería oír música, bailar... La cocaína la llegué a probar porque el tipo me pagó, pero yo que diga que me vaya a gastar plata nunca. Varias veces la probé, pero en eso contexto, pero eso nunca me hizo nada. Fumé tanta marihuana y pasta de coca, de eso sí que tuve adicción desde los 13 hasta los 18, pero me lo fumaba y me ponía hiperactiva, pero llegó un día que dije basta, y nunca volví a consumir. Cuando fumaba eso cuando me daba mucha depresión, mucha tristeza, mucha rabia. En esa vida que tienes que vivirla porque es la única que tienes, que no encuentras otra salida porque no hay más, nunca estudié, nadie me dio la mano, siempre todo lo solucioné yo sola. En ese tiempo (tenía depresión), porque lo de mi mamá marcó mucho mi vida”.

“Hoy por hoy soy más fuerte, a pesar de que esté más débil (físicamente), si yo pudiera tener mi cuerpo normal, yo sería la persona más potente en este momento. A mí que me mencionen a una madre, o yo veo a una madre con sus niños y si son pobres me dan una ternura, ganas de ayudarlo, ayudar a la madre. Me da mucha ternura ver a una pareja, yo siempre que veo una pareja pienso que dios los bendiga, que se amen para siempre es como un motor que tengo encendido por dentro y me gustaría luchar en la vida por todas estas cosas, que son las que yo nunca tuve”.

(Habla sobre la depresión) “Para mí el día de la madre, y la navidad, eso era muy amargo para mí. Diariamente si yo veo una situación de padres e hijos grave, pero eso sí siempre me tocaba el corazón siempre. Esto lo he superado a un nivel que veo mi familia y ya no me interesa, pienso ‘Dios ayúdame, dame el don de la humildad, que nunca tenga rencor, que pueda perdonar, que pueda asimilar lo que yo soy capaz’. Y he notado que más lo voy asimilando, la vida va siendo más realista conmigo, no tenemos por qué tener ese tipo de tristeza, yo he sido un motor de dolor, ha sido mi vida”.

(Le explico cómo al vivir tantas experiencias violentas, ocurre que la persona para sobrevivir tiene que separar la mente de su cuerpo, y lo hacen a través de beber alcohol) “Esa reacción la tuve (explica cómo le pasaba que cuando las mujeres con las que se rodeaba explicaban historias tristes, les decía que no pensarán en eso y empezaban a tomar). Eso es como una falta de control psicológico, de saber llevar la situación y el estado. Yo creo que esa cosa como que lo he asimilado más, si vamos a comparar esto tiempo a ese tiempo yo creo que lo he asimilado un 80%. Yo no cuento mi historia todos los días, pero cuando me piden que les cuente la historia desde el principio, allí es donde veo que más me toca. Porque yo en el día podría hablar de cualquier cosa, y no me afecta, pero si yo empiezo a acordarme cuando me quemaba

las manos con un tetero. En estos momentos no le tengo miedo a nada, pro si tú me preguntas eso yo me acuerdo cuando yo estaba allí en ese suelo no sé cuántas veces y yo quería que alguien prendiera la luz de esa casa, que nunca se anocheciera”.

(Le pregunto sobre si ha tenido pesadillas, flashbacks, tendencia a evitar sitios que le recuerden a esas circunstancias y lo niega) “Lo que te digo ese miedo a la soledad, y no es que me dio miedo nada, pero ese miedo es lo único que existe en mí y yo no quiero sentirme sola y entonces cuando llevo a ese punto digo no soy la misma persona, no hago lo mismo, no vivo lo mismo, como tal tengo que tratar de asimilar eso y que nada sea igual que antes y que sea diferente, pero no puedo invadir el espacio de la gente con el pasado mío, y no puedo permitir que el pasado bloquee el camino del futuro pero en esa partecita me escondo de las redes sociales. Me gusta por la noche, yo rezo, por la mañana, me gusta, esto se volvió parte de mi vida y si no lo hago me siento mal”.

(Le pregunto sobre problemas de autoestima, actualmente me dice que le gusta verse bien, pero en ese momento se resignó). “Me resigné, yo ya no valgo nada, en esta vida yo no soy nadie, los transexuales es lo peor que puede haber en el mundo. Esto es algo que uno tiene que superar (...). La gente tiene que saber que si se engendra a un bebé solamente se hizo en un acto sexual que no muchas veces es producto de un acto de amor, pero cuando ya está procreado si se puede volver una semilla de algo muy grande con el amor, y de algo que produce amor y ese amor es una semilla que crece si tú la haces crecer. Una mujer se fue con un cliente y la dejó embarazada nació de una locura, pero ya está, que la compañía de ese angelito que va a nacer sea el amor que nos hacía falta, que tal vez te volviste prostituta porque no tienes a nadie que te quiera o te acompañe que te comprenda que te apoye y te fuiste a prostituirte y te quedaste embarazada, y resulta que ese bebé vino y te cambió la vida, te dio el amor, te dio el espacio y ahora el tiempo no te alcanza, porque es tanto el amor que ese bebé trajo a tu vida que el tiempo no te alcanza. Primero andabas perdida sin saber que hacer, ahora el tiempo no te alcanza, porque el amor a ese bebé es todo”.

(Le pregunto sobre la necesidad de asistencia sanitaria. Explica cómo una vez en una discusión con la policía y un chico que le ayudaba, el cual le había robado, se cortó y empezó a salir tanta sangre que se lo taponó con azúcar y café, explica que en el hospital le dijeron que si se hacía eso ya no le podrían coser, por lo que decide no ir al hospital, la herida le duró hasta ocho meses, explica cómo aún tiene la cicatriz bien marcada). Yo me ponía un pañuelo y los hombres me decían ‘usted tan bonita, tan joven y usted entregada en esa vida, en la prostitución’ y yo les decía ‘yo no tengo nadie’ e involucra a los hombres hasta llegar al hotel, esos millonarios, y cuando yo

llegaba al hotel ‘cuánto me va a regalar, porque yo necesito...’ para saber cuánta plata sacaba, y sacaba más dinero que otro, pero yo quería más. Y entonces yo cogía el pañuelo y me lo quitaba, y se destapaban las venas, y otra vez la herida en carne viva”.

(Le pregunto por el dolor) “Yo creo que perdía como la sensación de dolor. (Cree que en definitiva tuvo una buena asistencia sanitaria, aunque en definitiva lo atañe también a que tiene un cuerpo peculiar). Yo me sentía Juana de Arco, yo voy a luchar por los pobres ya que nadie hace nada, y también compraba problemas, no me gustaban las injusticias, entonces resulta que ayudaba a la gente desde que salía a trabajar y yo ya en el segundo o tercero (hombre) yo ya tenía plata porque yo tenía una forma muy hábil de sacarle el dinero a los hombres y ellos no se daban cuenta, para mí no era un problema el dinero. Entonces yo toda la gente que iba viendo en Venezuela, yo encontraba lepra (personas enfermas) allí tirado en la calle (le daba dinero). Yo iba con una amiga mía, y la amiga mía me decía ‘usted tan bonita y tan joven y arrimándose a esa gente, usted no le da asco y no le da pena que la vean a usted tocando a esa gente’ y yo le decía ‘nosotras como nacemos, nació todo el mundo pero como nos morimos nos vamos a morir todos, quién sabe cómo irán a morir unos peores que los otros, uno no puede pensar eso, usted piensa que no se va a morir o no se va a enfermar’ (explica cómo esa misma amiga un día, recibió una bala en el estómago como a otra gente, y cuando le hicieron la transfusión le pegaron el SIDA, y explica cómo la noticia le bajó la moral, cuando ella se había cuidado siempre, siempre cargaba preservativos y a ella no la violaron tanto, y finalmente se murió de la enfermedad). Si yo hubiera tenido ayuda psicológica, qué persona hubiera sido yo, hasta dónde hubiera llegado yo con tanto dinero que conseguí, porque fui joven, tuve mi apariencia, mi capacidad, si hubiera tenido asistencia psicológica alguien me hubiera dicho que ‘si tú quieres puedes invertir ese dinero’, a mí siempre me hubiera gustado una persona que me hubiera aconsejado, yo hoy por hoy hago lo que nadie hice por mí”.

Anexo III

Transcripción del testimonio de Natalia

(Le pregunto sobre su infancia) “Soy de una familia de gente de pueblo, de padre y madre trabajadores, pero con una educación un poco chapada a la antigua. Entonces, con mi madre bien, mi padre, era mi percepción, tenía hijos para tener mano de obra, para trabajar en el campo. Se alegró mucho cuando yo nací ‘oh una niña, una niña’, pero luego no sé. (Refiere que era de mentalidad muy machista, no le permitía estudiar) Siempre era como ‘si vas a acabar casada con hijo o trabajando en el campo’, o por cualquier minucia tu ya está ‘eres una puta’ y bueno, la mano larga siempre. Y lo que te comentaba antes, lo de estudiar para mujeres no era importante, su pensamiento era este, en el campo e hijos y ya está. Mi padre siempre decía ‘te voy a matar, te voy a prender fuego, te voy a cortar la cabeza’ y amenazas de estas cuando se enfadaba”.

“Cuando a mí me paso eso (se refiere a la prostitución), no fue consentido, me engañaron. Yo fui con una amiga a la ciudad, yo chica de pueblo, me engañaron, ni me di cuenta de cómo acabé que yo ya no me podía echar para atrás. Y ni te das cuenta de que de repente ya te han amenazado, ya te han hecho cosas y te has quedado sin tu documentación, no te das ni cuenta como pasa realmente. Pasa muy sutil, muy rápido. Yo estaba con una amiga, nos encontramos con unos chicos en la ciudad, que si mañana nos tomamos algo, que si ahora te voy a presentar a unas personas, un viaje a Bulgaria y ya está, ya estás dentro. No hay más, muchas veces es así de sencillo. Puede ser también por falta de información, por falta de conocimientos, porque estas cosas la sabéis vosotros aquí, nosotros allí ahora sí que sabemos más, 20 años después, porque hay internet, hay la tele y tal, pero allí muchas veces no se cuenta porque las mujeres todavía no tienen todos los derechos que tienen las mujeres aquí. Y antes menos tenían, y entonces no te das cuenta. Luego, posibilidad para escapar, sí, pero no lo haces por miedo, yo he visto como han pegado a las chicas (...).”

(Pregunto: ¿En lo del viaje no esperas para nada que sea acabar en prostitución?) “No te lo dicen. Cuando yo estaba allá en Bulgaria, sin papeles, amenazada, asustada, con miedo en el cuerpo, es cuando te lo dicen, te lo intuyes. Porque cuando tu entras allí te transformas en un trozo de carne, eres un trozo de carne que van a exhibir a mucha gente, es como si fuera un *casting*. Y vienen unos y ponen así en filas a las chicas”.

(Le pregunto si es en un prostíbulo) “No, en casas, yo nunca he estado en un prostíbulo, yo he estado en la calle. Yo no sé qué es un prostíbulo, yo he estado en la calle, yo ejercí la prostitución en la calle. Ni después ni antes ni mientras, nunca he estado en uno”.

(Le pregunto sobre su amiga) “Sí, acabamos las dos allí. Pues eso, te transformas en un *casting*, en un trozo de carne. Pasan uno, que está muy gorda, esta no sé qué, esta sin tetas. Allí es cuando te dicen ‘estos te van a coger y vas a ir a Noruega y allí vas a ejercer la prostitución, pero bueno, tú vas a cobrar también y cuando devuelvas tu deuda...’, es allí cuando te enteras de que tienes una deuda, que debes dinero a gente peligrosa, es así. Yo, por ejemplo, yo fui a Bulgaria, luego fui a Serbia, a Croacia, luego estuve viviendo dos meses en Ucrania, que fueron unos meses, los peores, allí me violaron, allí me apalizaron, allí me apuntaron con una pistola en la cabeza, allí pasaron mucha gente que (me decía que) ‘no tenía tetas, que era fea, que era guapa, que era demasiado con carácter’, muchas cosas, de mucha gente, en todo eso en Noruega, por ejemplo, falta de idioma. Nosotros aprendimos, con las chicas que yo estaba... bueno yo a mi amiga en Serbia ya la perdí, no supe nunca nada más nada de ella, ni al día de hoy, ya no sé ni dónde está, ni si vive no sé dónde está, ni tengo manera de contactar con ella. Nos separaron allí y luego ya no sé. Luego en Croacia ya hice otras amigas, las chicas con las que convives y con una de ellas fue con la que viví dos meses en Ucrania y llegué hasta Noruega. Yo a Noruega llegué en patera, yo sé lo que es ser una patera, llegué en patera, allí vinieron dos chicos, nos compraron y luego estuvimos viviendo en una casa durante un mes más o menos, esperando a que pudiéramos pasar en patera. Que eso fuera posible, por espacio, por precaución, por el temporal, por estas cosas, y eso me pasó en invierno. En patera cuando viajé me tiraron al agua y yo quería agarrarme a la patera otra vez y me golpearon con el pie en la cabeza. Creí que me moría. Desde entonces, no aguanto que me tiren agua en la cara y no aguanto el agua fría, me das agua fría y me pongo de muy mala leche. Y me enseñan a bucear y no aprendo, me da mucho miedo poner la cabeza debajo del agua, eso sí que se me ha quedado, allí me he quedado. Mira que tengo fuerza de voluntad para muchas cosas, pero para esa no he encontrado todavía, no sé cómo hacerlo. Y luego acabé en Noruega, estuve viviendo un mes o así en una casa, y me volvieron a vender y luego me volvieron a vender. En Noruega me vendieron como cuatro veces, entre ello, chulos, todos ucranianos, yo estuve en una mafia de ucranianos. Y en Noruega lo pasé mal porque allí me portaba muy mal, porque como murió mi hermano, mientras yo estaba allí. A veces me dejaban llamar, a mi casa, pero no me dejaban decir donde estaba. Y yo solo llamaba dos minutos ‘estoy bien, estoy bien, no pasa nada’ y entre una de esas llamadas me enteré de que mi hermano murió. No pude ir a despedirme, no pude. Lo que me pasó allí es que me empecé a portar muy mal, no justifico que por portarme mal recibiera todo lo que recibí, pero me portaba mal, me intenté escapar tres veces y me pillaron tres veces. Yo el día que murió mi hermano, me pusieron en la calle, el primer día, yo no tuve tiempo de hacer duelo, luto. En la calle, el primer cliente que tal ¡pum!,

llévame aquí, es legal hacer *autostop*, llévame alguna parte, claro tampoco sabes a dónde ir, llévame a la policía, y ellos claro no llevan prostitutas a la policía”.

(Le pregunto sobre el idioma) “El idioma lo aprendí en la tele. Mientras estaba allí en la casa, porque claro estuve encerrada en una casa durante dos meses y aprendí porque es muy parecido a mi idioma. Siempre se me han dado bien los idiomas, cuando yo vine a Francia en dos meses ya hablaba el idioma, y ya nadie podía decirme una palabra mala porque yo lo entendía todo, el acento me costó mucho quitarlo, pero hablar enseguida. Los idiomas se me han siempre muy bien. Pue eso, intentaba escaparme y siempre caía, siempre no sé, era como una constante vigilancia. me intenté escapar unas tres veces, y me pillaron las tres veces. Parecía que estaba todo atado. Yo no escapé, salí de manera inteligente, pero no escapé, porque si escapo... eso sí no te lo puedo contar, cómo salí no te lo puedo contar, porque no puedo poner en evidencia gente y cosas en un futuro que pueden seguir funcionando. El cómo salí no te lo puedo contar, pero salí. En Noruega como no paraba de escaparme, me volvieron a vender, porque claro no servía, porque claro si escapabas das problemas. Te venden, te venden, y acabé en Francia. Y en Francia estuve ejerciendo la prostitución en la calle durante seis meses, hasta que conseguí salir. Recibí mucha ayuda, desde la ignorancia de los chulos con los que vivía, y con la gente que quiso ayudarme de verdad, que no me miraron como una prostituta, que me miraban como una niña, que era lo que era, y me quisieron ayudar de verdad, y también te digo que tenías que querer salir y yo quería salir. Y yo siempre decía, donde el último sitio que yo estuve era un matrimonio que él prostituía a su mujer y estaba yo, y entonces siempre le decía, y ella me decía ‘tú nunca vas a poder salir de aquí nunca, tu vida es esta’. Y podía haberme escapado, pero como me había escapado otras veces y no funcionó pues se dieron las circunstancias, yo sola tuve que seguir el hilo y salí”.

(Le pregunto sobre la relación que tenía con las otras mujeres en prostitución) “Yo mientras estaba en Bulgaria y en Croacia con las chicas sí (sí tenía relación se refiere), pero luego cuando yo fui a Francia, los seis meses que estuve, no porque yo no podía confiar y apoyarme en la mujer de mi chulo. Cuando, por ejemplo, cuando estuvimos dos semanas un hotel y cada día venía alguien y mantenía relaciones sexuales con nosotras, o nos violaban directamente. Y entonces si venía alguien y decía vente, si tu claro no entendías nada ellos te cogían del brazo y te tiraban y que tenías que irte, y luego volvías a la habitación y ya está. Y entonces, si te negabas claro, allí mismo delante te daban dos hostias que te dejaban tibia, y entonces cuando estas cosas pasaban, yo pensaba al principio bueno... las chicas me dijeron creo que no deberías decir que no, porque al final te mataran’ y decía, si yo aguanto bien las hostias, no pasa

nada, yo ya estoy acostumbrada, mi padre me adiestró para ello, y ya estaba acostumbrada, dos hostias no pasa nada. Es más, es que yo no quiero ir, y me decían que al final me van a matar. Es entonces cuando me apuntaron con la pistola, y todo eso. Y sí sí, al final... había un momento ya que decías que pase rápido, que es un momento, y que a ver que sí, a ver dónde voy mañana. Sí que sabíamos que no íbamos a estar allí, esperabas el día a irte de allí, y siempre esperabas que cuando te fueras a lo mejor ya no sería tal cual, ya esperabas que no fuera todo igual. A veces era mejor, otras peor”.

(Le pregunto porque la cambiaban tanto de sitio) “En Noruega no era porque la policía los buscaba, no porque uno de los chulos que estaba allí era policía. Está todo apañado, todo pagado.

(Le pregunto cuánto tiempo estuvo en estas circunstancias) “Estuve un año, un año desde que salí de mi casa al salir de la prostitución. Fue un año intenso”.

(Le pregunto: ¿pero en un año te cambiaste de lugar como cinco veces, no?) “O más, yo estuve en Bulgaria, luego en Serbia, luego en Croacia estuve en dos sitios, primero en una ciudad y luego a la capital, luego en Ucrania estuve como dos o tres sitios, y luego en Francia solo estuve en un sitio”.

(Le pregunto por qué se prostituía justo delante de un campo de futbol) “Yo vine y la mujer del chulo ya estaba allí, y eso estaba como super comprado, ese sitio era de ella y no se podía poner otra persona, estaban todos los sitios marcados, estaba como territorial todo y yo estaba siempre al lado de ella. No sé si era por el sitio, por vigilarme... bueno por vigilarme también, claro cuando tu coges un cliente no te puedes pegar toda la noche con un cliente, te ponen tiempo máximo, los chulos te marcan tiempo máximo. Cuando tardabas más con un cliente, a la otra ya venía y te pegaba la talla ‘oye no te estés tanto”.

(Le pregunto sobre la calidad de vida que tenía) “Era como si fuera vida normal pero nunca sola, era llegábamos a casa siempre con la chica siempre, yo siempre llevaba pegada en el culo la chica esta, es que era imposible hablar con nadie o moverte. Porque yo creo que, si no hubiera tenido la chica esta, yo hubiera salido antes. Siempre había estado pegada a mí, entonces por la mañana cogíamos un taxi, llegábamos hasta casa, desayunar, dormir, luego al medio día nos levantábamos y nos íbamos a la playa, luego comer algo y playa, y luego ir a casa, ducharse y arreglarse, y luego otra vez, de nueve o diez hasta cinco de la mañana, más o menos, entre semana no tan tarde, pero en fin de semana un poco más tarde. Todos los días de esos seis meses, sin faltar ni un

día. Con gripe, con regla, con dolor de espalda, con dolor de rodilla, con migraña, con lo que quieras, da igual, tu allí, y si hacías poco dinero recibías”.

(Le pregunto si también fue así en los otros lugares) “En Noruega, yo en la calle solo realmente estuve muy poco, si es que me escapaba, me sacaban a la calle y me escapaba. En Bulgaria no me pasó nada del rollo sexual, y en Serbia y todo eso pasaba lo que te estaba diciendo, lo de que venían y tú ahora, tú ahora (...). Siempre encerrada (no la dejaban salir a la calle). (Explica que no ejerció la prostitución fuera de Francia o Noruega, que en los otros lugares estaba encerrada y se trataba de un ‘compra, venta’).

(Le pregunto sobre sobre los clientes) ”Con los clientes nunca me ha pasado nada, pagaban, hacían por lo que te pagaban y ya está. Con los clientes nunca me pasó nada raro. Con los clientes, por lo contrario que me pasó fue que mucha gente me quería ayudar. Pero toda la ayuda que era escapar, y yo no quería escapar, porque yo sabía que escapar significaba volver. Porque por mi experiencia, escapar significaba volver, y luego yo decía ‘y cómo me voy a ir, si tu familia no lo va a entender, tu familia me va a juzgar, qué vas a hacer’ y me decía ‘bueno ya veré, ya veré’ y no daba seguridad de escaparte, mucha gente me proponía escapar. Hubo chicas que escaparon y luego volvieron a la calle, y luego no volvían en buenas condiciones que digamos en la calle, entonces claro escapar no era una solución, no vi a nadie que me ofrecía escapar y me diera algo seguro. Y luego estabas con la incertidumbre si era un cebo, porque las otras chicas que estaban frente mío que escapó y volvió fue por un cebo, le pusieron a prueba a ver si iba a escapar, y escapó, y como esas cosas a veces las hablábamos en la calle pues decías y si es un cebo, y si es algún chulo que aún no conozco y me viene y me tira la caña a ver si pico, y si pico pues muy malo, malo. Entonces, con los clientes nunca he tenido nada malo, simplemente era faena y ya está”.

(Le pregunto si le la habían coaccionado alguna vez a tener sexo sin preservativo) “Siempre con preservativo, y si querían otras cosas me bajaba del coche No estaba obligada a hacer nada sin preservativo. (Los chulos se lo decían para evitar un posible embarazo) “Eso, ante todo, porque que hacen ellos con una embarazada, luego tendrían que cuidar al bebé. Nunca sin preservativo”.

(Le pregunto: ¿Y el hecho de que estuvieras un año en esta situación, fue sobre todo por coacción, no? Porque tu querías salir, no seguir viviendo estas circunstancias) “Claro, yo supongo que es lo que tardé en encontrar a alguien que me ayudara, en que yo pudiera confiar de verdad”.

(Le pregunto si pudo acceder con facilidad a los centros de salud) “Si, pude acceder a privado, porque tuve una infección muy fuerte de piel y me iba a la familia, un ungüento,

otro ungüento y no se me curaba y luego fui a un centro de salud privado (...) me hicieron un tratamiento, unas recetas, estaba muy mal de la piel, estaba llena de pupas por todos los lados, de eczemas, de yo qué sé, no sé lo que tenía (...). La chica que trabaja al frente una lo tenía, se lo pegó a otra, y entonces cuando ya me pasó a mí, no sé si es por el compartir clientes, yo empecé a tener y claro, allí venga ya vamos al médico, porque era muy molesto, todo el rato picores, estabas roja todo el rato, hinchada. (Le pregunto por qué a un centro privado) "Porque yo tenía pasaporte falso, estaba sin documentación, y no tenía alta de la seguridad social. Supongo que si hubiera pasado algo muy grave en urgencias me hubieran atendido igual, pero por una infección en la piel no creo, y luego claro ellos no querían arriesgarse a que pregunten dónde vives, con quién vives, estas cosas. (¿Entonces, en parte si tenías limitaciones para acceder a los centros de salud?) "Si, claro. Yo no he podido salir sola a la calle nunca, ni ir a ningún sitio sin ir acompañada nunca. El único sitio que estaba en la calle sola era cuando estaba en la calle por la noche, cuando estaba con un cliente, pero no he podido estar sola" (lo que significa que no podía acceder por ella misma a los centros de salud).

(Le pregunto sobre cuántos clientes hacía por día, debido a que le ponen presión para ganar dinero) "Y 10 y 15, y en fin de semana era horroroso, muchos. No es como yo he visto en los prostíbulos, que a lo mejor una o dos a la noche, no es así, en la calle no es así, yo creo que en la calle es más dura, mucho más duro en la calle. Primero, el invierno es invierno para todos, el frío o el otoño es frío para todos, pero tú tenías que ir a exhibirte, nunca he pasado tanto frío en mi vida después, y antes creo que tampoco. El frío que pasabas en la calle es duro. Y luego toda la noche, y no te quejes. Los clientes, depende, fueron muchos, a la semana muchos, muchos".

(Le pregunto cómo le afectó ese tiempo en su salud) "La primera noche que salí, pensé 'y yo ahora qué hago, tengo que echarme a dormir de noche y vivir de día, porque yo no vivía de día, yo vivía de noche. Si que iba a la playa, y de compra y tal, pero yo no vivía de día, vivía de noche, y decía ahora qué', y luego también es que era muy joven (17 años). Después de salir, siempre he estado rodeada de buena gente, pero también he dado con alguna manzana podrida también. Y luego claro yo no entendía que yo no tenía necesidad de contar nada, supongo que era porque era muy joven, pero cuando alguien me miraba era como si supiera que he hecho, me sentía pequeña, de hecho yo mirar a los ojos lo hago desde que fui al psicólogo, yo no he mirado a los ojos, ni de pequeña, porque de pequeña como era una niña pobre de pueblo, de tercer mundo, y como entre los niños del cole era la pobre, entonces claro no miraba a los ojos. No he mirado a los ojos, y me sentía pequeña, y siempre sobre todo cuando salí, pensaba que

todo el mundo sabía mis cosas. Te sientes pequeña, muy pequeña, y juzgada, piensas bueno piensas no, la gente juzga. Cuando yo ahora lo pienso, pero qué sabía la gente, yo no sé porque me sentía como que todo el mundo sabía lo que había hecho, era mi percepción de entonces”.

(Le pregunto si ese tiempo influyó en su autoestima, en su forma de verse a ella misma) “No, porque yo de lo que soy físicamente, la autoestima ya la tenía baja de pequeña. Y cuando vine aquí, cuando salí de la prostitución, todo lo contrario, porque la gente recibía los comentarios todo al revés de lo que he recibido siempre. La gente me decía, pero si estás guapa, si estás proporcionada, si eres una chica delgadita, una morenita guapa, pequeñita pero guapa, pero si tienes las piernas bien. Claro, todo lo que antes me decían que tenía la pierna torcida, no tienes tetas, no sé qué, no sé cuántos, aquí era como buen visto, aceptado, entonces te acomodas, porque dices coño, nadie me dice lo contrario, todo el mundo me dice que estoy bien. Al principio no (no se lo creía), pero por el físico aquí no me he escondido nunca y he sido un esqueleto feo, pero no me he escondido, aquí no me he escondido nunca, si he tenido que ir a la playa he ido, si he tenido que hacer topless lo he hecho, si me pongo una falda corta me la pongo, si me pongo ropa corta me la pongo, no he tenido complejos físicos, y tenía el mismo físico que tenía antes. Antes sí que lo escondía (...), pero aquí nunca me escondí”.

(Le pregunto sobre otros diagnósticos: Depresión y fibromialgia) “Depresión me diagnosticaron hace muchos años, al poco de salir estuve viviendo allí con un grupo de gente y luego me fui a vivir con mi novio, que era cliente mío cuando yo ejercía la prostitución, y fuimos a vivir juntos que luego fue mi marido, y estuvimos viviendo entre juntos y casados diez años. No lo dejamos porque yo había ejercido la prostitución, nunca se hizo referencias, y cuando yo decaía un poco él decía ‘no pasa nada, venga para arriba, tu tranquila, si nadie lo sabe’. Pero sí caí en depresión, no sé si por la prostitución en sí o por todo lo que había pasado, o porque durante un año tuve que ser fuerte todo el rato, no sé si fue un relajamiento, o porque luego estuve cinco años sin poder ir a Hungría (su ciudad natal), y mi hermano había muerto, y los papeles aquí no salían, y la familia política de mi marido no veía con muy buenos ojos que su hijo estuviera con una extranjera, todo el rato me machacaron, a mí me machacaron más por extranjera que por prostituta (aunque afirma que la familia política no sabía nada al respecto), no lo sabían, porque echaba mucho de menos a mi madre... me vino todo de golpe, por situaciones que habían pasado, mi padre me daba la espalda con cosas que yo necesitaba a lo mejor de papeleo, me daba la espalda, y no tenía a quién acudir, y eso me hacía retroceder como mi padre se había portado siempre conmigo, y todo esto pasaba un año y otra vez no podía volver ir a Hungría, y pasaba otro año y otra vez no

podía volver ir... y esto me agachó la cabeza. Luego me casé, fui a Hungría, y fui y yo me esperaba como que la gente me va a echar de menos, y mi madre sí me echaba de menos y mis hermanos, pero todo lo contrario que fue con todas las demás familias, porque claro, el curso de la vida sigue, y yo me fui con 17 años y volví con 22, y todos eran mayores, todos con sus trabajos, con sus niños, con sus cosas, en cinco años la vida cambia mucho, y entonces claro se alegraban de verme y yo como que me quedaba esperando algo más y no estaba, y eso me costó aceptarlo muchos años después, al principio cuando iba a Hungría si no venía alguien me cabreaba, me enfadaba un montón de decir 'pero si pasan de mí, parece que no exista', es que no existes, porque tú no vives allí, todo el mundo tiene su vida, ahora después que lo he aceptado ya no me afecta, porque ya comprendí que la gente, todo el mundo, tiene sus vidas. Y también vivía mucho en el pasado, de mente, como tenía mucho tiempo, mi peor enemigo es mi mente, pienso mucho, pienso demasiado y he pensado durante mucho tiempo he estado viviendo en el pasado, porque te ves así un poco mejor y dices 'pues si yo hubiera hecho eso, yo hubiera hecho lo otro, pero el cabrón este que me ha hecho, pero porque se ha portado así conmigo', vivía en el pasado, me estancaba ahí, parece que me encantaba sufrir allí. Es que es difícil, en un pueblo ser pobre, los niños son crueles, mi propia familia, mis primas no jugaban conmigo y en el colegio no me hacían ni puto caso, siempre se sentían superior, y yo era en plan hora voy a ir a Hungría y a mis primas no las pienso hablar. Era yo que vivía en el pasado, y luego me veía y se alegraba un montón de verme, me daba un beso y tal, y al principio decía 'falsa, con todo lo que me ha hecho', pero si no se acuerda, la única que vivía allí era yo (...). Todo esto hizo que fuera un psicólogo, sino no había por donde cogerlo (...)"

(Le diagnosticaron Fibromialgia hace tres años y, luego, le pregunto sobre otras complicaciones de salud) "No puedo tener hijos, no sé si eso tiene algo que ver, me he hecho las pruebas, me lo he hecho todo, la ginecóloga me lo dijo así para que yo lo entendiera que yo tenía como una premenopausia, pero desde hace tiempo. Con mi exmarido hice todas las pruebas, y salió que tengo las trompas super largas y estrechas, que tengo una obstruida, que la ovulación era vaga, que supongo problema de tiroides, y que era muy difícil quedarme embarazada (...). Yo no tengo hijos, aunque no sé si tuvo algo que ver, a lo mejor nada tuvo que ver".

(Le pregunto sobre algún problema de salud durante el tiempo que estuvo en prostitución) "Lo de la piel y ya está, no tuve nada más. (Le pregunto sobre algún daño físico por la violencia física ejercida) "Fractura no, pero moretones sí, nunca me rompieron nada, me partieron labio, que te sangre la nariz, que te sale un moretón, pero de romper nunca me rompí nada".

(Le pregunto sobre alguna adicción) “Fumaba como una chimenea, mucho, nunca me drogué, en mi vida me he drogado, probé la marihuana, pero eso fue mucho tiempo después (dice que le sentó mal), pero no fumé nunca más. Ni drogas ni alcohol, porque yo nunca bebo, siempre he sido abstemia, nunca he bebido alcohol, bueno alguna copita de champagne. Fumar mucho sí, eso sí, y café, fumar y café. Eso fue durante y después también. Hace tres años que dejé de fumar. Fumaba dos paquetes al día y tres también”.

(Le pregunto si era una forma de manejar el estrés, y si es que no como manejaba el estrés) “Solo vivía al día a día y ya está, y vivía con estrés, con cuidado de no decir nada, de no fallar, de no gritar, de no quejarme, de no pedirme, por lo que pudiera pasar. (Le pregunto si estaba hipervigilante y con miedo) Siempre, siempre, vigilante siempre. (Le pregunto sobre si se había resignado -indefensión aprendida-) No, creo que no me dio tiempo, porque sino no hubiera salido, si me llego a rendir no salgo. Es más, cuando la mujer del chulo me decía ‘pero Ana si eres una puta, eres una puta, no pasa nada’ y yo por dentro ‘pero si yo no soy puta, si me obligas tú, yo no lo soy’, ‘vas a estar toda la vida’ me decía, ‘mira yo, aquí voy a estar’ y pensaba siempre ‘pero yo no’, y eso me encendía, no me he rendido, estos comentarios me encendían un montón. Donde yo trabajaba venía un señor que trabaja en el hotel, que era el de mantenimiento, y a ratos venía y se ponía a hablar con nosotras y decía ‘eres una puta’ (y ella decía) ‘no dirás a la gente que soy una puta, me obligas tú’. Eso me molestaba mucho y eso me encendía.”

(Le pregunto sobre si se disociaba para poder afrontar la situación) “No me acuerdo. No me acuerdo. Borré muchas cosas, porque eso pasó hace 20 años, borré muchas cosas porque...yo al principio con mi exmarido en las relaciones sexuales... haber yo lo conocí que era mi cliente (se refiere cuando eran pareja, no cuando era cliente), yo sí que las disfrutaba, pero a veces me sentía... me daba pensar. Entonces, se me va la olla mientras mantenía relaciones sexuales con mi marido, se me iba la olla y decía no, entonces, borré muchas cosas de la memoria, dejé de pensar en ello, porque sino no hubiera sido feliz con ninguna persona. Y no me acuerdo, tendría que ponerme a pensar mucho y la verdad es que no me apetece. (Le explico como el cerebro es inteligente y a veces borra de la memoria cosas que son incapaces de integrar para la persona, para poder seguir afrontando la realidad). Debe haber pasado algo así, es posible que haya pasado algo así, porque como te digo no me acuerdo. Después de mucho tiempo, un día trabajando en la pescadería vino un señor que luego haciendo memoria, pensando mucho, pensando mucho, me acordé de quién era, y era un cliente mío que se había enamorado de mí y me quería sacar... quería que escapara... Mira

que hizo cosas este hombre y se enfadó conmigo, me montó un pollo en la calle y me metió en un problema... y cuando yo lo vi, en la pescadería, apenas me acordaba de él, este hombre llegan a estar mis chulos por allí y muere. Y cuando yo lo he visto, apenas me acordaba de él. No sé qué fue un gesto, la voz, y me dio por pensar, y recordar, y al tiempo dije... si es este, y no me acordaba ni del nombre. Borré... borré muchas cosas. Supongo que las superé, tiene que ser eso... que las superé y que no, como no les he dado más bombo... Estoy más afectada por cómo se portó mi padre conmigo de pequeña, porque le he dado muchos años mucho bombo a este año, porque este año cuando... también piensa que cuando he salido, me sentí liberada, me sentí liberada. Y cuando salí es cuando empecé a vivir aquí, vivir de verdad, con amigos, ir a discotecas, seguía teniendo 18 añitos... ir a discoteca, conocer gente, siempre he dado con gente muy buena aquí e ir un sitio e ir a otro... supongo que fue como una liberación y que no viví tanto en esto. Viví más en mi otro pasado, que en este paso. No pienso nunca en ello, lagunas... si me pusiera a pensar supongo que me acordaría de detalles”.

(Le pregunto sobre otro tipo de violencias, como violencia en parejas) “Con mi exmarido nunca, mi exmarido era un trozo de pan. Pero era tan bueno, tan bueno, que se dejaba manejar por todo el mundo y eso le acarreó muchos problemas, y los problemas pudieron con nosotros, pero era muy bueno, y es muy buena persona, un trozo de pan”.

(Le pregunto sobre qué piensa de los hombres que compran por sexo) “Yo después de vivir en Francia, porque claro es el único sitio que realmente he vivido, en Hungría, del pueblo no he salido, donde he vivido realmente es aquí. No sé... no es solo la prostitución, porque uno puede ir a pagar como no pagarlo, y seguramente es que no sé... supongo que tienen la necesidad de tener relaciones sexuales, pero sin complicaciones... tú pagas, *pim-pam*, te has desahogado y ya está, es la vía fácil, sino lo tienes en casa, o cuando eres soltero, cuando... yo qué sé, luego dices quién sabe lo que pasa por la cabeza de la gente. Yo veía chicos super jóvenes y decía... pero este que hace aquí, si puede estar en cualquier discoteca y tener a cualquier chica... qué hace aquí. Supongo que es rápido y seguro, y sin problemas después”.

(Le pregunto sobre por qué los hombres pagan aun teniendo delante a una mujer que está en circunstancias como la suya, siendo víctima de trata y no queriendo estar allí realmente) “Tu a los clientes no les puedes decir que estás obligada, si a mí me da igual, si estoy obligada, por lo que te decía antes, por el cebo, tú a los clientes no les puedes decir que estás obligada. Y el que te quiere salvar, sabe que estás obligada... de hecho clientes que me querían salvar, que pagaban tres mil pesetas para hablar, porque sabían que estabas obligada y lo único que querían era empatizar contigo y que te marcharas con ellos. (Le pregunto si igualmente tenían la relación sexual) No, no, te

pagaban tres mil pesetas y tu estabas 15 minutillos en el coche y charlabas con ellos, 'vente conmigo, vamos a hacer esto, yo te ayudo, tu tranquila, no te va a pasar nada...', pero no (no se fiaba), es que yo tenía muchos antecedentes de escapar y volver, y no me fiaba, no confiaba. (Explica sobre cómo salió) "Supieron llegar a mí, supieron hacerme entender el plan y que viera que era segura, lo hicieron muy bien, porque eso de 'escápate, escápate, escápate' ya me lo decía la gente antes y yo no quería escapar, yo necesitaba algo sólido, '¿pero tú quieres salir?' (le decían), yo quiero salir, pero no me puedo escapar..."

(Le pregunto sobre qué piensa de la prostitución) "La prostitución, por ejemplo, las chicas que vienen con sus maridos, y sus maridos las prostituyen y ellas piensan que están haciendo un bien comunitario, la prostitución también es dinero rápido y fácil, y pienso que, si no fuera por obligación, que cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana, con cabeza, eso sí. Como las *scorts*, ellas cobran un dinero, son libres, van con los clientes *pim-pam*, es un dinero rápido y fácil, si es con cabeza, si no es por obligación, si no hay violencia, sino hay torturas, si no hay secuestros, que cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana. La prostitución es el trabajo más antiguo del mundo, el primero, fue la prostitución, pagado. Por tanto, si es sin violencia, si es sin lo que te estaba diciendo antes, cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana. ¿Que yo lo haría? no, ¿que yo lo hubiera hecho por mi propio pie? tampoco. Nunca lo pensé antes y nunca pensé en volver después, yo después podría haber vuelto y trabajar para mí, y llevarme el dinero yo, pero no y sin violencia y sin persecución, yo podría haber vuelto a ejercer, pero como libre ya, si hubiera querido, y yo no me siento así. He trabajado duro, pero no volvería. Hay madres que se prostituyen para dar de comer a sus hijos. (Señalo que lo hacen por necesidad) Exacto, pero no es por obligación. Es por otra obligación, pero no es porque la obliguen, no es porque la peguen, la secuestren, hay madres que ejercen. (Le pregunto si ha conocido a madres en prostitución) Sí, a no ser que me haya engañado. 'Tengo cuatro hijos, les tengo que dar de comer' ¿pero te obligan? No, vengo aquí los viernes y los sábados a ver si hago algo para mis hijos. No las puedes juzgar tampoco, yo no las juzgaría, porque... qué hay otras vías, también, pero si es la vía que conocen... cada uno es libre. Yo no lo haría, porque de hecho después tuve una situación muy fastidiosa y tuve que ir a pedir comida a Caritas... pues te vas a Caritas y pides comida, y no pasa nada, un bache lo tiene cualquiera. Quizás otra gente ve otras vías, como la prostitución, yo no lo haría... eso sí".

(Le pregunto si toda la violencia que recibió fue por parte de los proxenetas 'los chulos', si era física, emocional, verbal. No ven nada más allá que la 'puta'). "No, no ven nada más, porque si vieran algo más, si tuvieran un mínimo de sentimiento... porque, por

ejemplo, yo he estado enferma y he tenido que salir igual, a mí no me han perdonado ni una noche, ni una, ni estando enferma. Yo he estado en regla (...) y cuando me viene es horroroso, cuando me ha pasado eso, que he estado yo doblada, he tenido que estar en la calle de pie, y a mí no me han perdonado de noche ni nada. 'Si nosotros no te decimos que mantengas sexo, solo haz sexo oral', ya, pero es que tengo que estar de pie, que me duele la barriga, me duelen los riñones. Les da igual. Eres una máquina de hacer dinero, un objeto".

(Le pregunto que se quedaban ellos, 'los chulos', de lo que ganaba en una noche). "Todo". (Le pregunto cómo salaba entonces la 'deuda') "Nunca se acaba, tu tranquila que nunca se acaba, tú siempre debes, y si lo que han pagado por ti ya lo has pagado, pero tu vives en un sitio, tú comes, tú tranquila que siempre debes, no te vas a quedar sin dinero, siempre debes, de por vida debes, y si hubiera estado allí 5 años seguiría debiendo. Tranquila que siempre debes. Lo que sí que tuve es que, por ejemplo, una vez al mes yo les mandaba dinero a mis padres, 50 mil pesetas les mandaba cada mes a mis padres (...), que son ahora 300 euros y a lo mejor los 300 euros los hacía en una noche. Y siempre deberá, le mandas dinero a tus padres... tu comes, duermes aquí, el agua es caro, la luz es caro, ... Te ponían un precio fijo, si era sexo oral tanto, si era un completo tanto, si ibas al hotel tanto a la hora. El sexo oral eran tres mil pesetas y un completo cinco mil pesetas y a la hora en el hotel 15 mil pesetas".

(Le pregunto si alguna vez un cliente le pidió algo extraño). "No, una vez fui a un sitio de intercambio de pareja, me pidió que dijera que era su pareja y no una prostituta de la calle. Y ya está, esto es lo más raro que me pidieron".

"Mis padres, aunque yo les mandara dinero, me empezaron a buscar igual. Y me pusieron en búsqueda en la interpol. Y entonces cuando yo ya estaba viviendo con mi exmarido, vino la policía en casa y me preguntaron si quería denunciar y yo les dije que sí, que evidentemente, y entonces hice una denuncia, sobre todo eso que me pasó, puse una denuncia. Y entiendo que... este tema me cabrea mucho, entiendo que las chicas que están ahí no confíen en nadie. Yo fui a la policía, hice la denuncia, tuve que ver fotos de prostitutas muertas que todavía no saben quiénes son... también las vi porque yo quise, por si podía ayudar porque yo conocía muchas chicas. Todo que colaboré con ellos, al final los tenían y me llamaron para el reconocimiento, y me dijeron 'no, no, si por lo que queremos pillarles en verdad es por drogas', osea dan más importancia a un asunto de drogas que a un asunto de vida humana, y eso sí te hace desconfiar. Yo entiendo a las chicas que no quieren denunciar, ¿para qué? Si luego vas a descubrir otra cosa... porque los chulos, sobre todo los ucranianos, eran muchas cosas a la vez... y no se en que basa la policía en ayudar a una persona porque la han

obligado a prostituirse, y en que te basas para escoger la vida de esta chica como paso y entre drogas, entiendo que la gente no confíe. Y luego he conocido, al estar muy estrechamente con ellos y tal, he conocido casos y tal y todas desconfían, es normal, porque no hay protección. Me sentí como otro trozo de carne, mucho después que me pasó eso me sentí como otro trozo de carne y que una bolsa de polvo era más importante que una vida humana. Y entonces digo vale, para que me expones para ayudarte, si me expones para ayudarte y yo he salido sin tu ayuda. Me expones para ayudarte y yo accedo, y tú ahora me dices que la droga es más importante, entiendo que la gente desconfíe. Yo estuve detenida a la policía, mientras ejercía hubo una vez una redada, entramos 'de dónde eres' (y ella responde) 'griega', porque mi pasaporte era griego, 'griega, fuera' (explica como le hacían lo mismo a las otras chicas), y ya está, nada. Con quién vas a confiar, con la policía no se puede confiar. Para mí, en este aspecto no se puede confiar. No sentí confianza entonces...".